

DAD A
CIÓN C

J. VALERA y
R. CAMPBAMOR

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
A
B
C
D
E
F
G
H
I
J
K
L
M
N
O
P
Q
R
S
T
U
V
W
X
Y
Z

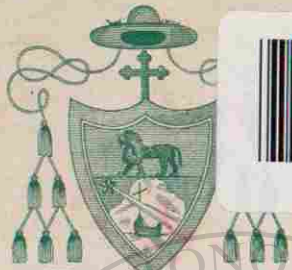
PQ6511

M4

C. 1

110

010509



1080022019

PER PARATVM

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



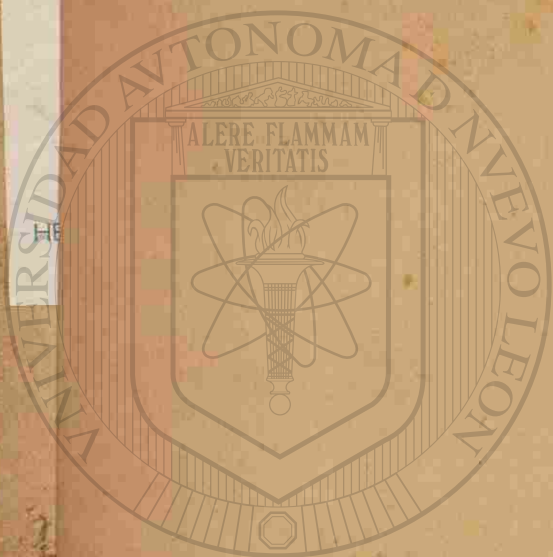
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Faint handwritten text in red ink, possibly a signature or date, located on the right page of the book.



LA METAFÍSICA Y LA POESÍA

UANI

Núm. Clas

110

Núm. Autor

0.198 m

Núm. A. T.

10509

Procedencia

- 6 -

Precio

Fecha

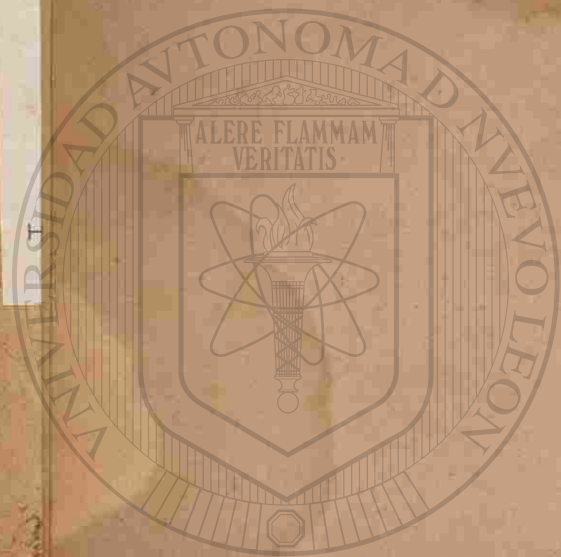
Clasificó

Catalogó

2000

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA METAFÍSICA

y

La Poesía.

POLÉMICA

Por,

Don Ramón de Campoamor

y

DON JUAN VALERA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSI

Biblioteca Valverue y Lober

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MADRID

Sáenz de Jubera, hermanos, editores.

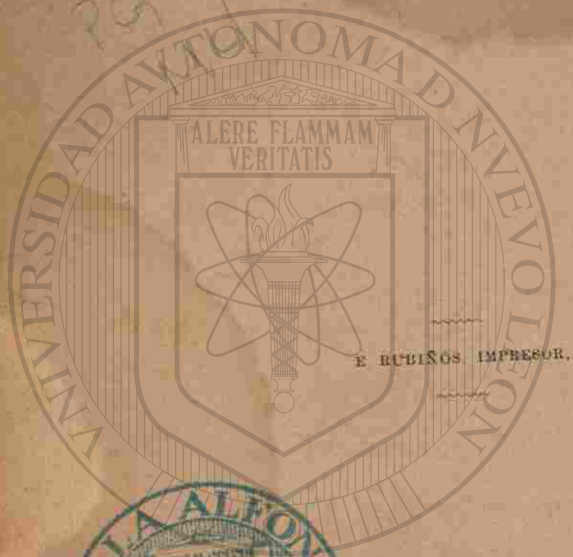
10, CAMPOMANES, 10.

1891

10509

46772

296511



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

AL ILUSTRE METAFÍSICO

Y POETA ESPAÑOL

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

nombrándole juez de la polémica, se la dedican ambos contendientes.

Ramón de Campoamor y Juan Valera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES" ®
1920. 1625 MONTERREY, MEXICO

016509



PRÓLOGO

El presente libro contiene una polémica á que dió ocasión cierta frase candorosa del editor de la ya muerta revista *El Ateneo*.

Es evidente que dicho editor tenía razón sobrada para decidirse á insertar pocos versos en su periódico; pero pudo expresarse mejor, y no emplear la frase *sin desdeñar la poesía*, que escandalizó á mi amigo Campoamor, y le impulsó á escribir en contra.

A ruegos del editor culpable, salí yo á

su defensa. De aquí la serie de artículos que ahora ofrezco al público, reunidos en un volumen, y con el beneplácito de mi amenísimo colaborador y bondadoso adversario.

Todo ello debe, pues, considerarse, no como trabajo serio, sino como pura chanza. Los autores del volumen no pretenden enseñar profundas doctrinas, sino mostrar su buen humor y desenfado, ya que no su agudeza, y dar un rato de solaz y esparcimiento á quien los lea.

Entiendo, con todo, que ni en broma, ni por el prurito de decir unos cuantos chistes, es lícita la paradoja en asuntos tan elevados. En el fondo debe haber algo, por más que no sea sublime verdad, y por más que no sea ciencia ó filosofía, que esté de acuerdo con el sentido común y con el recto y sereno juicio de los hombres todos.

Cuanto digo yo de la poesía es tan claro y tan razonable, que no temo que nadie lo tergiverse. Pero en lo que digo de la metafísica, hay acaso cierta apa-

riencia de sofistería que se presta á torcidas interpretaciones. Voy á ver si en este prólogo explico mejor mi pensamiento, para descargo de mi conciencia, harto çargada de escrúpulos.

Lo que se hace por fuerza, lo indispensable, no está sujeto á tan grave censura como cuanto se hace por gala, lujo ó bazarria. Bien ó mal, todos tenemos que andar, pero no se nos exige que bailemos: todos, para comunicar nuestros pensamientos, tenemos que hablar en prosa, pero no se requiere que componamos versos. Resulta, pues, que debemos ser indulgentes y compasivos con el andar de los cojos, estevados y patizambos, y con el hablar de los tartamudos y gangosos, y debemos ser muy severos con los que bailan y cantan.

En las artes y en los oficios se aplica la misma regla de crítica. Tenemos que comer cocido y guisado; tenemos que cubrir con ropa la desnudez de nuestras carnes: y aunque convendría que los cocineros, sastres y tejedores no carecie-

sen de habilidad, al cabo es menester resignarse con lo que haya, aunque sea malo, y no refunfuñar mucho. Pero como leer libros de poesías no es necesario, ó casi no es necesario, y lo es el guiso, y lo es el traje, me parece que bien se puede exigir que la poesía sea buena, ó que no sea. En este sentido estoy por sostener que, si pecó el editor de *El Ateneo*, fué por lenidad. En vez de decir *sin desdeñar la poesía*, debió decir *desdeñándola*: huyendo de ella como de la peste, y huyendo de todo poeta malo á quien los dioses mueven á escribir versos, en castigo de que quizás, según Horacio sospecha, *minxerit in patrios cineres*, ó cometiese alguna otra barrabasada.

Lo más singular es que Campoamor, que halla indispensable la poesía, la crea tan rara y tanto nos la escatime, que apenas conceda al mundo un buen poeta cada mil años.

En fin, sobre todo esto, va dicho en nuestra polémica cuanto hay que decir. Nadie se equivocará. Todos entenderán

bien en el sentido laudatorio en que digo yo que es inútil la poesía.

La metafísica ha venido á ingerirse en nuestra polémica. Y yo también he tenido el atrevimiento de declararla inútil: esto es, lujosa, aristocrática, superior á toda utilidad.

Juzgo que importa hacer aquí varios distingos y explicaciones.

Cuanto, desde su origen, hizo, hace y hará la humanidad (leyes, ciudades, imperios, agricultura, industria, comercio), todo, en suma, con tal de que éntre por algo en ello la mente, presupone cierta metafísica espontánea, precientífica y punto menos que innata ó congénita en nuestro ser. Pero no es esta metafísica la que califico yo de inútil ó de puro lujo: ni es siquiera, en realidad, lo que sólo debiera llamarse metafísica.

Un ejemplo concreto aclarará mejor mi idea. Es casi seguro que Homero, Hesiodo y Herodoto escribieron en verso y en prosa antes de que se compusiesen gramáticas, y menos aún artes de

versificación y Tratados de retórica, poética y estética. Si dichos autores fueron gramáticos, estéticos y retóricos, lo fueron por instinto semidivino y sin caer en ello. De esta suerte no hay hombre que no sea metafísico también. Cualquiera operación humana, cualquiera experiencia, cualquiera observación, es imposible sin que se funde en leyes, teorías y axiomas que previamente están en nuestro espíritu.

Al principio se hacen las cosas sin arte. Salen bien cuando Dios quiere y porque Dios quiere. Los primeros inventos y artefactos fueron todos así: por revelación natural ó sobrenatural. Casi nada se explica de otro modo, empezando por el origen del lenguaje. Ya, más tarde, acude la reflexión: considera el hombre lo que ha hecho, lo que ha inventado ó lo que ha observado, y saca y compone las reglas para hacerse cargo de cómo lo hizo, lo inventó ó lo observó, y para observarlo, inventarlo y hacerlo mejor, y con más prontitud y tino,

en lo futuro. Así nace el arte; cuando ya, sin él, se han hecho infinidad de cosas.

Mucho más tarde todavía, cuando, primero sin arte, y con arte después, los hombres han observado, experimentado, fabricado y condimentado lo que más necesitan, algunos, por superior sutileza de ingenio, y también por mayor desahogo y porque no se ven en la necesidad de emplearse en menesteres serviles para atender á su material sustento, se paran á recapacitar, no sólo sobre sus experiencias, observaciones y obras, sino sobre el arte que emplearon en hacerlas y sobre los fundamentos ó motivos que tuvieron para reducir á reglas ó preceptos el arte. Así nace la metafísica verdadera, ó sea científica: esto es, la base racional de las artes; la ciencia de las ciencias; lo que cambia ó propende á cambiar en convicción la fe, y lo conocido en comprendido; lo que no se contenta con saber el cómo, sino que anhela conocer el porqué, y lo que no se allana á dar

crédito como no halle ó no se le dé certidumbre.

Infiérese de aquí que la metafísica—ciencia—es lo último que aparece. Hay pueblos, así como individuos, que logran hacerse ricos, que adquieren poder y gloria, que inventan mil primores, que descubren muchos secretos de naturaleza, que alcanzan en su cultura un alto grado de refinamiento, que se hacen amar y respetar, y que se imponen leyes sabias, ajustando á ellas la vida, y no llegan á metafisiquear nunca.

La religión, ó sea la metafísica irreflexiva, inspirada ó revelada, es la guía de tanto progreso, y el cimiento para tantas y tan provechosas invenciones. Y aun ocurre que, hasta cuando sobreviene la duda ó resueltamente se niega el valor divino de la enseñanza religiosa, los hombres, por hábito inveterado y por dichosa rutina, siguen guiándose por los principios que esa religión, en que ya no creen, ha grabado en sus almas. Así, aunque se separe de la fuerza motriz,

sigue funcionando una máquina por virtud del impulso recibido. Así en el vaso, donde hubo y no hay ya bálsamo, rico vino ú otro licor generoso, queda por largo tiempo el saludable aroma.

No se infiere de explicar por este medio las civilizaciones, que las civilizaciones se hayan hecho á saltos. La revelación ó la inspiración es lenta y progresiva, como lo que reflexionando se descubre. Además que lo revelado ó inspirado es lo fundamental, de donde el entendimiento saca con pausa y dialécticamente consecuencias en abundancia.

Dios, el Alma suprema, la Idea, la Razón impersonal, el Entendimiento agente, lo Absoluto, el Paramatma, lo que quiera que sea y como quiera que se entienda y se llame, conforme á cada doctrina filosófica ó religiosa, se ha ido revelando paulatina y gradualmente, según la aptitud y capacidad de los hombres para recibir y comprender la revelación. En el significado más lato, lo que se revela precede siempre á lo que se averigua y demue-

tra. La fe sirve siempre de guía al entendimiento, y camina delante de él, y no le lleva á nuevas verdades hasta que, después de comprender las que ya le manifestó de antiguo, le halla capaz de aceptarlas. Toda religión testifica que es así. En la cristiana, por ejemplo, sobre lo revelado por los Patriarcas, viene lo revelado por Moisés; sobre la revelación de Moisés, la de los Profetas; y si Cristo acrecienta la revelación, no la hace toda, sino que envía á su Espíritu más tarde, y aun el mismo Cristo queda en su Iglesia y sigue revelando hasta la consumación de los siglos.

Y aunque para los incrédulos no valga esta revelación externa, no podrá menos de valer la revelación íntima que se realiza en el centro del alma humana, sin que nos incumba resolver aquí si natural ó si sobrenaturalmente. Ello es que sin esta revelación, sin algo que intuitivamente percibimos y aceptamos por fe, ni hay cultura posible, ni ciencias experimentales y de observación, ni moral,

ni política, ni leyes, ni sociedad con orden.

Pero este saber ó creer intuitivo, que está en lo profundo de nuestro ser, y que la luz que allí hay ó que allí penetra desde altísimo é ignorado foco ilumina más y con mayor amplitud cada día, no es aún la ciencia metafísica.

La metafísica es ó debe ser, digámoslo así, una ciencia ulterior, cabal y entera.

Supongamos toda la ciencia de observación acumulada hasta hoy, y reunida y ordenada en conjunto armónico, por compendiosa Enciclopedia. ¿Qué sería esta ciencia? No sería la realidad, sino el concepto que formamos de las apariencias, no de la substancia de las cosas, la cual no sabemos lo que es, y sólo sabemos de algunas de sus cualidades, que llegan á nuestra noticia por los sentidos. Además, este incompletísimo concepto del mundo se ajusta como en un molde en la forma de nuestro entendimiento y nos hace recelar que otro entendimiento de otro ser, distinto del ser humano,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
Addo. 1925 MONTERREY, MEXICO

puede tener otra forma, y producir en ella muy distinto concepto también, y otra ciencia no menos verdadera que la nuestra, pero también incompleta. El afán, pues, de la metafísica será hallar la demostración de lo que por fe hemos aceptado, descubrir la ciencia una y toda, no dejar duda sobre la realidad de lo que hemos recibido por sensación, y no dejar duda tampoco sobre que la forma que le damos recibiendo, el elemento subjetivo, tenga un valer universal, absoluto; ó dígase que no haya ni pueda haber entendimiento, creado ni increado, que no entienda exactamente como el nuestro, siquiera hasta donde nosotros entendemos.

Tal es la aspiración de la metafísica. Yo no quiero poner límites á lo posible. Acaso se logre la aspiración dentro de miles de años. Por ahora no se ha logrado. ¿Dónde está, pues, la utilidad de una ciencia, deseada y no lograda? Como no sea la de ejercitar y aguzar el entendimiento; como no sea á modo de gimnás-

tica, no hallo otra utilidad á la metafísica. Pero esto no es matarla. La aspiración á ella es inmortal, es divina, y cada vez, desde Parménides hasta Hegel, va dando más alta muestra de sí y creando sistemas maravillosos por la potencia intelectual, por el sublime vuelo del alma que anhela levantarse á un punto desde donde pueda otearlo, abarcarlo y explicarlo todo.

Entretanto, la metafísica nos llena de dudas y de confusiones, que por dicha no suelen traspasar la esfera de la pura especulación, y se desechan cuando descendemos al terreno práctico y útil de la vida diaria y pedestre.

Los átomos que componen el Universo, ¿son en número infinito ó finito? Por un lado se me demuestra que no puede haber número infinito actual. Algo puede añadirse al número de átomos, por grande que sea. Y por otra parte, bástame suponer este nuevo número de átomos, para darlos por existentes, y así hasta lo infinito. De donde la misma de-

mostración de que no hay número actual infinito me prueba que le hay, y que es infinito el Universo. Y como al concebirle infinito no cabe concebirle tal por agregación y suma de cierta cantidad de cosas de un género y de cierta cantidad de cosas de otro, tengo que figurármelo todo idéntico y uno: apartar de ello los fenómenos, las formas varias, y concebir la materia prima ó la substancia única. Pero sin forma, la materia ó la substancia es nada ó es casi nada: es sólo potencia ó raíz de ser, mientras en ella no se pone la forma. ¿Y qué es la forma? ¿Y qué es la fuerza que da la forma ó la trueca, y es causa del movimiento, y de que las cosas muden, y de que salga del uno el otro, y de que el uno no se quede inmóvil y siempre uno? Por más que cavilo, no veo cómo concebir ni la forma, ni la fuerza, sino como cualidades del ser. ¿Y qué es el ser? Si sólo es esa materia prima de que hemos hablado, hecha abstracción de su fuerza y de su forma, equivale á la nada. Pero ¿cómo de la nada sale algo?

¿Cómo en la nada, que no es nada, obra la fuerza y se pone la forma? Si es otro ser quien presta á la materia forma y fuerza, este otro ser lo es todo, y nada queda fuera de él, sino una mera posibilidad imaginaria, donde la fuerza y la forma nos aparecen. Lo que existe, ¿existe y existirá siempre, ó tuvo principio? Se niega la creación primera, porque no se concibe que salga de la nada algo; pero si se afirma cualquier progreso ó desarrollo, se afirma un perpetuo salir algo de la nada, ya que todo lo que se añade á lo que había es nueva creación, ó no se añade, sino que se muestra á nuestros ojos y nos hace imaginar que es nuevo, no siéndolo. Tan incomprensible es que de la nada salga el ser, como que del ser indistinto y uno broten los seres varios, como que nazca de lo que no tiene vida la vida, y de lo que no tiene conciencia, la conciencia.

El progreso de las cosas, el desenvolvimiento de los seres, su marcha hacia un fin de perfección más ó menos asequi-

ble, ¿es, pues, sólo relativa verdad para nosotros, que todo lo vemos en sucesión de tiempo y de espacio, y no acertamos á verlo de otra manera? Si hay alguien que lo crea todo, lo conserva y lo dirige, ¿cómo explicarse que vaya mejorando lo creado, aumentándolo y magnificándolo, sin mejorar, aumentar y magnificar Él mismo su ser, aunque no sea más que porque convierte en acto, en un momento dado, algo de lo que en Él estaba antes en potencia; y, al actuar su potencia, se diría que á sí mismo se añade algo que antes no tenía? ¿Y de dónde saca este algo, cuando Él es infinito y todo está en Él?

Bien se ve que hay un cúmulo de contradicciones, dudas ó antinomias como las que dejo apuntadas, y como otras que sería cuento de nunca acabar el ir apuntando aquí. Para crear la metafísica es menester resolverlas todas, y no de cualquier modo, sino con método y concierto, componiendo con la exposición y resolución de todas ellas un sistema, rico

de unidad y de armonía, y que convenza además.

Yo, por mi parte, declaro que he leído muchos de estos sistemas, y que he hallado algunos que me encantan y me maravillan; pero ninguno me convence. Por eso me parece la metafísica ciencia inútil y de puro lujo, si bien aquí se suscita también otra contradicción. En nuestra mano está desechar cualquiera otro lujo, achicándonos para hacer economías; pero el de la metafísica, una vez adoptado, jamás puede desecharse. Los que afirman que le desechan, los que reniegan de la metafísica, los positivistas, los materialistas y los agnósticos, construyen, sin querer, una metafísica más ó menos burda. Les sucede lo que se cuenta que sucedía al poeta latino que juraba y prometía á su padre no componer más versos, y ponía en versos malos el juramento y la promesa.

Ahora se nota por todas partes una propensión, manifiesta en libros ingeniosos, escritos en diversos idiomas, á re-

concihar la ciencia experimental con la metafísica, y hasta á fundar la metafísica en la experiencia. Es, á mi ver, como si alguien pensase que iba á trasegar á una tinaja todo el agua del mar, á fin de dejarle en seco, y ver y estudiar con facilidad lo que hay en el fondo.

La metafísica, no obstante, espero yo que ha de progresar, mas no porque progresen las ciencias experimentales, sino por el natural crecimiento y progreso en todo de la razón humana.

Y lo que más ha de estorbar y estorba ese progreso, es la supuesta utilidad de la metafísica: que se construya para servir de base á la moral, á la política y á otros negocios que nos interesen. Como cada metafísico tendrá ya su moral, sus intereses, su política, etc., nos expondre mos á que haga metafísica adecuada para sostener lo que le conviene, como artífice que, hecho ya el santo, le fabrica á propósito su peana.

Por lo pronto, hartó me duele decirlo, no hay metafísica que Campoamor ó yo

consideremos verdadera. ¿Cómo, pues, hemos de considerarla útil? La aspiración no negaremos que lo sea; en primer lugar, porque pone en ejercicio nuestras más elevadas facultades, y en segundo lugar, porque tal vez se logre á fuerza de cavilar y de trabajar.

Entonces sí que será útil la metafísica: pero ¿cuándo llegará ese entonces? Aún estamos lejos de él. Las inefables verdades de la metafísica no caben hoy en la mente de la generalidad de los hombres, ni pueden transmitirse por medio de los imperfectos idiomas, dado que haya quien las posea.

Se cuenta que la señora Blavastski ha tropezado en el Tibet y en la India con ciertos anacoretas, llamados *Mahatmas*, grandes metafísicos, y que por lo tanto gobiernan la naturaleza y hacen cuanto quieren; pero se callan su ciencia y no la comunican, porque el género humano no se halla aún preparado para recibirla. A la misma señora Blavastski la han iniciado un poquito, y nada más.

La novelista inglesa María Corelli refiere algo análogo en su obra, titulada *Ardath*. Hay congregaciones de sabios, ó magos caldeos, que viven en el Cáucaso, en Mesopotamia y en otros puntos remotos, y que cultivan la ciencia desde hace miles de años (desde cinco ó seis mil antes de Cristo), por métodos más seguros y menos rastreros que los nuestros. Saben, pues, mucho más que nosotros, y tienen su metafísica; pero la esconden y la guardan para mejor ocasión, como los *Mahatmas*.

De estas congregaciones de sabios, de uno de estos conventos, salieron Melchor, Gaspar y Baltasar, y, siguiendo una estrella, vinieron á Belén á adorar al Niño Jesús.

En fin, á mí me hechiza todo lo estupendo. Me inclino á creer en el prodigio. Para esos magos y esos *mahatmas*, quiero conceder que hay metafísica útil y verdadera: pero sigue en situación esotérica para el vulgo de los mortales. Y como yo me cuento en ese número, á

par que ensalzo la metafísica, creo que no nos da utilidad hasta lo presente. Es como si fuésemos accionistas en una empresa, en la cual no hay aún, ni habrá en mucho tiempo, más dividendos que gastos y esperanzas.

Si miro el asunto bajo otros aspectos, siempre vengo á parar en la misma conclusión. El valor de las acciones de la metafísica no sube. Las esperanzas se alejan. Y bien importa andar sobre aviso con las tales esperanzas, porque, si pueden equipararse á las que dió Cristo en el *Sermón de la Montaña*, también se equiparan á las que dió la serpiente á Eva; ser como Dios.

Sin apelar á los *mahatmas*, ni á los magos caldeos, ni á los teósofos heterodoxos, los místicos ortodoxos y católicos muestran esa ambiciosa aspiración en su doctrina, y acaso dejan presumir que pudo alguien realizarla, en cierto grado, durante su vida mortal. Toda la doctrina se cifra en estos tres puntos: "Quién soy yo. Quién es Dios. Cómo

BIBLIOTECA
"ALFONSO HEYES"
1926. 1825 MONTERREY, MEXICO

Dios y yo vendremos á ser una misma cosa.

Si alguien alcanza esto, ese obtiene plenitud de sabiduría y tal colmo de soberano bien, que lo profanaríamos y humillaríamos llamándolo útil; pero no obtiene ni posee la metafísica. Su sabiduría es infusa y no es transmisible. No la conquistan el largo estudio, los silogismos, el pertinaz esfuerzo dialéctico. El alma se apodera de ella por la potencia avasalladora de la fe, por el fervor de la caridad, por el arrebató, por el éxtasis, por el vuelo impetuoso del amor divino.

Lo que es por el discurso, tarde ó nunca llegaremos á una metafísica en que el espíritu se aquiete. Sería necesario para ello construir la ciencia de las ciencias, saber del ser como es, no como aparece; examinar las condiciones que legitiman la experiencia; criticar los medios de conocer y justificarlos, y hallar el punto donde convergen y se unen el yo y el no-yo, el sujeto y el objeto, la realidad y la idea. En este punto, sin duda, se

identifican la lógica y la metafísica, y cuanto existe y puede existir, cabe, entra y se desenvuelve en el amplio seno del pensamiento, cuya expresión racional es simiente de mundos y cuyas leyes y las de naturaleza son las mismas.

Prescindo de que esto sea ó no posible en lo venidero. Sólo afirmo que hoy no se da, sino como conato, metafísica semejante. Y, sin embargo, el estro que agujijonea y agita nuestros espíritus, y los impele en pos de ella, no se embotará ni perderá jamás su energía.

J. V.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA METAFISICA Y LA POESIA

I

¿LA FORMA POÉTICA ESTÁ LLAMADA A DESAPARECER?

1.º

No hay más ciencia que la Metafísica.



En el prospecto del nuevo periódico *El Ateneo*, publicado bajo la inspección de los presidentes de las secciones de *Ciencias* morales y políticas, de *Ciencias* físicas y naturales y de *Ciencias* históricas, se dice "que se insertará toda producción referente á cualquier



rama de la ciencia, *sin desdeñar la poesía.*„

Francamente, empezar á publicar un periódico científico-literario lanzando este desprecio contra la más divina de las bellas letras, me parece de un gusto muy discutible, y propio solamente de prosadores empedernidos que sólo por la bibliografía han podido llegar á saber que ha existido Horacio.

En el prospecto de *El Ateneo*, donde se promete admitir la poesía de limosna, están en prosa por derecho propio todas esas ciencias que hemos mencionado, y que son ciencias en el nombre, porque así las ha bautizado en alguna Real orden cualquier Ministro que creyó que podría decretar la victoria como aquel Rey que escribía: —“Marqués, tomad á Breda.”

Llamar ciencia á cualquier tanteo científico, prueba que la prosa es un gran medio para hablar sin saber lo que se dice.

¿Quién les ha dicho á los señores que se dignan *no desdeñar la poesía*, que hay más ciencias que la metafísica? ¿Dónde

están los principios absolutos que hacen una ciencia de la política ni de la historia? Debe ser una cosa muy científica ver á los historiadores examinar si el Cid ha sido un personaje real, ó es solamente un mito. Parece que estoy viendo á cualquier presidente de la más pretenciosa de las secciones con el cesto de los papeles de las ciencias morales á un lado y los recortes de las políticas al otro, preguntando á los oyentes: “¿Cuál es la mejor ó la peor de las ciencias morales conocidas, y cuál es la peor ó la mejor de las infinitas ciencias políticas que existen?” Y los que, como yo, son aficionados á las llamadas ciencias naturales, ¿cómo no sienten la nostalgia de lo absoluto, al ver que se les pasa el tiempo estudiando la variabilidad de los fenómenos, sin llegar nunca á penetrar en lo universal de la esencia de las cosas, y sabiendo que el mejor descubridor de los conocimientos físicos es el dios Casualidad?

Y mi antipatía á todos los empirismos no se limita sólo á las ciencias, sino que se extiende á todo el campo de las bellas artes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO RIVERA"
CALLE MONTEPERREY, MEXICO

Mi celeberrimo compañero, el señor Núñez de Arce, opina que yo tengo miras muy estrechas sobre el Arte, y que él tiene un espíritu más amplio que el mío, porque el suyo está abierto á todos los horizontes de la vida. No quiero desmentir á mi aplaudidísimo amigo, pero yo de buena gana taparía todos esos horizontes, en los cuales sólo se mueven corpúsculos microscópicos, para poder mirar, aunque no fuese más que por una rendija, el horizonte de lo infinito.

Antes, sólo en nombre de la prosa se trataba de desprestigiar á la poesía; peor hoy, por medio de incisivos compasivos, se han coligado, para excomulgar la forma poética, la prosa y unas llamadas ciencias que no tienen más título para serlo que las mentiras de la *Gaceta Oficial*, que pretende elevar á categoría ideológica cuatro conocimientos sobre cuatro lugares comunes sin importancia ninguna.

¡Sin desdeñar la poesía! ¿Es que el gran comité consultivo de *El Ateneo* se propone ser eco de la famosa discusión de que *la forma poética está llamada á*

desaparecer? Este tema, arrojado á la discusión por un hombre de talento y amigo, sin duda, de las investigaciones temerarias, ha sido después repetido, y hasta aplicado bajo el velo del anónimo contra mi insignificante persona, por las cornejas de la prosa que nos han puesto inconscientemente á la defensiva á los amantes del reinado de las musas, como antiguamente despertaban con sus graznidos á los defensores de Roma los gansos del Capitolio.

¿Se pretende que la prosa poética, es decir, la prosa dominguera, que cuanto más se peina más ridícula parece, venga á sustituir á la poesía en verso, que ha sido, es y será siempre, el traje natural de las majestades del cielo y de la tierra?

2.º

La prosa no es arte.

Eso de querer expresar todos los idealismos en prosa, me recuerda un cuento que oí siendo niño, y en el cual había

una princesa que guardaba sus diamantes en una cazuela.

¿De qué se trata? ¿De saber si lo que el vulgo llama la vil prosa se puede des-envilecer? Pues no se conseguirá. La prosa es humilde, y tiene la infirmeza de la vejez desde el momento en que nace.

Si los poetas no escultrasen las oraciones con el ritmo, eternizando la significación de las palabras, los idiomas se desharian de la noche á la mañana como la sal en el agua.

En la gramática les enseñan á los niños embobados las muchas maneras, y casi ninguna buena, con que una oración se puede construir en prosa.

Ejemplo con variantes de frase:

- 1.^a La aflicción es el sustento del corazón perverso.
- 2.^a Es el sustento del corazón perverso la aflicción.
- 3.^a El sustento del corazón perverso es la aflicción.
- 4.^a Del corazón perverso es la aflicción el sustento.

Variantes con vigor de afectos:

5.^a ¿El sustento del corazón perverso es la aflicción?

6.^a ¡Que es la aflicción el sustento del corazón perverso!

Y por último, un aprendiz de poeta construyó el siguiente pareado:

Del perverso corazón
El sustento es la aflicción.

¿Qué construcción es la mejor? Es decir, ¿cuál es la peor? Convengamos en que la menos mala es la aleyuya.

Al ver esta libertad de construcción, que degenera en licencia, no me extraña que, según dice Séneca, la naturaleza poética de Virgilio no acertase á escribir en prosa.

El ritmo es un estuche para conservar las ideas mucho más permanente que la cazuela, aunque fuese de barro de Alcorcón, en que la princesa del cuento guardaba sus diamantes.

La pretensión de querer sustituir la forma poética con la prosa científica, consiste en el error de suponer que los conocimientos empíricos son una cien-

cia, y la prosa un arte. La prosa no es arte, como no lo son ni el gorjeo ni el balido. ¿Qué mérito artístico puede haber en coger un sustantivo al acaso, echar sobre él un epíteto vulgar, dando algún movimiento á esta oración inicial con un verbo cualquiera? ¿Qué diferencia hay entre esta articulación informe, y la jerigonza gutural de algún animal casero? ¿Se puede llamar arte el aprender á usar trescientas palabras, vocabulario el más extenso de muchos seres racionales, cuando aprenden treinta por lo menos los tordos, las urracas y los loros? Es verdad que hay prosas buenas y con estilo propio, como son las de Melo, Solís y Cervantes; pero el estilo no consiste en la prosa, sino en las ideas; no lo forma el continente, sino el contenido. El verso es arte hasta cuando es malo; pero la prosa no lo es, aunque la honre, adornándola con sus antítesis, sus equívocos y sus sonsonetes, el gran genio de Quevedo.

3.º

Una humorada sobre la prosa.

Yo jamás he desdeñado la prosa, como otros la poesía, y nunca he creído que había necesidad de hablar de ella con relativo menosprecio, hasta que he visto que se pretendía declararla en vida heredera universal del verso.

Y por cierto que el haber hecho una indicación sobre este particular, me ha valido, de parte de mi amigo el señor *Clarín*, la siguiente carrera de baquetas:

“Al llegar aquí, recuerdo, y abro un paréntesis, que no sé en qué álbum ó revista he leído un pensamiento del gran Campoamor, una humorada, si no me es infiel la memoria, en que mi ilustre amigo y casi paisano, insulta á la prosa terriblemente; pero hay que advertir que Campoamor, excelente prosista en prosa y en verso, es muy amigo de la paradoja, que para los atletas del pensamiento es una gimnasia; el que hoy jugando

levanta una paradoja á pulso, mañana rompe las cadenas de una preocupación de esas que andan disfrazadas de principios inconcusos.

“Pues bien, á Campoamor no hay que hacerle caso cuando habla mal de la prosa, como no se le hizo cuando insultó á Aristóteles y puso como chupa de dómine á... los hechos, así como sueña, es decir, todo lo que sucedió, sucede y puede suceder.”

Me confieso criminal, y yo soy efectivamente el que, cansado de ver que en nombre de la nivelación literaria del porvenir, se trataba de suprimir la dignidad del verso, haciendo á Homero andar en cuatro pies, escribí la siguiente humorada:

Lengua de Dios, la poesía es cosa
Que oye siempre, cual música enojosa,
Mucho hombre superior en lo mediano,
Y en cambio escucha con placer la prosa,
Que es la jerga animal del sér humano.

4.º

La poesía da el ser á la prosa.

Si, mi querido *Clarín*; puesto que hay quien asegura que la prosa debe ser la única expresión del pensamiento, permítasenos á nosotros decir que eso sólo podrá suceder cuando, por el abuso de la prosa, á fuerza de machacar en el órgano auditivo, no les vayan quedando á las personas más que las orejas.

¿Que también hay poesía en la prosa? Seguramente. Si en la prosa no estuviese contenida alguna cantidad de poesía, las gentes, al hablar, no hablarían; harían otra cosa. La poesía puede estar en la prosa como están las pepitas de oro entre las arenas del Tajo. Sólo á aquéllas el arte las cierce, las funde y las convierte en alhajas, en las cuales se engarzan las piedras preciosas. Entre la prosa y el verso hay la diferencia que existe entre los polvos dorados de una salbadera y las coronas reales.

10509

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

La significación de las palabras y los giros de la prosa varían tanto como los vulgos que chapurrean las lenguas. ¿Qué prosa hay que tenga la fijeza del verso? El hipérbaton, ó sea la forma prosaica del *Quijote*, morirá, si es que no ha muerto ya. Pero vivirá siempre la forma rítmica con que Cervantes pinta la arrogancia de un valentón:

Caó el chapeo, requirió la espada:
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

Nadie ha escrito con más elocuencia que Buffón sobre Historia Natural, y todas sus obras juntas tienen menos mérito, y no vivirán tanto como la fábula de *Los Animales con peste*.

5.º

Toda ciencia de hechos es empirismo.

Hace tiempo que aquí y en el extranjero, muchos positivistas de todas las clases sociales se han puesto de acuerdo

para declarar que la poesía ha pasado, y que lo único que debe quedar son sus prosas inarmónicas y sin ideas.

A mí, esta indiferencia sobre la facultad humana que más nos acerca al Dios creador que sacó el mundo de la nada, me importa poco personalmente, porque yo sólo me precío de ser agricultor, y nunca he presumido de poeta. Pero aunque yo soy y *parezco* un burgués, como me dice un crítico anónimo con tan poca finura como ingenio, me precío de ser admirador de la poesía, y tengo una verdadera satisfacción en defenderla de las burlas sangrientas con que la denigran muchas eminencias político-científicas que se calientan los sesos, ya cultivando ciencias en las cuales no se encuentra nada de científico, al inventar reglas arbitrarias para plantear problemas económicos que, todos ellos, se pueden sintetizar en saber recoger del suelo con oportunidad el alfiler de Laffite; ya queriendo elevar á principios ciertos asuntos de despesa, tales como el de averiguar si los servicios públicos, por centralización ó por descentralización, será

más conveniente hacerlos con la mano derecha ó con la mano izquierda. Estos empíricos, no encontrando ingenio más que en las conferencias de los marmitones de la cocina del Estado, no sólo desprecian la poesía, sino que, siempre que pueden, despojan de toda consideración á los poetas, como si fuesen unos seres caídos de la luna.

¡Aberraciones de la imperfecta Naturaleza! Hay grandes estadistas que aún no han llegado á conocer que todos los oficios humanos se componen de una cuarta parte que imagina el hombre moral, esto es, el alma; y de tres cuartas partes que ejecuta el hombre físico, es decir, el cuerpo. Por regla general, el juicio público contemporáneo, con tal que se desempeñen bien las tres cuartas partes del hombre material, absuelve completamente del cumplimiento de la cuarta parte que debía imaginar el hombre moral.

Sólo andando el tiempo es cuando á la cuarta parte del hombre se la entierra en sagrado, y á las otras tres cuartas partes se las arroja á los muladares.

6.º

Los particulares no hacen ciencia.

¿Que he hablado mal de Aristóteles?

Es cierto, y me ratifico en ello. Su doctrina de que lo ideal *se deduce de lo real* es una escuela que, si fuese bien entendida y practicada, echaría más gentes á presidio que hombres ha matado Broussais con su teoría de las irritaciones.

¿Que he puesto como chupa de dómine á los hechos? También es cierto. Los hechos no son más que los flecos de la tela de las ideas, y cualquier operario japonés hace con ellos dibujos más originales y extraños que los que fabrican con los hechos los filósofos de la historia.

Con todo lo que sucedió y puede suceder no se puede hacer ni una regla universal. Sólo pueden creer lo contrario los perdigones de las universidades que, saliendo anémicos de ellas por no haber sido amamantados con el biberón de la filosofía, creen por debilidad cere-

bral en la existencia de no sé cuántos millones de ciencias físico-naturales, económicas, administrativas, históricas, morales y políticas. ¡Cuánta falsa sabiduría! ¿Cómo podría yo hacer comprender á estos inventadores de ciencias que el pensamiento no puede reconocer más ciencia que aquella que se propone estudiar las leyes del pensamiento mismo?

A un célebre ingeniero que había construido muchos puentes y calzadas, le sorprendió, pocos días antes de morir, la noticia que le dí de que al edificar sus obras no hacía más que daguerreotipar sobre el terreno la imagen de su propia inteligencia; que la realización de las ideas es un procedimiento tan sencillo como el juego de las siluetas de los niños, que poniéndose uno contra la luz, haciendo sombra, otro va dibujando los contornos de la figura que se proyecta en la pared; que las matemáticas hacen que la materia responda á las leyes del pensamiento, pero que son una ciencia metafísica que nada tiene que ver con la realidad.

Desengáñese el señor *Clarín*: aunque

él no me haga caso porque desprecio los hechos, tendrá que rendirse á la evidencia de este axioma de la filosofía: "Los particulares no hacen ciencia.,,

7.º

La prosa sin ritmo es una jerga.

Y le ruego por Dios que respete en mí, como en el poeta Kœrner, el gran miedo que tengo de *morir en prosa*.

Dejemos á los grandes poetas el carácter de seres inmortales, y no nos dejemos arrastrar, como Platón, por el enojo que nos causa la impotencia de no poder igualarlos. Yo creo que algunos prosadores se juzgan unos Platones, porque ellos también, por envidia como el gran filósofo, quieren desterrar á los poetas de la república.

¡Dios mío! ¿Será posible que, como ya ha empezado á suceder, venga un tiempo en que se llame escritores á toda clase de emborronadores de papel?

¿Podrá acontecer que se desamortice

el Olimpo, como si fuese una hacienda de fralles exclaustros, y se venda en pública subasta, para que un industrial cualquiera lo compre y lo convierta en un lugar de mala fama, estableciendo en él ventorrillos donde se venda de lo tinto, se hable en blasfemo y se galantee á las mujeres con madrigales en prosa?

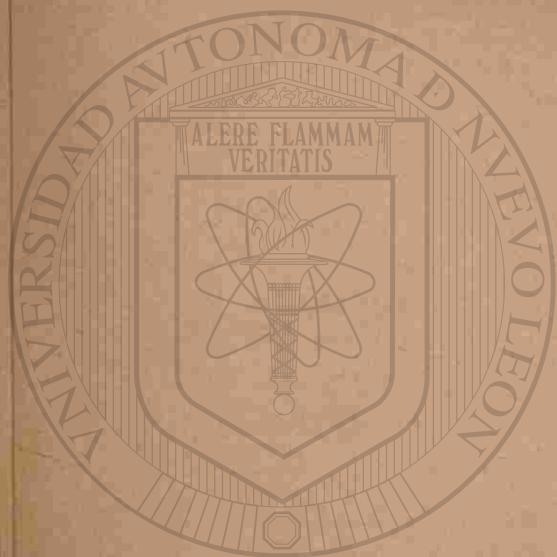
Pero no; antes que lleguen esos caballeros andantes de las letras que quieren dejar atrás al caballo Pegaso, montados en el burro de Sancho, Dios bondadoso hará que dejemos de ver la luz, para no encontrarnos vestidos de palurdos; para librarnos del asco que nos produciría esa simplificación de reducir toda nuestra alimentación intelectual á la prosa, ó sea al potaje negro de Esparta; y, en fin, para librarnos de esa promiscuidad en la cual nos revolveríamos todos en el cieno común de lo que llama la humorada *jer-ga* universal.

Pero ahora caigo en que, valiéndome del fácil medio oral de los sacamuelas, me he extendido demasiado, y pido perdón por mi prolijidad, y acaso por mi falta de reverencia á los señores que,

tratando con *tanto desdén á la poesía*, cultivan con una fe digna de mejor suerte lo que ellos llaman las ciencias históricas, morales y políticas, que jamás han existido ni pueden existir más que como puntos secundarios de discusión, emanados de los principios de la filosofía. En último resultado, aunque los *desdeñados* nos excediésemos algo en la defensa de la señora de nuestros pensamientos, siempre les queda á los *desdeñosos* el derecho de hacer con nosotros lo que les aconseja el ilustre crítico señor *Clarín*:
 "No hacernos caso."

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO KEYES"
 Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

®



II

SIN DESDEÑAR LA POESÍA

*Al señor Director de la revista **El Ateneo**:*

Quy señor mío y amigo: Cuando iba á salir el número 1.º de la Revista que usted tan hábilmente dirige, harto sabe usted que me opuse á que el Presidente de la Sociedad que da nombre á la Revista, y los Presidentes de las Secciones en que la Sociedad se divide, figurasen como formando un *comité consultivo* de la Revista misma. Si al cabo cedí y consentí en que saliera á relucir

mi nombre, fué porque mis compañeros cedieron y consintieron; y yo no quise pasar por discolo. Además, yo entendi que esta exhibición de nuestros nombres era honra que usted quería hacernos y que no nos comprometía á nada. En un periódico donde no se inserta artículo que no vaya firmado por alguien, el único responsable de cada sentencia es el autor del artículo en que la sentencia va escrita. De lo no firmado, debe responder usted que dirige el periódico, y no Cánovas, ni Pidal, ni el conde de Morphy, ni yo, que ni somos consultados á cada paso, ni tendríamos tiempo para responder á cada consulta, dado que nos consultasen.

Ignoro quién es el autor del prospecto de *El Ateneo*. Sólo sé que yo no he visto dicho prospecto sino después de publicado. Así, pues, yo no tengo obligación de responder de cualquiera herejía ó atrocidad que en dicho prospecto haya podido salir estampada.

El insigne poeta D. Ramón de Campoamor cree haber descubierto una herejía ó atrocidad en el prospecto; y como

entiende que es un insulto á la poesía, se revuelve enojado contra el autor y le dispara y atiza un gracioso y tremendo artículo en *La Ilustración Española y Americana*.

Digo la verdad: si yo creyese que Campoamor tenía razón, declararí que yo no quería defender la sentencia del *prospectista*, y hasta aconsejaría á usted que no la defendiese tampoco, sino que se confesase culpado, pidiese humildemente perdón, y se retractase de sus errores. La poesía es tan reverenda y tan divina, que no hay desdoro en humillarse ante ella con acatamiento profundo. Merecería, quien no lo hiciese, padecer el castigo horrible que dió Apolo al sátiro Marsias, desollándole vivo, ó el castigo más suave, aunque harto ridículo, que dió el mismo dios al rey Midas, alargándole las orejas.

Por dicha, el autor del prospecto no ha menester de retractación para no incurrir en tamaña pena. La letra mata, pero el espíritu vivifica. Si atendemos al sentido literal, al decir que aceptará la Revista todo trabajo literario, *sin desdeñar*

la poesía, el autor del prospecto, mirada someramente su obra, desdeña la poesía con soberano é irritante desdén; pero ¿qué poesía es la que desdeña? Aquí está el *quid* de la dificultad. La poesía que desdeña es la falsa, y, profundizando bien en la mente del *prospectista*, harto se ve que dice esto, movido por el más religioso respeto hacia la poesía verdadera. Sus palabras implican el mayor encomio que de la poesía puede hacerse. Y esto es lo que yo voy á demostrar, en contra de Campoamor, cuya defensa de la poesía me atrevo á sostener que no la halaga y sublima ni la centésima parte que el aparente desdén del *prospectista*.

Si alguien tuviese nobilísimos pensamientos, y en vez de expresarlos valiéndose de la palabra rítmica y melodiosa, los expresase en prosa ruin, Campoamor tendría razón en compararle á la Princesa del cuento que guardaba los diamantes en una cazuela; pero todavía sería peor si alguien, desprovisto de esos pensamientos nobilísimos y provisto de tonterías, tratase de hacerlas valer con el sonsonete de las coplas. Entonces,

ya no sería la Princesa que guarda diamantes en cazuela, sino el rústico que toma los vasos de oro, donde Hebe ministra el néctar á los dioses, y los llena de bellotas ó de algarrobas para los cerdos.

Las comparaciones prestarán acaso amenidad al discurso, pero nada prueban.

No se concibe autor, por premioso y torpe que sea en sus palabras, que no las halle dignas y hermosas cuando tiene sublimes pensamientos que expresar; ni se concibe tampoco autor, capaz de crear una forma perfecta, y que sólo atine, valiéndose de ella, á expresar tonterías. El fondo es más dependiente de la forma, y la forma más dependiente del fondo, de lo que vulgarmente se cree. Nadie, aun suponiéndole muy irreflexivo y disparatado, deja, por instinto, de escanciar el vino generoso en la más rica copa, ni de echar el afrecho en el dornajo de la zahurda, reservando la cincelada bandeja para poner en ella bizcochos y confites.

Dejemos, siquiera por un momento, el estilo figurado, y vamos llanamente á la cuestión.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

010509

Yo gusto tanto como Campoamor de la poesía y de la metafísica; pero la poesía es el arte inútil, y la metafísica la ciencia inútil; son el lujo mental: las disciplinas liberales en contraposición de las ciencias y de las artes útiles ó serviles. Infírese de aquí, penetrándose bien del sentido de la división y distinción que hago, y que son muy aristotélicas, que es útil, conveniente y hasta indispensable hablar en prosa: todos tenemos que ser prosistas, aun sin saber que lo somos; pero poetas y metafísicos no es necesario que lo seamos. El prosista, pues, reclama indulgencia; con el poeta y con el metafísico importa la severidad. Nadie les manda filosofar ni poetizar. Casi es desvergüenza gastar este lujo, cuando no tiene el que le gasta capital para ello. ¿Va comprendiendo el Sr. Campoamor en qué sentido dice el *prospectista*, *sin desdeñar la poesía*? Esta poesía que se allana á no desdeñar, es la que sospecha que puede ser de mala ley.

Y ni la sospecha del *prospectista* es infundada, ni es arbitraria la interpretación que yo doy á su frase. Sea como sea,

yo acepto la frase *sin desdeñar la poesía*, como si yo la hubiera escrito, y voy á defenderme. Imaginemos que yo soy autor del prospecto, director, editor y propietario de la revista *El Ateneo*. Hablo por mi cuenta de aquí en adelante.

Si no desdeño la poesía, esto es, si abro la mano en lo tocante á versos y les doy en mi publicación siquiera la cuarta parte de cabida que á la prosa, tendremos al año seis números llenos de versos, y como cada número consta de 160 páginas, y en cada página entran 50 versos, resultará, $160 \times 50 \times 6$, ó dígase una cosecha de 48.000 versos anuales. Quiero suponer, y es suponer longánimo, que de estos 48.000 versos, 8.000 son buenos; y nos quedarán siempre 40.000 que no habrá Dios, ni hombre, ni poste que los aguante. ¡Bonito negocio haré, pues, con mi Revista! Mi ruina será segura.

Ni siquiera me valdrán los 8.000 versos buenos. De cada diez lectores, uno á lo más será bastante crítico para descubrirlos en el fárrago de los malos, y para deleitarse con ellos.

Veo venir la primera objeción á este

"ALFONSO REYES"
1686, 1625 MONTERREY, MEXICO

razonamiento, pero no me asusta; la réplica es obvia.

Si los versos son malos, á razón de seis por uno, esto es, si sólo hay una sexta parte sufrible, ¿por qué no ha de ocurrir lo mismo con la prosa? Y si ocurre lo mismo, tendremos, que de los 144.000 renglones en prosa que publicará *El Ateneo* cada año, sólo 24.000 podrán sufrirse.

Mi candor y mi modestia no me consienten negar que $\frac{1}{6}$ de la prosa de *El Ateneo*, empezando por la mía, podrá ser mala. Pasemos adelante. Decidamos que lo es; pero en toda esta mala prosa, ó en casi toda, hay una utilidad, una conveniencia ó una necesidad, que la salva. Ya es la oración inaugural de un curso universitario, ya un extracto de noticias sobre descubrimientos científicos, ya la vida de algún personaje célebre; en suma, asuntos todos que importa que se digan y se sepan; que conviene divulgar, aunque sea sin arte, porque su fin, conveniencia ó necesidad no está en el arte con que se dicen, sino fuera del arte. Claro está que hay arte en la prosa, pero no hemos de poner mordaza á cuantos

no sean artistas; no hemos de ser de peor condición que los pitagóricos, enmudeciendo toda la vida, como enmudecían ellos durante los cinco años de noviciado.

En suma, la prosa es indispensable é inexcusable. Todos hacemos prosa por fuerza, y todos por fuerza la leemos.

Las discusiones parlamentarias, los dictámenes de los cuerpos consultivos, las leyes, los reglamentos, los libros de texto, todo está en prosa. Bueno sería que esta prosa no fuese mala; pero, en fin, aunque sea mala, como es una necesidad, conviene conformarse y resignarse con ella, mientras que los versos... ¿qué necesidad tiene nadie de hacer versos en nuestro siglo?

Así es que, en comparación de la inmensa cantidad de prosa con razón, es pequenísimos el número de versos que con razón se escriben. Por cada cincuenta prosistas tolerables habrá, á lo más, un poeta que lo sea. Y aun este mismo poeta escribe mucho más en prosa que en verso. El Sr. Campoamor tiene en prosa *El personalismo*, *El idealismo* y otros va-

rios libros, que ocupan más que todas sus fábulas, doloras y grandes y pequeños poemas. Quintana, con solo las *Vidas de españoles célebres*, llena más papel que con sus tragedias y sus odas. La cuarta parte de *Los novios* de Manzoni hace más volumen que todos sus himnos, poemitas y dramas.

Todo tira á demostrar que la buena poesía es rara, y no sirve ni vale para rellenar Revistas. Larga vida vivió Gallego, y dejó para admiración de la posteridad dos ó tres buenas composiciones poéticas. Todos los versos originales de Fray Luis de León no forman la quinta parte de las páginas que tiene el menor de sus tratados en prosa.

Ahora bien; esta escasez de buena poesía, que se nota en toda la prolongación de la historia literaria del mundo, ¿no hace presumir, no revela que la buena poesía es hoy también muy escasa? Y si acudiesen poetas, con muchísimos versos, á llenar la Revista, ¿no nos darían á sospechar que los tales versos habían de ser muy malos?

En virtud de tan legítima sospecha,

pasándonos de indulgentes y de benignos, y creyendo que entre tanto malo hemos de hallar algo que nos parezca bueno, decimos, pues, fundadamente, *sin desdeñar la poesía*. Esta poesía, que *El Ateneo* no desdeña, no es la poesía ya depurada y aquilatada, sino todas las arenas del Pactolo y del Tajo y del Darro, con las que nos avénimos á cargar para ver si sacamos de ellas algunos granillos de oro. Esto, interpretado con rectitud, es lo que significa la frase *sin desdeñar la poesía*, que tanto ha enojado al Sr. Campoamor. Es como si dijéramos: no queremos desdeñar ni desatender ese montón de coplas que puede presentársenos, por si acaso sacamos de él alguna que otra copla que sea verdadera poesía.

Aun así, y por no desdeñar la poesía, contraemos grave responsabilidad y nos echamos á cuestras una obligación harto penosa de cumplir. La prosa tolerable, la que enseña algo, divierte ó interesa; la que trae alguna utilidad ó cumple algún propósito, es fácil de reconocer; pero para distinguir, en una masa ingente de

versos, algunos que sean buenos, es menester mucho tino, despejado criterio y un juicio tan certero y claro, que rara vez se halla en nadie. La bondad de los versos no es al principio y para todos manifiesta. Nos exponemos, por consiguiente, si publicamos versos, á publicar mil simplezas, que á nada conducen, mientras que la prosa, hasta la más simple, conduce á algo y algún propósito lleva, como, por ejemplo, la de esta carta, donde queda probado que, al decir *sin desdeñar la poesía*, hacemos alarde y damos muestras del más entrañable amor y de la más fervorosa devoción á la poesía verdadera, por quien nos exponemos á escoger la falsa y la inaguantable y á embadurnar con ella algunas columnas de nuestro periódico.

Repito que yo me siento muy lisonjeado de figurar en el *Comité consultivo* de la Revista, si esto se considera mero cargo honorífico, pero no si se entiende que he de ser censor y fallar sobre el mérito de las poesías de éste ó de aquél. Yo me recuso, yo me inhibo de tan arduo asunto. Y no por creerme severo, sino por

creerme blando, facilitón y sin pizca de autoridad.

En mí ya larga vida, he sido con frecuencia crítico de poetas. Para sólo media docena de los que he encomiado, y entre ellos cuento á Campoamor, á Núñez de Arce y á Becquer, ha venido el público á confirmar mi sentencia con el aplauso. A los demás, de nada ó de poco les ha valido mi sentencia favorable. ¿Cómo, por consiguiente, quiere usted que tenga yo fe en la certidumbre de los juicios sobre poetas contemporáneos? Mi opinión, contraria á la del público, se ve hasta en lo tocante á mi propia persona. Es evidente que yo no creo malos mis versos, cuando los he publicado: pero también es evidente que no he logrado infundir en el público mi creencia. Si pusiese yo aquí una lista de los poetas encomiados por mí, y en cuyo encomio persisto con terquedad, se pasmaría usted de la discrepancia que hay entre mi criterio y el de la generalidad de mis conciudadanos.

No quisiera yo citar nombres propios, pero saltaré por todo y citaré algunos

que acuden á mi memoria, de poetas que viven, y á quienes he encomiado, en esta Península, sin contar con los poetas de América. Yo creo, por ejemplo, buenos poetas á Querol, á Zorrilla, á Miguel de los Santos Álvarez, á Teodoro Llorente, á Velarde, á Alarcón, á Menéndez Pelayo, á José Alcalá Galiano, á Ferrari, á Narciso Campillo, y aun á varios de los que en sus *Ripios aristocráticos* fustiga Valbuena. En suma, como yo entiendo que este siglo es el siglo de la poesía lírica, ¿qué menos he de conceder á España, de buenos poetas, que veinte siquiera? Pues bien; *Clarín* dice que sólo hay ahora dos poetas y medio. Los dos poetas enteros son Campoamor y Núñez de Arce; el medio poeta es Manuel del Palacio: los demás somos, si acaso, moléculas, átomos de poetas.

Maravillémonos de lo incierto y de lo contradictorio de los fallos, y que esta incertidumbre y esta contradicción justifiquen la frase, para Campoamor escandalosa, *sin desdeñar la poesía*.

Aceptando el criterio de *Clarín*, los únicos que por entero pudieran enojarse

de la frase, serían Campoamor y Núñez de Arce; el que pudiera enojarse á medias, sería Manuel del Palacio. Todos los demás tendríamos que dar las gracias al *prospectista* porque no nos desdeñaba. Si nos ponemos, como yo deseo, en un término más razonable; si concedemos que los poetas vivos y en actividad son más de dos y medio, y llegan á veinte, todavía estos veinte nos darán poco original que insertar en nuestra Revista. Tendremos que emplearnos en descubrir poetas nuevos; y de este empleo es del que yo, por mi parte, hago dimisión, me declaro incompetente.

En la segunda mitad del siglo XIX, en que vivimos, sólo ha habido un hombre que, en España, haya tenido la gloria de descubrir un nuevo poeta, reconocido como tal por el público. El descubridor ha sido Correa, y el descubierto, Becquer; y todavía, para hacer este descubrimiento, ha sido menester que Becquer se muera ignorado y sin llevar en su alma la consolación y la esperanza de que le aguardaba la grandísima fama póstuma de que goza hoy.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
"ALFONSO HELIOS"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

Indudablemente, la buena, reconocida é indisputable poesía, es difícil de hacer, y no menos difícil de juzgar. Cicerón, con ser tan elocuente, tan discreto y tan sabio, era, según dicen, detestable poeta, y sobre este punto se engañaba. Dionisio de Siracusa fué uno de los tiranos de más talento, habilidad y sabiduría que ha habido en el mundo. Hacía versos y los creía excelentes. Un sabio profundo de su corte creía que eran abominables los versos de Dionisio. Se lo dijo, y Dionisio quiso vengarse de él, y le encerró en un calabozo, á pan y agua. Le perdonó al cabo, y le volvió á su gracia. Cierta día empezó á leerle de nuevo versos suyos. Y el sabio exclamó en seguida: "Que me lleven al calabozo otra vez." ¿Consideraría abominables los versos cuando prefería el calabozo? Tenemos, pues, aquí á dos personas de grandísimo mérito intelectual ambas, que en punto á poesía tienen opiniones diametralmente contrarias. ¡Vaya usted á decidir cuál de los dos tendría razón!

Esta inseguridad sobre lo que en poesía (en verso) es bueno ó malo, ha existi-

do y existirá siempre. Cervantes se creía poeta, y los hombres de su tiempo, y después la posteridad, se han empeñado en decir que era mal poeta. Yo voto en contra; pero, ¿qué vale mi voto?

Ninguna Academia ó Corporación literaria ha premiado jamás poesía lírica, sin que protesten, chillen, vociferen y clamen contra su decisión cuantos se creen entendidos. En cambio, nadie protesta, y todos convienen en los fallos de las mismas Academias y Corporaciones cuando han premiado una obra en prosa, y, sobre todo, cuando la obra es erudita ó científica y se roza poco con la poesía.

Y no es que nos ciegue, al juzgar los versos, la amistad ó la enemistad, el amor propio ó la envidia, sino que es oscuro lo que nos guía en la aplicación de la ley estética para el verso, aunque la ley sea clara.

¡Cuántos no han juzgado á Lucano superior á Virgilio; cuántos, no hace mucho, calificaban de bárbaros á Dante y á Shakspeare; cuántos no colocan hoy á Víctor Hugo sobre Homero!

Para evitar, pues, tanto tropiezo y sa-

lir de tantas dudas y confusiones, lo mejor es que publique la Revista todos los versos que quieran dar los dos poetas y medio, ó bien (extendiendo más nuestra aprobación que Clarín) los diez ó doce que ya el público ha canonizado: y que en lo demás, *sin desdeñar la poesía*, publique la Revista muy poco, no sea que se equivoque en la elección, ó no sea que el público se equivoque, creyendo que la Revista es la equivocada, lo cual para el interés editorial de la Revista importa lo mismo.

Es cuanto tengo que decir en defensa de la frase, causa del enojo de Campoamor.

V.



LA POESÍA

DESDEÑADA POR LA CIENCIA Y POR LA PROSA

I

DESPUÉS de echarme las manos á la cabeza lleno de estupefacción, permitidme, lectores, que os pregunte: "¿Habéis leído lo que contesta el señor don Juan Valera á mi artículo *La poesía desdeñada por la ciencia?*" Pues dando una patente de vida eterna á la prosa, expide además una partida de defunción á la metafísica y á la poesía, redactada con claridad y del modo siguiente:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Código 1625 MONTERREY, MEXICO

lir de tantas dudas y confusiones, lo mejor es que publique la Revista todos los versos que quieran dar los dos poetas y medio, ó bien (extendiendo más nuestra aprobación que Clarín) los diez ó doce que ya el público ha canonizado: y que en lo demás, *sin desdeñar la poesía*, publique la Revista muy poco, no sea que se equivoque en la elección, ó no sea que el público se equivoque, creyendo que la Revista es la equivocada, lo cual para el interés editorial de la Revista importa lo mismo.

Es cuanto tengo que decir en defensa de la frase, causa del enojo de Campoamor.

V.



LA POESÍA

DESDEÑADA POR LA CIENCIA Y POR LA PROSA

I

DESPUÉS de echarme las manos á la cabeza lleno de estupefacción, permitidme, lectores, que os pregunte: "¿Habéis leído lo que contesta el señor don Juan Valera á mi artículo *La poesía desdeñada por la ciencia?*" Pues dando una patente de vida eterna á la prosa, expide además una partida de defunción á la metafísica y á la poesía, redactada con claridad y del modo siguiente:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Código 1625 MONTERREY, MEXICO

La metafísica es la ciencia inútil, y la poesía el arte inútil.

Confieso que me había impresionado mucho la primitiva aserción del periódico *El Ateneo*, al decir que insertaría cualquier rama de la ciencia, *sin desdenar la poesía*. Este desprecio queda ahora reducido, entre el señor Director de *El Ateneo* y yo, á un simple altercado, propio de un juicio de faltas. Pero el señor Valera, á quien, como á una amiga suya y mía, se conoce que ya sólo le divierte lo que es pecado mortal, ha entrado oficiosamente en la polémica, no sólo para reñir conmigo, sino para cometer dos asesinatos en la metafísica y en la poesía, decalvando de este modo al rey de la creación y tocando la trompeta del juicio final para anunciar el término de la racionalidad humana.

II

Pasaba yo en cierta ocasión una deliciosa temporada de campo en compañía de unos amigos, entre los cuales se hallaba uno de los individuos más conspi-

cuos del *Comité Consultivo del Ateneo*, el señor don Alejandro Pidal y Mon. Un día vimos desde un balcón que una cabra, satisfecha de gozar las sensualidades de la maternidad, dejaba que de los pezones de su ubre mamasen tranquilamente, por un lado un cerdito y por el otro un niño. Una labradora, sentada cerca del grupo, lo miraba con total indiferencia, como si aquello fuese una cosa muy natural y muy común. "He aquí, dije á los presentes, dos seres á los cuales hoy los une la *animalidad*, y mañana los separará la *metafísica*."

No podía yo calcular entonces que algunos años después el señor don Juan Valera nos vendría á querer probar que á aquellos dos hermanos de leche no los podría separar ya ni siquiera la metafísica.

III

¡La metafísica una *ciencia inútil*, cuando si las leyes que la constituyen se borrasen del entendimiento humano, sería lo mismo que si en el orden físico se

apagase el sol que nos alumbral. Se conocí que el señor Valera, al escribir su artículo, tuvo presente aquel autor que dice: "La metafísica es como las vírgenes consagradas al Señor, que no dan ningún fruto." Pero, más bien que esto, debía el señor Valera recordar aquel principio, tan repetido en las aulas, de que "La metafísica, sin ser precisamente la ciencia de nada, es por necesidad la ciencia de todo."

La metafísica es la única ciencia, porque es el único conjunto de verdades sin excepción.

No hay ningún conocimiento moral ni físico que no sean metafísica pura. Cuando se dice ciencias físico-matemáticas, quiere decir la física explicada por la metafísica. La psicología que estudia el hombre espiritual, y las matemáticas que explican el número y cantidad de todo lo material, forman las dos grandes divisiones de la metafísica, que es la ciencia que aplica las leyes del pensamiento humano al conocimiento de la calidad y cantidad de todos los seres y de todas las cosas posibles.

¿En qué consiste la general ignorancia de que toda obra humana, sea acción ó pensamiento, es una aleación de lo inmutable con lo mudable? Pues consiste en que los hombres de ciencia, al trasladar el orden de los hechos al orden de las ideas, suelen atribuir á los objetos pensados las cualidades del sujeto que los piensa.

Aunque me sigan flagelando implacablemente ciertos sabios del hecho, que para hablar mal de mí se ponen más orondos que las morcillas de Baltasar del Alcázar, añadiré que el entendimiento, buscando la unidad en la variedad y la variedad en la unidad, y examinando después la conformidad de las partes con el todo, da el modo de andar intelectual que tienen los seres pensantes para llegar á su objeto, lo mismo en Nelson, cuando concibe la idea de ponerse siempre á barlovento para huir al enemigo, que en el sastre que remienda una chaqueta; que en Kant al redactar el conjunto de sus obras. Por la metafísica que da las ideas, y la poesía que las convierte en imágenes, el poder del hombre se

hace algo semejante al poder de su Creador. Cuando la metafísica y la poesía, la idea y la manera de expresarla, la ciencia y el arte, se aunan para formar una obra común, resulta entonces lo trascendental, lo que se deduce de todo estudio digno de serlo, un principio general, una ley; y es en vano que nuestros amigos los señores Valera y Sánchez Pérez se empeñen en hacernos creer que en la literatura lo poético es siempre superior á lo filosófico. Si á Calderón se le atribuyesen todas las obras de todos los dramaturgos del mundo juntos, incluyendo á Esquilo y á Shakspeare, no se le llamaría el creador de *Prometeo* ni de *Hamlet*, sino el autor de *La vida es sueño*. Si á Cervantes se le aplicasen todas las novelarías pasadas, presentes y futuras, siempre se le conocería por el autor de *Don Quijote*. Con estas dos obras poéticas, basadas sobre los dos problemas filosóficos que más interés despiertan en la inteligencia y en el corazón del hombre, parece que, como Dios á las aguas, Cervantes y Calderón han dicho al ingenio humano: "¡No pasarás de aquí!"

IV

¡La poesía un *arte inútil*, cuando es el himno obligado en todas las glorias humanas y divinas!

Si los metafísicos dirigen todo el orden intelectual del mundo desde las buhardillas en que viven, los poetas, desde los hospitales en que mueren, dan cuerpo á las ideas, convirtiéndolas en imágenes.

Tan glorioso como discurrir, es dar forma á lo discurrido.

Ya sé yo que, á imitación del *Mirabeau-mosca*, M. Thiers, que miraba á Víctor Hugo como si fuese un bicho raro, hay grandes estadistas que mueren en olor de glorificación, aunque son menos aficionados al ritmo que los que, al tirar de ciertos vehículos, hay que colgarles una sarta de cascabeles para hacerles soportar con alguna menor fatiga la prosa del trabajo.

Pero, concretando más el asunto: ¿qué es poesía?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 107-111 T-11A
 "ALFONSO REYES"
 Apdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

Hace poco tiempo que en uno de los números del *Madrid Cómico*, su ingenioso director, el señor don Sinesio Delgado, concluía una graciosa composición, diciendo:

«Poesía qué es? Ni Dios lo sabe.»

El señor Valera opina lo mismo cuando dice: "Para distinguir algunos versos que sean buenos, es menester mucho tino, despejado criterio y un juicio tan certero y claro, que rara vez se halla en nadie.,,

¿Y quién tiene la culpa de que apenas haya quien sepa lo que es poesía? Pido perdón al señor Valera; pero creo que él es un poco responsable de esta vacilación del público, porque aunque algunas veces el señor Valera nos quiere dar como cosa muy comprensible la metafísica no muy bien digerida de Goethe, otras veces, por complacencias con una escuela de ropavejeros literarios que por su amor á lo antiguo nos haría vivir eternamente en el campo, comiendo hierbas sin cocer, como los penitentes

del desierto, han declarado en los versos la guerra al *ingenio* y á la *razón*, llamando, por boca del señor Valera, á lo primero *quintas esencias*, y á lo segundo *filosofías*. Es menester desarrollar ese sexto sentido que hoy se llama *hacerse cargo*, y fijar de una vez para siempre la idea de lo que es poesía. El señor Valera, que, como yo, tiene una tolerancia y un candor que rayan en la indiscreción, aceptando la creencia vulgar de llamar poesías á todos los versos, nos declara magnánimamente poetas á una legión de escritores casi tan numerosa como el ejército de Jerjes.

¡Un poeta! Si las gentes comprendieran la verdadera significación de esta palabra, al oirla darian muchas gracias á Dios, porque de mil en mil años se digna crear un poeta, juzgando á esta miserable humanidad acreedora á tan alto privilegio.

¡Un poeta! Desde la muerte de Quevedo hasta la llegada del romanticismo, no se ha escrito un solo verso de poeta; y desafío al señor Valera á que me lo cite.

Resolvamos de una vez este problema, convenciendo al público de que los versos buenos son tan raros como los diamantes de á libra. Para facilitar el trabajo, autorizo al señor Valera á que, además de los líricos de la restauración del gusto francés, incluya al señor Quintana, poeta laureado, muy admirado por él, y popularísimo en España y en América.

Pero antes de continuar me ha de permitir el señor Valera que le cuente un sucedido. Hace muchísimos años iba yo por la calle del Príncipe en compañía de mis ilustres amigos Pepe Zorrilla y Tomás Rubí, y al pasar por delante de una confitería se les antojó que yo les había de convidar á dulces. Para darles una broma, hice como que accedía, y los dos se lanzaron al interior de la tienda á vaciar una bandeja de merengues. Después de hacer una señal de inteligencia á la confitera, que por cierto era rubia y muy guapa, di la vuelta á la esquina y me alejé por la calle de la Visitación. Cuando volví á mi casa, Rubí, que siempre nos ha excedido á todos en gracia y

en buen humor, convirtiéndome de bromista en embromado, se había llevado de mi cuarto un estuche de afeitar para entregárselo á la confitera en garantía del pago de los dulces. En el lugar del estuche había dejado un papel escrito, que concluía diciendo:

.....
Si te faltan del traje algunos dengues,
Ve, Ramón, á buscarlos á la tienda
Tururúm, tururúm, de los merengues.»

Se conoce que Rubí, al improvisar estos versos, le faltó tiempo para concluirlos, y acabó el último con el *tururúm* repetido, para no faltar, como buen hijo del Parnaso, al sagrado precepto de la rima.

Y dicho esto, continuó.

El verso que me ha de citar el señor Valera, ha de competir en lo pintoresco con esos versos que, al convertir *la idea en imagen*, producen en el lector una reverberación de pensamientos secundarios, que son el encanto del lector.

Como éstos, por ejemplo:

«Con crines tendidos arder los cometas.»

(JUAN DE MENA.)

«Dilata hasta los montes su ribera.»

(RÍOJA.)

«El que freno dió al mar de blanda arena.»

(LOPE DE VEGA.)

«O al rico *avaro* en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.»

(ARGENSOLA.)

Etc., etc., etc.

Y ruego al señor Valera que para citarme el verso que le pido, no me vaya á hacer un torneo de momias, sacando á plaza los consabidos:

«¡Todo á humillar la humanidad conspiral...»

«¡Virgen del mundo, América inocentel...»

«¡Pálida luz de fósforo ligero!...»

Porque estos versos, que más bien pertenecen á la elocuencia que á la poesía, y que ocultan la vacuidad de la idea con la entonación de la forma, no nacen, se

hacen, y yo sé lo poco que valen, porque estoy en el secreto del ningún trabajo que cuesta el fabricarlos.

«Tururúm, tururúm, de los merengues.»

V

Pero el señor Valera, sin duda por la excesiva bondad de su carácter, siempre que levanta una razón es con vistas á la razón contraria.

Después de declarar á la poesía *un arte inútil*, dice: "La poesía es tan reverenda y tan divina, que no hay deshonra en humillarse ante ella con acatamiento profundo." ¿En qué quedamos? Y luego vuelve á decir: "Todos tenemos que ser prosistas, aun sin saber que lo somos; pero poeta y metafísico no es necesario que lo seamos." Es verdad; la prosa se escribe, no como se debe, sino como se puede, y no siempre es necesario que los grandes hombres sean unos seres racionales que cultiven la metafísica y la poesía, pues se deben contentar con ser

prosistas sin saber que lo son, hablando la prosa como la oyen y escribiéndola como la hablan. Y antes de pasar adelante, no quisiera que se me olvidara decir que, á propósito de esta polémica, se me ha presentado como enemigo de la prosa. ¿Yo enemigo de la prosa? ¿Por qué ni para qué? ¿Tiene algo de extraño que, entrando en comparaciones, á la guerra al verso haya contestado yo con un ataque á la prosa?

Aunque sé que me expongo á ser cansado, he de repetir que, siendo en ellas escaso el contenido de la metafísica y de la poesía, todas las prosas carecen de aire vital y se presentan á mi vista chafadas como las vejigas vacías.

La prosa con pocas ideas queda reducida al oficio mecánico de prodigar lugares comunes y empalmar ripios, y aun con imágenes é ideas no hay cosa más difícil que injertar el ritmo en la prosa.

El materialismo de hablar no es un arte, es una función fisiológica, como el charloteo del papagayo. Y es casi imposible imprimirle ninguna condición artística, por lo cual esos prosistas que,

según el señor Valera, lo son sin saberlo, se pueden comparar con aquel inglés que lo había aprendido todo, absolutamente todo, "menos el arte de saber leer y escribir."

Renuncio á hacer un análisis á la menuda, porque los gramáticos exagerados me hacen el mismo efecto que los supersticiosos, que con sus redes de moral estrecha, como en los circos ecuestres, convierten los caminos del cielo y de la tierra en unas verdaderas carreras de obstáculos; y seguiré diciendo que yo sólo me he ocupado poco caritativamente de la prosa cuando he visto fustigado el verso por escritores que supongo que serán unos poetas abortados. Y es tanto más de agradecer mi generosidad, cuanto que tengo la persuasión de que todo pedazo de prosa, por lo fácil de enmarañarse, es una madeja de hilo puesta al alcance de los gatos de la vecindad.

El señor don Leopoldo Alas, que desde la ciudad de Oviedo pone en la actualidad más ideas en circulación que en su tiempo el P. Feijóo, se ha empeñado en hacer creer á las gentes que yo escribo

muy bien en prosa. Esta es una lisonja que no merezco, pues como no existen reglas fijas de construcción, siempre que enlazo algunas oraciones se me ocurren después veinte maneras de hacerlo mucho mejor. ¿Sucede esto con la forma poética? No. ¿Por qué? Porque el lenguaje sólo en el verso es un mecanismo perfecto. ¿Se quieren algunos ejemplos? Pues allá van dos, el primero de Lope de Vega:

«¡Canto el valor y las hazañas canto
De aquel varón, soldado y peregrino,
Que, á ser del Asia universal espanto,
Desde la selva Caledonia vino!»

Segundo ejemplo, de Góngora:

«Todo es gala el africano:
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfanje deponc.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncós atambores,
Y los volantes de Venus,
Sus bien seguidos pendones.
Desnudo el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin orden;
Si lo abrocha, es con claveles,

Con jazmines si lo coge.
Todo sirve á los amantes:
Plumas les baten veloces
Airecillos lisonjeros
Si no son murmuradores:
Los campos les dan alfombra,
Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores:
Los troncos les dan cortezas,
En que se guarden sus nombres,
Mejor que en tablas de mármol
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
Ni blanco chopo sin mote;
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.»

¡Qué precisión en el primer ejemplo!
¡Qué abundancia de ideas y de imágenes en el segundo!

Y en los dos ejemplos, ¡qué manera tan diestra de construir períodos con palabras insustituibles!

Ponga el señor Valera estos versos, no en una prosa tan mala como la mía, sino en una prosa tan exquisita como la suya, y verá cómo él mismo, por no oirla, echa á correr con el natural espanto con que se huía de aquella vieja que en

tiempo de los franceses entraba en su pueblo diciendo: "¡No hay que asustarse, que vienen degollando!",

ALERE FLAMMAM
VERITATIS VI

Repito que no pude reprimir un movimiento de enojo cuando vi que *El Ate-
neo*, desde el punto de vista de la ciencia y de la prosa, trataba con desdén á la poesía, y entonces fué cuando sostuve que la *prosa no es arte*. Pero el señor Valera, que tiene bastante autoridad para suponer que se le debe creer bajo su palabra, se limita á decir: "Claro está que hay arte en la prosa., Estas claridades del señor Valera le deben recordar á una marquesa muy conocida una promesa que yo la hacía siendo niña: "Te he de regalar un vestido tan claro, tan claro, que no lo has de ver.,"

Si la prosa es arte, ¿cuál debe ser la colocación de las palabras? ¿Cuál es la ley que determina el enlace y la estructura de las cláusulas? ¿Con qué regla ideológica se pueden disculpar las irre-

gularidades? ¿Qué razón hay que justifique la inversión del orden usual de las ideas y las frases?

Para nada de esto hay cánones determinados; y una prueba de que la prosa se escribe sólo por instinto, es que las mujeres, sin estudiar siquiera ortografía, redactan las cartas mucho mejor que los hombres, así como suelen cantar con más afinación los artistas que menos música saben. Muchas veces he pensado en los grandes sudores que le habrá hecho pasar al pobre Cervantes la introducción del *Quijote*. Obedeciendo al principio de que en todo juicio enunciado ha de presentarse la idea de que se afirme algo, y después sus accesorios y modificativos, debió comenzar su libro de este modo: "No ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor, en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme., Pero, obedeciendo á su instinto soberano y sacrificando la lógica á la eufonía, que es hermana menor del ritmo, de esa ascensión eterna de nuestra alma, cons-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdad. 1623 MONTERREY, MEXICO

truyó el período de esta manera: "En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Lo más perfecto de esta construcción, ¿le habrá recompensado á Cervantes de los sudores que le habrá costado el ver enfrente de sí ese montón de palabras que, como los guijarros, no suelen tener facetas de adaptación posible?"

Me alegraré que Cervantes haya quedado satisfecho de este principio de su poema, y que en medio de sus desgracias tuviese un momento de felicidad, aunque no fuese tan grande como la cha que siente el señor Valera al pintarnos entusiasmado la utilidad del prosismo:

"Las discusiones parlamentarias, dice, los dictámenes de los cuerpos consultivos, las leyes, los reglamentos, los libros de texto, están escritos en prosa. Ya lo sé; y también el tratado del perfecto cocinero. ¿Y sabe el señor Valera cuál será el fin de toda esa monserga de calós

administrativos, políticos y judiciales? Pues su término merecido será el de ir á calentar las calderas de la industria del porvenir, mientras los operarios que atienden el fuego recitarán con delicia la dolora del marqués de Molins, que empieza:

«¡Se deshace nuestra vida
Como esa blanca nevada;
A la mañana formada,
Y á la tarde derretida!»

VII

Y, sobre todo, si el señor Valera cree, aunque no lo prueba, que hay arte en la prosa, entonces resultará que ésta también tiene alguna conexión con las leyes ideológicas, y, como todas las cosas pensables, depende de la metafísica. Y en este caso, ¡abajo también la prosa!; pues así como los líricoclastas declaran que la forma poética está llamada á desaparecer, nosotros, los que sabemos un poco de lógica, á imitación suya, pediremos también que desaparezca del mundo ese medio artificioso llamado prosa, cuyas

frases, al salir al escenario, jamás hallan postura cómoda, pues parece que siempre están agitadas por el baile de San Vito, por su afán inmoderado de querer alcanzar un ritmo que nunca encuentran. Pero no se apure por eso el señor Valera; pues aunque se la despoje de la metafísica y de la poesía, siempre habrá una prosa con la cual nos entenderemos, aunque será parienta por necesidad del *ujujú* de los salvajes. Sí; cuando, según esos profetas de una Nigricia universal, lleguen esos tiempos apocalípticos en que las grandes bestias se coman crudos á los jóvenes que hagan versos á sus novias, y se borre de la haz de la tierra á los pueblos que canten en coplas sus alegrías y sus pesares, y se supriman los soldados que busquen en los himnos patrióticos un estímulo para morir entusiasmados á la sombra de su bandera, entonces todavía con gruñidos y con gestos se entenderán las gentes. Y siga admirándose el señor Valera de la utilidad perdurable de la prosa; en esas horas negras del destino humano podrán morir la metafísica, la poesía y la música;

ca; pero quedarán la mímica y el ruido, y con estos elementos rudimentarios se dará satisfacción cumplida á los intereses y pasiones de esa futura raza de macacos, y hasta habrá elocuencias que arrebatarán á las muchedumbres con triunfos parecidos á los movimientos de impaciencia, de entusiasmo y de delirio que produce al amanecer el sonido del caracol que toca el encargado de llevar á ciertos seres á merodear por los campos.

VIII

Y como ya mis días están contados, y acaso ya no recibiré la contestación del señor Valera, y, si la recibo, podré no tener tiempo ni humor para consagrarle otra réplica, acabaré jurando que, hasta que se extinga el último aliento de mi existencia, seguiré haciendo protestas de admiración en favor del coro divino de las nueve hermanas, tan queridas para mí como las hermanas de carne y hueso que han convertido en alegrías las

horas de hastío de mi vida. ¡Vosotras, inmortales de toda inmortalidad, que no habéis podido ser crucificadas en el monte de la redención, ni reducidas á cenizas en el incendio de la biblioteca de Alejandría, cuando, en el último día, este artefacto de arcilla llamado globo terráqueo, sea roto en pedazos, y con alguno de sus restos el sublime Alfarero de las cosas lo vuelva á crear de nuevo, ó ese mundo venidero será un charco de ranas, ó si ha de haber en él algún hombre que lo dignifique con sus plantas, vosotras seréis las que con vuestro aliento le inspiraréis la poesía, la pintura, la música, etc.; es decir, el alma, lo que creó el señor Valera que es inútil, que no sirve para nada!

Y después de besaros con amor en la frente, permitid que también bese las manos al señor don Juan Valera con el respeto mismo que si fuese vuestro divino maestro el dios Apolo.

C.



SOBRE LO INÚTIL DE LA METAFÍSICA

Y DE LA POESÍA

A don Ramón de Campoamor:

Mi querido amigo: Yo no quiero cansar al público con interminable polémica, en la cual no atinaré á poner de mi parte, ni la amenidad urbana que requiere la belleza del asunto, ni la novedad discreta que no raya en extravagancias. Yo estoy muy decadente, averiado y viejo, y más que para exhibido, para mandado recoger; pero las acusaciones bajo cuyo peso me deja usted

en su artículo publicado en *La España Moderna* del mes de Mayo, son tan terribles y abrumadoras, que necesito defenderme y demostrar mi inocencia.

Lo haré con alguna extensión, porque tengo mucho que decir y no puedo hacerlo en pocas palabras; pero con esta carta que á usted dirijo, daré la cuestión por suficientemente discutida, y nada más replicaré, aunque usted siga acusándome de que no me divierte sino lo que es *pecado mortal*: de reñir con los amigos, de *descalvar reyes*, de *cometer asesinatos* y de igualar á los hombres con los cerdos y á los niños con los lechones.

Es evidente que usted no me ha entendido, y por eso me cree reo de tantos abominables crímenes, de ninguno de los cuales me remuerde la conciencia.

Cuando usted no me ha entendido, siendo tan buen entendedor, es porque yo no me he explicado bien hasta ahora.

Veamos si ahora me explico.

El tema de nuestra discusión, si usted y yo no nos hubiéramos metido en honduras tomando ocasión del tema, se hu-

biera agotado en seguida, dejándonos de acuerdo.

El Director de la Revista *El Ateneo* dijo en el prospecto que insertaría en sus páginas artículos en prosa sobre toda clase de asuntos, y que no *desdeñaría la poesía*. Harto bien hemos entendido usted y yo lo que quiso decir. No valía la pena de convertirnos en dómines y de disputar sobre si lo dijo mal ó bien. Bastábanos saber que en lo que quiso decir llevaba la intención más sana.

Los fabricantes de versos abundan y han abundado siempre. Nada más fácil que hacer versos malos. Lope veía en su tiempo, y nosotros seguimos viendo en el nuestro,

«En cada esquina cinco mil poetas.»

La frase del Director de la Revista, *sin desdeñar la poesía*, es evidente que iba dirigida á todas las esquinas y á los cinco mil poetas que en cada esquina hay, asegurándoles con indulgencia benigna que él no los desdeñaba, y algo también tomaría de ellos para su periódico, pro-

curando que fuese lo menos malo y fastidioso.

El Director pensaba, pues, que no debe abusarse de los malos versos, y esto mismo piensa usted y pienso yo. Si aquí nos hubiésemos parado, no hubiera habido divergencia. Fuimos, no obstante, más allá, y la divergencia y la polémica empezaron.

Es innegable que no conviene publicar malos versos; pero ¿conviene publicar mala prosa? Aquí está el origen de nuestra cuestión.

Yo convengo con usted y con toda persona razonable, en que hay mucha mala prosa, en que debe publicarse la menos mala prosa posible, y en que hay más número de malos prosistas que de malos poetas. Lo que justifica, á pesar de esto, la frase *sin desdeñar la poesía*, es que la poesía, siendo mala, puede desdeñarse, y la prosa no. Lo indispensable, lo inevitable no puede ser desdeñado. Yo podré exigir y mandar que en mi casa, ó no se baile, ó se baile bien; pero será delirio exigir y mandar que no se ande. Lo mismo cabe decir del canto.

Como cantar no es necesario, sin ser yo loco ni enemigo de la música, puedo prohibir que alguien cante en mi casa, como no cante divinamente; pero no puedo prohibir que hablen, ni dejar mudos á mujer, hijos y sirvientes.

Es menester que en mi casa se trate de la cocina, del lavado y planchado de la ropa, de los muebles, de todo lo tocante, en suma, al gobierno doméstico; pero ¿qué necesidad tiene nadie, ni en mi casa ni en ninguna casa, de hablar en verso ni de tratar de metafísica?

Discurriendo así, y suprimiendo ahora gran parte del proceso de mi discurso á fin de no cansar, vine yo á inferir que la metafísica es ciencia inútil, y arte inútil la poesía.

Este es mi crimen. Esto es lo que ha enojado á usted contra mí. Voy á defenderme y á justificarme.

Hablaré primero de la metafísica, á fin de despejar el campo, y discurriré luego acerca de la poesía.

Si por metafísica hemos de entender ciertos principios fundamentales que se tienen por inconcusos, ó lo son, y sin los

cuales no se concibe sociedad humana, ni civilización, ni leyes, ni derechos, ni deberes, ni moralidad, ni orden, la metafísica, lejos de ser inútil, es útil, es necesaria, es indestructible, es condición *sine qua non* de la vida social de nuestro linaje; pero esta metafísica es precientífica, es instintiva, es irreflexiva, natural y espontánea: se acepta por fe y no por raciocinio, y suele apoyarse y mostrarse con toda autoridad é imperio en las religiones. No fué de esta metafísica de la que hablé yo al calificar la metafísica de inútil. Yo hablé de la metafísica científica ó filosófica: de la filosofía fundamental ó primera. Y de ésta dije, y repito ahora, que es inútil en cierto alto sentido: que es un lujo del espíritu, algo superior y exquisito, sin lo cual (y esto prueba su inutilidad) han florecido grandes imperios y poderosas repúblicas, y se han formado sociedades cultas que han durado millares de años.

En el antiguo Oriente no hay ni huella ni señal de filosofía, salvo en la India, y algo, muy poco, en China.

En Europa, durante la clásica antigüe-

dad, no hay más que la filosofía griega. Roma era ya señora del mundo, había llegado á la cumbre de su grandeza y de su gloria sin que de las letras latinas saliese ninguna luz de filosofía. Ciceron lo afirma á los 686 años ó más de la fundación de Roma. *Philosophia jacuit usque ad hanc aetatem nec ullum habuit lumen litterarum latinarum*. Y si después de Cicerón y de Varrón, á quienes contamos entre los filósofos, florecen Séneca, Ausonio, Marco Antonino, Severino Boecio y otros, todo ello, dejando á salvo el mérito individual de cada uno de tan egregios varones, no es en conjunto sino un reflejo más ó menos brillante de la griega filosofía.

Hasta el lenguaje usual y corriente corrobora mi aserto. Disuena en el oído la expresión *filosofía latina* ó *filosofía romana*.

Lícito es, pues, inferir que en el mundo antiguo, ó sea durante miles de años, sólo hubo dos pueblos que filosofaron: los indios y los griegos; y otros dos que semi-filosofaron, ó sea que tuvieron, el uno, el chino, cierto asomo de filosofía, y el

otro, el romano, cierto reflejo ó trasunto.

Yo confieso que las naciones modernas de Europa han filosofado mucho más. Ilustradas todas por una religión muy metafísica y por el recuerdo de la filosofía griega, comentaron su religión filosofando. De aquí en los siglos medios, cuando las nacionalidades no estaban aún bien determinadas, una filosofía indistinta, sin carácter nacional, expresada casi siempre en el mismo idioma, y, si bien rica de variedad y fecunda, con notable unidad en el conjunto.

Cuando más tarde las modernas naciones de Europa marcaron mejor sus diversas fisonomías, se valieron del propio idioma para los asuntos más elevados del espíritu y mostraron sus respectivas condiciones y sus modos de ser, se pudo notar y se notó que no era menester que todas filosofaran, y que las más de las naciones vivieron sin filosofía.

Esta es la hora en que no hay—al menos yo no he oído hablar de ellas—ni filosofía rusa, ni filosofía polaca, ni filosofía

húngara, ni filosofía turca, ni filosofía portuguesa.

Por esos mundos las gentes se obstinan aún en afirmar que no ha habido tampoco filosofía española. De poco tiempo acá, unos cuantos aficionados, movidos por el amor á la filosofía y por el amor propio nacional, hemos salido, cada cual según sus fuerzas, á defender la existencia de la filosofía española. Valerosos campeones ha tenido y tiene aún esta afirmación en usted, en Canalejas, en Gumersindo Laverde, en Vidart, en Menéndez y Pelayo, en Adolfo de Castro y en otros. Pero ¿hemos convencido á los incrédulos? Me temo que no. Los efectos no se notan todavía. En todas las historias que he hojeado yo, y son bastantes, de la filosofía, del progreso del pensamiento humano, del desarrollo intelectual, de la civilización, etc., la pobre España entra por poco ó por nada como filósofa.

Por lo visto, según los autores de los mencionados libros, la filosofía, valiéndose de un símil *economístico*, sigue siendo en España artículo de importa-

ción. Tal vez, á lo más, es como tela extranjera, que viene en blanco y aquí se estampa ó pinta, ó como cañamazo extranjero también, que aquí se borda, sirviéndonos además, para el bordado, de dibujo extranjero.

Si acudo á otro símil tomado del tecnicismo médico, acaso explique yo mejor el concepto que de nuestra capacidad filosófica se forma fuera de España. La filosofía en España es esporádica, y no endémica. No estamos inficionados de ella; pero se dan casos aislados y dispersos.

Como quiera que sea, no veo yo que coincidan la capacidad filosófica y la grandeza, prosperidad y poder de las naciones. Tal vez la nación hoy más rica, poderosa y respetada en el mundo sea Inglaterra, y es evidente que Inglaterra no resplandece en primer lugar por su filosofía, entendiendo por filosofía la fundamental, la metafísica, la primera, y no llamando filosofía todo saber de observación y de experiencia de hechos y de fenómenos, ya externos, ya internos.

Prueba lo que digo el soberbio desdén

con que los autores ingleses que más crédito adquieren suelen tratar toda doctrina especulativa. No quisiera yo equivocarme y levantar falso testimonio á Buckle, cuya obra no tengo á la mano; pero me parece recordar que considera que ya es y será siempre más influyente en la civilización del mundo la *Riqueza de las naciones* de Adam Smith que los Evangelios.

Macaulay, el sensato é ilustre Macaulay, no es mucho menos adverso á la filosofía especulativa, á la metafísica, cuya inutilidad proclama. Y entiéndase que esta inutilidad que le atribuye Macaulay no es la que yo le atribuyo, sino otra que tira á rebajarla.

En el *Ensayo* sobre Bacon del citado autor, se ve el desprecio más profundo hacia la metafísica. Platón, Aristóteles, Santo Tomás, fueron unos señores poco juiciosos, que malgastaron el tiempo en mil inútiles cavilaciones, "en exponer teorías de perfección moral tan sublimes, que jamás pudieron pasar de teorías, y en tratar de descifrar enigmas que no podían descifrarse." No sólo era

inútil la filosofía, sino que, cuando alguien por error la elogiaba de útil, el buen filósofo se revolvía contra el elogio como contra un insulto. Séneca dice (y Macaulay le cita para sacarle á la vergüenza): "En mi tiempo ha habido muchas invenciones; ventanas transparentes, tubos para difundir por igual el calor en todas las estancias de un edificio, escritura abreviada, tan perfecta que el que escribe puede seguir al orador más rápido; pero el inventar tales cosas es faena de viles esclavos." Y más disgustado aún mi paisano, el filósofo cordobés, de que se quiera conceder á la filosofía el diploma de inventora de cosas útiles, añade: "Pronto nos van á decir que el primer zapatero que hubo fué un filósofo." A lo cual replica Macaulay: "Por mi parte, si me obligan á escoger entre el primer zapatero y el autor de los tres libros *Sobre la ira*, escojo al zapatero. Acaso sea peor estar colérico que andar descalzo; pero los zapatos han impedido que millones de hombres anden descalzos, y yo dudo que Séneca haya impedido á nadie que esté colérico."

En suma: todo el *Ensayo* de Macaulay en elogio de Bacon es una diatriba contra la filosofía especulativa, no se puede negar que muy chistosa, pero fundada en la inutilidad de la filosofía, que es el mayor encomio que de la filosofía se hace y puede hacerse, entendida la inutilidad como conviene que se entienda. ¿Para qué he de lucir aquí fácil erudición de segunda mano? Yo remito á usted al mencionado *Ensayo*, á fin de que vea en los textos aducidos que Platón, Sócrates y Plutarco creyeron, como yo, y en el mismo sentido que yo, inútil la filosofía.

La filosofía baconiana, esto es, la filosofía útil, la negación de la filosofía, es la que Macaulay aprecia. La filosofía especulativa, la metafísica, es para el crítico inglés como la flecha de Acestes, que pretende llegar á las estrellas, deja en el aire un rastro luminoso, y se deshace en el aire sin tocar en el blanco.

*Volans liquidis in nubibus arsit arundo
Signavitque viam flammis, tenuisque recessit,
Consumta in ventos...*

No me incumbe defender ahora de ta-

les ataques á la filosofía primera, que usted estima tanto. Sólo me incumbe demostrar su inutilidad en cierto alto sentido; y su inutilidad queda demostrada en lo que se refiere á lo práctico y vulgar de la vida. Cuando un filósofo ha inventado algo útil, ha sido, no por ser filósofo, sino á pesar de serlo, rebajándose á menesteres plebeyos y ruines.

Casi todas las definiciones que se dan de la filosofía afirman esta inutilidad, que yo venero, que Bacon y Macaulay desprecian, y que usted niega escandalizado. Pitágoras fué el primero que definió la filosofía, *un asemejarse á Dios en cuanto al hombre es posible*. Platón dijo que era *meditación de la muerte*, y San Jerónimo, que su propósito consistía en *sacar de la cárcel del cuerpo la nítida libertad del alma*.

Abro cualquier compendio de filosofía, miro las primeras páginas, y veo que el autor está de acuerdo conmigo. La ciencia es útil porque tiene ó busca el conocimiento de las cosas, y conociéndolas, nos podemos servir de ellas. La religión es más que útil; es indispensable, porque

muestra y sostiene por fe los principios fundamentales del orden social; pero la metafísica, que propende á conocer por la razón estos principios, no es útil en la práctica; es un lujo que sólo conviene que gasten los ricos.

Usted y yo somos liberalísimos en todo; y así como no abogamos por el restablecimiento de las leyes suntuarias, ni clamamos porque no vayan en coche los que carecen de caudal para sostenerle, sino que dejamos á cada cual que se arruine, si quiere, por darse charol, así también queremos libertad para que filósofo ó imagine que filósofo todo el que quiera, hasta el más desprovisto de enjundia filosófica. Esta libertad, que nosotros pedimos ó tomamos sin pedirla, la concedemos á los demás generosamente..., *petimusque, damusque vicissim*.

Usted y yo distamos de creer funesta la manía de pensar. Es más: ni siquiera la creemos manía, sino actividad imprescindible de nuestro ser. El pensar es más necesario que el andar, como la cabeza es más necesaria que las piernas para la vida. Si cortamos á un hombre las pier-

nas, puede vivir, y ya no anda; pero si le cortamos la cabeza, no piensa, pero tampoco vive. Lo dicho es tan evidente, que Perogrullo no dictó jamás sentencia mejor. Lo discutible para todos, y lo erróneo para mí ó en mi sentir, es valerse de tal perogrullada como premisa para deducir la utilidad ó la necesidad de la filosofía; porque si toda filosofía es pensamiento, no todo pensamiento es filosofía, y mucho menos filosofía primera ó metafísica.

Y no ya sólo los pensamientos burdos y groseros, sino bastantes pensamientos sutiles, alambicados y finos, no suelen llegar á ser filosóficos, ni menos metafísicos. Y de aquí que á muchos hombres que piensan con sutileza y finura sin llegar á ser filósofos, los llamen *pensadores*, palabrilla muy socorrida.

Augusto Comte y los de su escuela han atribuido á la metafísica cierta utilidad, inmensa en sentir de ellos, y tanto que han dividido la historia de la humanidad en tres grandes épocas, y en una de las tres suponen que ha imperado la metafísica. La primera época es teológi-

ca ó religiosa. Viene luego la metafísica, destrona á la religión é impera en lugar suyo. Y, por último, acuden las ciencias, echan á rodar á la metafísica, y ya sin metafísica y sin religión, la humanidad es dichosa y toda ella positivista, adorándose á sí propia y adelantando más cada día.

A usted y á mí nos parece tan disparatado este simétrico desenvolvimiento del espíritu humano, que ni merece refutación. Lo que vemos es que la religión conserva su imperio, aunque la incredulidad impía procura extender el suyo, y algo consigue apoyándose en las ciencias de observación y experimentales para negar lo sobrenatural, y toda religión por consiguiente. Y vemos asimismo que la metafísica, en el estrecho y escogido círculo de personas que la cultivan, vive é impera aún, sin que la religión quiera destronarla ni la destrone, y sin que la destrone ni quiera destronarla tampoco la verdadera ciencia, sino la falsa ó la vanidosa y de cortas miras.

¿Cómo he de negar yo que ha habido y hay sistemas filosóficos antirreligio-

sos? Pero son más los religiosos. Lejos de ser la metafísica la destructora de las religiones, creo notar en la Historia que cuando, ó una religión nueva, ó un imaginario ó real conocimiento experimental de las cosas naturales ha destruido en parte ó en todo la fe en una religión, la metafísica se lanza á salvar á esta religión y á resucitar la fe en ella, procurando conciliarla con la razón y encerrarla dentro de sus límites. No afirmo que la metafísica lo haya conseguido. Los neoplatónicos no salvaron el paganismo: los tomistas no salvarán en nuestra edad la religión cristiana. Ella se salvará por su propia fuerza. La metafísica no tiene fuerza para salvarla, como tampoco la tuvo para destruirla. Su inutilidad sublime resplandece también en esto. Dirán algunos, por ejemplo, que Hegel, al explicar el cristianismo como un sistema de símbolos que esconden por estilo figurado la propia doctrina del filósofo, la identidad de Dios y del hombre, el proceso de la idea, sus momentos y evoluciones, mata la religión, en vez de salvarla; pero no es así. Hegel no mata la

religión sino en su alma y en otras almas donde ya estaba muerta; pero en todas estas almas levanta el concepto de la religión, en vez de empequeñecerle. Quien llega burdamente á ser irreligioso, y así llegan los más, considera la religión de que es apóstata como una sarta de desatinos sin ningún racional significado. Así los que, como Ingersoll, se persuaden de que Moisés sabía menos química, menos astronomía y menos geología que ellos, ó los que, como Renan cuenta de sí mismo, entienden que hallan, en recompensa sin duda de haberse hartado de estudiar hebreo y otros idiomas orientales, que ciertos versículos proféticos de Daniel ó de Ezequiel se interpolaron después de cumplirse la profecía.

Para éstos, si carecen de metafísica, la religión muere. La metafísica no la mata. La metafísica ve en ella, puesto por la fe, el más espléndido y rico contenido. Aspira á explicarlo por la dialéctica; á hallar la identidad completa entre lo ideal y lo real; á que la doctrina reflexiva y esotérica explique el sentido profundo de lo exotérico, de los símbolos,

mitos y leyendas, y á que el dogma de la fe sea igual al dogma de la razón. Soberanos ingenios consagran sus afanes á este propósito, y á no pocas personas se nos antoja que le realizan. Los admiramos, los aplaudimos con entusiasmo. La ecuación es perfecta, y no hay idea, sentimiento alto, misterio ni ley que no esté en cada uno de los términos de la ecuación: en un término explicados y en el otro creídos; pero ¡oh infortunio!, analizamos y simplificamos un término y otro, restando de las cantidades positivas las negativas, y resulta la ecuación $0=0$. La incógnita que anhelábamos despejar, ó queda incógnita, ó es cero también: todo se reduce á formas huecas, sobre las cuales viene á colocarse la *categoría de lo ideal* como forma igualmente vacía.

De resultas de este trabajo, aunque la religión es inmortal, se nos aparece como muerta; y la metafísica, aunque es inocente, se nos representa como autora del asesinato, y muerta también.

Entonces sobrevienen el llanto y las lamentaciones de algunos metafísicos sentimentales como Renan. El duelo que

Renan arma tiene algo de cómico. Él mismo imagina que ha contribuído á la muerte de la religión y de la metafísica; se pone muy afligido, y sigue matando. Es como aquel rey de un cuento oriental que había prometido á su hija, la princesa Turandot (que para Renan es la ciencia), matar á todos los príncipes que quisiesen casarse con ella y no descifrasen sus enigmas. El rey tenfa ya horrendamente adornados los paseos públicos de su capital con cabezas cortadas, puestas en sendos postes; y estaba hecho un mar de lágrimas, y seguía cortando cabezas de cuantos príncipes se encontraban á su alcance. ¡Tan fiero é ineludible era el compromiso que con la princesa Turandot había contraído!

El llanto nada remedia. Ni yo lloro, ni aconsejo á nadie que lllore. Convengo, no obstante, en que el momento es pavoroso y lúgubre. Se piensa que nos hemos quedado sin religión y sin metafísica. No hay más que empirismo, ciencias: pero los científicos andan buscando la *ciencia*; esto es, que, renegando de la metafísica, la buscan para colocarla en el trono

como reina, ya que la ciencia que buscan, y que enlaza y funda las ciencias, ó es metafísica, ó no es nada.

Medité usted sobre lo que dejo dicho, y sacará varias consecuencias, todas en favor de mi parecer y aclarándole.

Ahora, cuando más se niega la metafísica, es cuando más se la busca. Estamos como en un período constituyente de la república de las ciencias. Estas se rebelaron contra su reina antigua y la destronaron. Sin darse tal vez cuenta de ello, andan buscando reina nueva. Durante la revolución, se levantan y caen poderes efímeros; todo es inestable. Pero la revolución no ha de durar siempre. Al fin, el período constituyente será menester que se cierre. Para ello vendrá al cabo una metafísica poderosa que se cina la corona y empuñe el cetro.

Todo esto demuestra que la metafísica no es de uso diario, no es útil sino de tarde en tarde. La luz que vierten sobre la humanidad dos grandes metafísicos, Platón y Aristóteles, se proyecta por toda la prolongación de veinte siglos; llega hasta nuestros días; se infunde en las

creencias, informa las leyes, organiza y da unidad al saber. Plotino, Proclo, San Agustín, San Anselmo, Luis Vives, Descartes, Espinoza, Kant, Schelling, Hegel, en suma, veinte ó treinta nombres, veinte ó treinta individualidades más, bastan á explicar toda la filosofía primera en lo que ha tenido de útil en sentido supremo, en lo que ha tenido de influyente en la dirección y marcha del espíritu humano. Para y en los demás hombres la filosofía primera, ó no se da, ó, si se da, ya es como ciencia de adorno, y entonces no es útil, aunque deleite y satisfaga la vanidad, ya es un estímulo ó aguijón clavado en el alma, y que no podemos arrancar de allí donde nos duele y atormenta con dudas y dificultades insuperables.

¿Quién no se hace las siguientes preguntas? ¿Tengo yo ó sé yo filosofía? Y si la tengo, ¿de qué me ha valido? ¿He cuidado mejor de mi hacienda, he adelantado más en mi carrera, he ganado mucho dinero con mi filosofía? Los grandes filósofos, al través de los siglos, con influjo trascendente y remoto, quizá gobiernen

el mundo y dirijan las sociedades; pero los que mandan, gobiernan y dirigen con inmediato poder, nada suelen tener de filósofos. Ya ni siquiera se hace bastante caso del filósofo para darle á beber la cicuta como á Sócrates, ó para quemarle vivo como á Giordano Bruno. Hoy el filósofo hace zapatos como Boehm, ó pule vidrios como Espinoza, ó enseña á muchachos que califican de chochees ó de simplicezas su enseñanza. Tal vez dentro de mil ó dos mil años, cuando haya adelantado más la humanidad, se organice ésta como en la Ciudad del Sol de Campa, nella, y venga á imperar un gran metafísico. Por lo pronto, distamos muchísimo de eso.

Si lo espiritual pudiera analizarse químicamente ó prensarse como lo material ó corpóreo, ni la prensa más pujante exprimiría jugo filosófico, ni el más energético reactivo le sacaría de todas las prendas, habilidades y excelencias que han encumbrado á los políticos eminentes que gobiernan hoy la Europa y el mundo.

Y no hay que lamentarse de esto, por-

que está muy puesto en razón. La verdadera filosofía es teórica ó especulativa de lo inmutable, de lo eterno, de lo inteligible puro. A fin de darlo á entender así, inventaron, sin duda, los antiguos aquella fábula de que Demócrito se había saltado los ojos, quedándose ciego, para filosofar sin distraerse.

Aristóteles tenía razón, y vuelvo á mi tema. No hay ciencia mejor que la filosofía, pero ninguna es menos útil. Imitemos á D. Hermógenes. Digámoslo en griego para mayor claridad: ἀνεγκατέραται μὲν οὖν πᾶσαι ταύτης, ἀμεινων δὲ οὐδέμιαι.

¿Y cuáles son estas ciencias útiles que no son filosofía primera? Son las ciencias que el mismo sabio de Estagira divide en *prácticas* y en *poéticas*. Las *prácticas* son las que gobiernan al agente libre y ordenan su acción: ciencias morales y políticas; y las *poéticas*, las que hacen algo en las cosas ú objetos que están fuera del agente: ciencias naturales, ó sea conocimiento del mundo visible. En estas ciencias *poéticas* ó *hacedoras* estriba el hacer casas, tatarretes, sillas, coches, zapatos, guisos, caminos, cana-

les, etc. Cuando estas ciencias llegan al extremo y no se contentan de mejorar lo visible, tangible, comestible, potable y textil para nuestra mayor comodidad, uso, deleite y regalo, sino que vuelven sobre el agente ó poseedor de las ciencias y se emplean en mejorar y revestir de forma, no ya lo exterior sólo, sino también el mundo ideal que tiene el agente en la cabeza, y hacen esto por medio y por virtud de la palabra, ya las ciencias poéticas, en vez de convertirse en oficios útiles, se remontan á la inutilidad sublime de la metafísica, y son por excelencia poesía.

Por esto he dicho yo que la poesía es inútil, que es un lujo, un esplendor, una magnificencia que no pueden ni deben gastar todos. Pero ni con mucho voy yo tan lejos como usted va, contradiciéndose. Usted se enoja contra mí porque de claro inútil ó sea lujosa la poesía, y luego me la convierte en algo mil veces más lujoso y más raro de lo que yo imagino.

Absurdo es el refrán que reza: "de poeta, músico y loco, todo tenemos un poco." El don de la poesía dista mucho de ser

tan vulgar; pero Dios es más generoso en concederle de lo que usted supone. Convenga usted en que Dios sería muy cruel si, siendo tan útil la poesía, como dice usted, no se dignase Dios, como dice usted también, crear un poeta sino de mil en mil años. ¡Pues estaríamos aviados si así fuera!

Nada de eso, mi querido amigo. Los poetas amenos y razonables, y aun los egregios y excelentes, abundan más de lo que usted cree. Hay más pedido de ellos que de metafísicos, y Dios, que es muy bueno, nos fabrica menos metafísicos que poetas.

Naciones grandes, civilizadas y ricas han vivido y viven sin metafísicos. Sin metafísicos han transcurrido siglos y siglos. Pero no bien el hombre dejó de ser *alalo*, cuando empezó á ser poeta. Ni hubo ni hay nación ni edad que carezca de poesía. Choca, como dije, que se hable de filosofía rusa, pero no de poesía rusa; de filosofía polaca, pero no de poesía polaca; de filosofía persa, pero no de poesía persa. Seguirá aún *sub judice* que hubo ó hay española filosofía; pero ¿quién

ha de poner en duda que hubo y hay poesía española?

Y esto sin parar. Su manantial constante, su venero continuo, si bien no es tan rico, como usted implícitamente asegura, cuando da á entender que se puede llenar cada quince días de versos no malos un periódico tan grande como *El Ateneo*, es sobradamente rico para dar más de un poeta cada mil años, y aun para dar algunos poetas "desde la muerte de Quevedo hasta la llegada del romanticismo;" largo período de cerca de doscientos años, que usted deja desierto de poetas capaces de escribir un buen verso solo.

Presumo que este aserto de usted es chiste, paradoja ó humorada sin rima, y no me canso ni canso á los lectores citando, en contraposición de los versos que usted cita, versos tan buenos ó mejores de Quintana, de Arriaza, de Lista, de ambos Moratines, de Cienfuegos, de Meléndez, de Jovellanos, de Gallego y de bastantes otros que han florecido después de muerto Quevedo y antes de pasar los Pirineos el romanticismo. Diré, no obs-

tante, que es inexactísimo lo que insinúa usted de que los líricos del tiempo de Quintana son del gusto francés, y de que no son del gusto francés los románticos. Semejante aserto es de aquellos que carecen de fundamento, y que se repiten ya maquinalmente y sin reflexión. El aserto contrario sería más fundado. Líricos del gusto francés acaso puedan llamarse nuestros románticos, llenos de imitaciones de Víctor Hugo, de Lamartine y de Musset; pero los líricos clásicos de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, ¿á qué lírico francés imitaban? Andrés Chénier andaba aún inédito é ignorado, y los demás carecían de alas suficientes para volar por cima de los montes y llegar hasta Salamanca, Madrid y Sevilla.

Estábamos entonces tan contra el gusto francés en poesía lírica y narrativa, que los que imitaron ó tradujeron la poesía francesa se llevaron chasco. Sus publicaciones cayeron en la oscuridad y en el olvido. No bastaron á hacerlas populares el que estuviesen prohibidas; ni la pimienta y la sal de las chuscadas obs-

cenas ó irreligiosas las preservaron del desdén público. Hoy son curiosidades bibliográficas *El papagayo* de Gresset, *La guerra de los dioses* de Parny, y otros librecitos por el estilo, en verso castellano. En cambio, en lo popular, en lo ensalzado, en lo conocido, ¿se ve acaso huella de traducción ni de remedo de poesía francesa? ¿Dónde están los modelos franceses de las quintillas de Moratín el padre, de las epístolas y elegías del hijo, y de las versos de Quintana, Gallego y Maury, con ser el mismo medio francés? ¿Qué poeta francés inspiró á Iglesias sus villanescas y epigramas, sus sátiras briosas á Jovellanos, á Fray Diego González sus candorosas dulzuras, y sus elevadas composiciones á Lista?

Vamos, confíeseme usted que ha sido una broma que ha querido darme eso de decir que desde Quevedo hasta que vinieron los románticos no hubo en España verdadera poesía.

La poesía abunda más de lo que usted supone al sostener que durante siglos dejó de haberla; pero abunda bastante menos de lo que se infiere de imaginársela

como muy útil, á modo de artículo de primera necesidad, y no como objeto primoroso y exquisito de arte y de lujo.

La poesía es inútil, porque tiene en ella su fin, porque nada se propone fuera de ella, porque es desinteresada. El orador parlamentario arenga para que triunfe su partido; el abogado escribe pedimentos para ganar pleitos á sus clientes; en fin, todo tiene un fin fuera de sí, mientras la poesía le tiene en ella sola.

Y esta inutilidad para el oyente ó el lector, que no saca de la poesía sino deleite estético, es más completa y palmaria en el poeta mismo. De donde proviene que haya sastres, médicos, taberneros, albañiles, etc., de profesión ó de oficio; pero apenas hay poeta de oficio, como no sea artificialmente, sostenido por algún tirano elegantísimo ó por algún pueblo excepcionalmente culto, ultradelicado y superfino. Ni el poeta es poeta de diario y á todas horas, sino que de diario es magistrado, clérigo, militar, propietario, comerciante, y hasta puede ser mendigo, y sólo de vez en cuando es poeta.

Si vienen á casa de cualquiera de nosotros con el papelote de empadronamiento, á fin de que llenemos las casillas, de fijo que nos declararemos empleados, propietarios, mercaderes, y no nos atreveremos á declararnos poetas. El fisco no nos impondrá por serlo ninguna contribución; pero no creará tampoco que con serlo nos mantengamos. Yo de mí sé decir que, si sumo toda mi poesía, y añado mi prosa (que poesía es al cabo ó no es nada, pues yo no soy doctor, ni sé, ni enseño, y no hago más que poetizar), y en seguida calculo muy por lo largo lo que me ha producido todo, no tengo con el producto para mantener durante seis meses á mi familia. ¿Puede, pues, darse mayor inutilidad?

De ella nace además lo inseguro y vacilante de los juicios acerca de los poetas y de la poesía. Los hombres juzgan las obras de los hombres más por el resultado exterior que por ella mismas. Y como en la poesía casi nunca hay resultado exterior, sobreviene la duda y la incertidumbre en el juicio. Cuando uno ve á un señor que no tenía un ochavo pocos años

ha, y ahora tiene acciones del Banco, y quintas, y lagares, y casas, y papel de la Deuda, dirá de él, quizá con envidia, todo lo malo que se le antoje, pero no que es tonto; mientras que del poeta, puro poeta, cuya firma no vale en la Bolsa tres ochavos, ¿no podrá decirse que es tontísimo? El mismo poeta, salvo en los fugaces instantes de inspiración y de exaltación orgullosa, se creará, y se cree, no lo dude usted, tonto de remate.

Hay tres clases de hombres que son superiores á los demás, si son de verdad lo que aparentan ser, si son de oro, y no de alquimia. En estos hombres, en el fondo del alma, y templado por la caridad si por acaso se manifiesta, hay un desdén inmenso por todas las cosas creadas y fabricadas, naturales y artificiales. Es lo que llaman los autores ascéticos el menosprecio del mundo. Las tres clases de hombres que le menosprecian son los santos, los metafísicos y los poetas; pero no es floja la diferencia en el modo de menospreciarle.

El santo, unido á su Dios ó aspirando con vehemencia á unirse con Él, no vaci-

la un instante ni cesa en su menosprecio, lo cual no impide que, inflamado en el amor que Dios le infunde, vuelva su espíritu á las criaturas, y, por amor de Dios, divina y entrañablemente las ame. Es esto tan hermoso, que yo, si bien no cuento á la envidia entre mis mil defectos é imperfecciones, envidio á los santos por esta condición de la vida terrenal de ellos, aun prescindiendo de toda mira ó esperanza para más allá de la muerte.

Tal vez algún raro eminente metafísico se eleve á la altura de los santos en menospreciar el mundo con constancia; pero en el poeta, como poeta, y si no es santo también, es intermitente y momentáneo el menosprecio del mundo. El poeta peca de ordinario por estimarle demasiado. De aquí, si el poeta es franco y sincero, suele nacer en él lo que llaman ahora humorismo: la confesión cómica y simpática que se le escapa, en medio de sus raptos y elevaciones hacia lo infinito y lo eterno, de que, sin poderlo remediar, se despepita y desvive aún por lo finito, temporal y caduco.

La mencionada idiosincrasia del poeta hace mayor la dificultad de juzgarle. El crítico y el público, con claridad ó con instintiva y oscura percepción, forman el siguiente razonamiento. Tal poeta lo es porque menosprecia lo vulgarmente práctico y útil, y se eleva muy por cima de todo ello. Entonces califico al tal de legítimo poeta, y le coloco en el quinto cielo. Pero ¿no puede ser también que tal poeta lo sea porque no vale para lo útil, ni para lo práctico, porque finge menospreciarlo no pudiendo alcanzarlo, como la zorra cuando decía de las uvas que no estaban maduras? En este caso, el poeta es un infeliz, un ser lastimoso que no vale para sastre, ni para cavador, ni para peón de albañil, ni para otros oficios, y se ha echado á poeta por no poder ser otra cosa.

Resultan de lo dicho dos linajes de poetas diametralmente opuestos. Los que están, como los santos y como los eminentes metafísicos, por cima de lo real y ordinario, más altos que toda ciencia, que todo oficio y que todo arte, y los que están por bajo de todo. ¡Vaya usted á dis-

tinguirlos! Difícil es cuando el mismo poeta no se distingue, ni se reconoce á menudo, y principalmente en los últimos años de su vida. Entonces suele desfallecer y hundirse en desconsolador abatimiento, y sospechar que su inspiración ha sido falsa, y sus sublimidades simples, y su gloria *filfa*.

Por fortuna, esto se depura y aclara por la crítica y con el tiempo. Así se colocan al cabo en el templo de la inmortalidad los poetas verdaderos y soberanos, que hoy se llaman *genios*. Mas ¿por qué negarlo? Aún sigue la discordancia en el fallo definitivo y en el producto diverso de la cuenta que se echa. ¿Cuántos son estos *genios* ó poetas archisuperiores? Victor Hugo, por ejemplo, me parece que pone poco más de media docena: Isaías, Homero, Esquilo, Dante, Shakespeare y él. Otros ponen más. Otros, y usted se me antoja que es uno de estos otros, ponen menos aún, ya que no conceden al mundo un buen poeta sino cada mil años, y ya que afirman que los buenos versos son tan raros como los diamantes de á libra.

Yo, amigo mío, soy cien veces más liberal que usted en conceder ese título de poeta soberano y en colocar á no pocos entre los genios y poetas inmortales. Pero ¿no estamos de acuerdo en poner en la otra extremidad á un sinnúmero de desgraciados que no han valido para lo ordinario de la vida, y que por desesperación se han arrojado á poetas? De acuerdo estamos; y, estándolo, hemos de convenir en que no anduvo desatentado ni soberbio, sino filantrópico y dulce, el Director de esta Revista al decir que no los desdeñaba.

En lo que usted y yo nos diferenciamos todavía más, no es en poner mayor ó menor número de poetas soberanos ó de *genios* en nuestra cuenta, ni en considerar tampoco mayor ó menor la ingente multitud de los poetastros, sino en que usted no pone, al parecer, y yo sí pongo, cierta falange valerosa y honrada de poetas estimables que, sin llegar á *genios*, son ó fueron claros ó agudos *ingenios*. Ellos tal vez sirvieron durante su vida para muchas cosas prácticas y provechosas y decentes, y en algunos días

felices de noble inspiración, reforzada por el estudio, por el buen gusto y por el recto juicio, pusieron en sus modestos escritos lo mejor de su alma, y nos dejaron versos que por la elevación de los sentimientos ó de las ideas, ó por la gracia y el chiste, expresado todo con primor de estilo, con limpio y atildado aunque no violento artificio de dicción, y con armonía de metro, son y serán deleite y encanto de los hombres delicados y perspicaces que saben sentir la belleza y gozar contemplándola.

Y de estos poetas habrá, y hay, y hubo, no uno cada mil años, sino más de ciento cada siglo, sin que por eso deje de haber habido y haya *genios* (más de seis y aun de siete), y sin que falten tampoco nunca almas generosas que gusten de la poesía, en cuya inmortalidad y ubicuidad, en cuya persistencia en todas las edades y entre todas las tribus, lenguas y castas de seres humanos, creo yo tanto ó más que usted. No se revuelva usted, pues, contra mí, porque yo disto mucho de contarme entre los que vaticinan con acento ominoso la próxima

muerte de la poesía, por lo menos en metro. Yo he proclamado sólo en són de elogio su inutilidad sublime, así como la mayor inutilidad de la metafísica.

Es posible que, si sigue progresando la humanidad, no basten ya en el siglo XXX las prendas que se requieren hoy para ser Ministro, presidente del Congreso ó director de Rentas, y sea requisito, y no estorbo ó reparo, ó motivo de sospecha de que se hará mal, el poseer las prendas de poeta.

Progresando todavía el linaje humano, acaso en el siglo XL se necesiten además para los mencionados empleos las prendas de un gran metafísico. Yo sólo afirmo que hoy no se necesitan ni se requieren. Por eso dichas facultades ó habilidades son, en cierto sentido, inútiles ó lujosas. Así fueron inútiles ó lujosas las que hoy tiene un político diestro cuando imperaban en un Estado bárbaro la fuerza brutal y la astucia villana, y así fueron lujosas é inútiles las que constituyen un buen sastre cuando la gente andaba todavía sin pantalones y sin casaca.

Creo, pues, simpático don Ramón, que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

debemos estar de acuerdo; pero si no lo estamos, aunque lo sentiré, no escribiré más sobre el asunto, pues hartó he dicho para cansarme y para cansar aun á los más pacientes y benévolos lectores, en cuyo número, así como entre los buenos poetas, pone á usted y le pondrá siempre su admirador, amigo y compañero,

V.



LA METAFÍSICA Y LA POESÍA

ANTE LA CIENCIA MODERNA

La metafísica.

Quasi tiene razón *Clarín* cuando asegura que el señor Valera y yo nos hacemos los tontos; y ya me voy convenciendo de que, en vez de hacernos, lo somos.

El señor Valera sostiene que la metafísica y la poesía son dos cosas comple-

debemos estar de acuerdo; pero si no lo estamos, aunque lo sentiré, no escribiré más sobre el asunto, pues hartó he dicho para cansarme y para cansar aun á los más pacientes y benévolos lectores, en cuyo número, así como entre los buenos poetas, pone á usted y le pondrá siempre su admirador, amigo y compañero,

V.



LA METAFÍSICA Y LA POESÍA

ANTE LA CIENCIA MODERNA

La metafísica.

Quasi tiene razón *Clarín* cuando asegura que el señor Valera y yo nos hacemos los tontos; y ya me voy convenciendo de que, en vez de hacernos, lo somos.

El señor Valera sostiene que la metafísica y la poesía son dos cosas comple-

tamente *inútiles*; y yo trato de probar que la metafísica y la poesía son las dos únicas cosas verdaderamente *útiles*. ¿Cuál de nosotros dos hace aquí el papel de tonto?

Y véase por qué razones tan fútiles declara el señor Valera la inutilidad de la metafísica y de la poesía:

“Es menester (dice) que en mi casa se trate de la cocina, del lavado y planchado de la ropa, de los muebles, de todo lo tocante, en suma, al gobierno doméstico; pero ¿qué necesidad tiene nadie, ni en mi casa, ni en ninguna casa, de hablar en verso ni de tratar de metafísica? Discurriendo así, y suprimiendo ahora gran parte del proceso de mi discurso, á fin de no cansar, vine yo á inferir que la metafísica es ciencia *inútil* y arte *inútil* la poesía.”

Es claro que *discurriendo así* tiene razón; pero como el discurrir así es un mal modo de discurrir, resulta que el señor Valera, que es tan célebre por lo terso de las pecheras de sus camisas, que sirven de espejo hace cuarenta años á toda la diplomacia europea, como por

las catilinarias que escribe contra la metafísica, ignora que si su planchadora no tuviese filosofía, no podría manejar las planchas sin quemarse los dedos, y sin principios de estética no podría dejarle las camisas tan blancas como el ampo de la nieve. En su casa, como en todas, el que cante tendrá que hacerlo en *verso*, y el que haga la cocina en prosa tendrá que poner en práctica una teoría culinaria, aprendida ó inventada, con la cual compondrá esos guisos ideales que el señor Valera y yo tanto hemos celebrado recientemente en la mesa de los señores Cánovas del Castillo. Créame el señor Valera: la metafísica *instintiva*, los órganos cerebrales de *percepción* y *causalidad*, como dicen los frenólogos, bastan y sobran para que le planchen bien las camisas, le proporcionen muebles cómodos y le aderecen huevos con todas las variedades de que habla la fábula de Iriarte; pero es menester que no olvide que, si bastan estas reglas de filosofía *prístina*, que se entiende por *gramática parda*, para vivir según la naturaleza, es necesaria la filosofía *escrita* para lle-

var el orden á las esferas de lo ideal, porque, de lo contrario, resultan vacíos de sentido todos los ramos del saber humano. Por ejemplo: á la carencia de principios generales se debería en la abogacía la degradación de la noción del derecho, sustituyéndola por una páfida esgrima de procedimientos; la crítica, sin filosofía, se convertiría en difamación disimulada, y las saetas que lanza llevarían delante la ira y detrás la envidia. En literatura, suprimida la perspectiva trascendental, se perdería la idea del lejos, y todo sería limitado, pequeño y vulgar.

Mirando volar un águila, me decía una niña: "Mira una mariposa., Es natural; no sabiendo apreciar las distancias, como le sucedía á la niña, todas las águilas nos parecen mariposas.

"Macaulay, escribe el señor Valera, el sensato é ilustre Macaulay, no es menos adverso á la filosofía especulativa, á la metafísica, cuya inutilidad proclama. En suma, todo el ensayo de Macaulay, en elogio de Bacon, es una diatriba contra la filosofía especulativa, no se puede ne-

gar, muy chistosa, pero fundada en la inutilidad de la filosofía.,

¿Y quién era el sensato é ilustre Macaulay?

¡Ah, sí, ya lo recuerdo! Era un escritor caprichoso, filósofo á veces, y poeta de cuando en cuando, que juzgaba á Petrarca, á Byron y á otros grandes poetas como un pedagogo puede tratar á los niños de la escuela. ¿Y con qué derecho se tomaba Macaulay esos aires de autoridad científica? Con ninguno. Como él despreciaba la metafísica, y no escribió ningún sistema de filosofía, se quedó siendo un crítico á la buena de Dios, que acertó en algunos juicios por casualidad, como todo el que se deja guiar sólo por su instinto, y no por la ciencia.

¿Y quién duda que el instinto, lo que el señor Valera llama la metafísica *irreflexiva*, puede realizar actos de perfecto sentido práctico, como acontecía con Macaulay? Hace pocos días vi en el paseo del Retiro un perro que, después de comer unas hierbas, se tendió á dormir la siesta, poniendo el cuerpo al sol y la cabeza á la sombra. Este animal me pa-

reció tan sabio como el gran Boerhaave, cuyo sistema higiénico se reducía á lo siguiente: "Tened el estómago limpio, los pies calientes y la cabeza fría, y reios de los médicos."

Entre los animales no hay tontos. Los tontos son los racionales que, hablando, argumentan mal; ó que, escribiendo, son unos pésimos traductores de las leyes de pensamiento. Los grandes estadistas, al realizar sus grandes actos históricos, suelen ser unos malos copistas de la moral de los personajes de las fábulas de Esopo. Obran la mayor parte de ellos dejándose guiar por el instinto, como los animales, y hay que dar gracias á Dios cuando lo tienen tan claro como los héroes del insigne fabulista.

¿Qué eran los grandes hombres de la Revolución francesa más que unos metafísicos en bruto?—Robespierre era un filósofo instintivo, feroz, y cuando escribió, ó realizó, su filosofía, creando el culto de la diosa Razón, resultó ser un mal copista que trasladó las reglas de la conciencia sin exactitud y sin racionalidad alguna.

Y dice el señor Valera:—"Si por metafísica hemos de entender ciertos principios fundamentales que se tienen por inconcusos, ó lo son, y sin los cuales no se concibe sociedad humana, ni civilización, ni leyes, ni derechos, ni deberes, ni moralidad, ni orden, la metafísica, lejos de ser inútil, es útil, es necesaria, es indestructible, es condición *sine qua non* de la vida social de nuestro linaje; pero esta metafísica es instintiva, es irreflexiva, natural y espontánea."

Estoy asombrado de lo tarde que ha descubierto el señor Valera que el instinto es una metafísica embrionaria. ¿Cómo no ha notado hasta ahora que, aunque nunca hayan leído una aritmética escrita, las cocineras que el señor Valera ha tenido para lo que él llama el *gobierno de la casa*, jamás se han dejado engañar por los astutos revendedores de las plazuelas? ¿Y por qué? Porque todos los seres, incluyendo á sus cocineras, están dotados de una *ciencia infusa* que empieza en el animal como *instinto* y acaba en el hombre como *razón*. Se piensa y se repiensa. El pensar natu-

ral, que no pasa de *instinto*, repensando, produce en el hombre la *reflexión*. La metafísica consiste en pensar sobre el pensamiento; y al declarar el señor Valera su inutilidad, hace retroceder al hombre hasta la categoría de mono sabio, que aunque hace cosas de *entendimiento*, no sabe hacer cosas de entendimiento *entendido*. Y gracias á Dios que, por fin, se ha convencido el señor Valera de que la metafísica, no sólo no es *inútil*, sino que es de *necesidad absoluta*. Si la metafísica la constituyen el conjunto de las leyes del *entendimiento*, ¿qué más da que esté escrita ó que esté sólo pensada? Escrita es una guía exterior, y pensada es un gobernalle interno. Pero, escritas ó pensadas, las leyes del pensamiento son metafísica pura, y esta duda del señor Valera me recuerda la confusión del gallego que decía: "A mi todos han dado en llamarme *Pepe*, y yo me llamo *José*."

Se pregunta el señor Valera á sí mismo:— "¿Tengo yo, ó sé yo filosofía?," Y si la tengo, ¿de qué me sirve? ¿He cuidado mejor de mi hacienda, he adelantado

más en mi carrera, he ganado mucho dinero con mi filosofía?— "Sí, señor; además de que el señor Valera sabe todas las filosofías que se practican, aunque no se hayan escrito, como sucede, según él dice, "en Rusia, en Polonia, en Hungría, en Turquía, en Portugal y en España," tiene en el cuerpo la metafísica *inexplicada*, que no necesita explicación; el instinto enseñado por la experiencia y agrandado por el hábito. Guiado por esta metafísica, que el señor Valera llama *natural*, se ha lanzado al mundo desde pequeño, y ha sido embajador, consejero, comensal de muchos príncipes de la tierra, y ha gastado en comer, beber y vestir más millones que los que ha amontonado el legendario Creso. Ya ve el señor Valera cómo con su filosofía, unas veces escrita y otras sólo pensada, *ha cuidado bien de su hacienda, ha adelantado en su carrera y ha ganado muchísimo dinero*. Y después de todo esto, ¿todavía ¡el ingrato! llama á la metafísica una ciencia *inútil*?

La metafísica instintiva, aplicada con lealtad á los hechos, da lo que se llama

el *sentido común humano*, y si se inyecta en el egoísmo, da el sentido común inglés, que era el del sensato é ilustre Macaulay.

Es verdad, es verdad; hay una metafísica natural que obra por instinto, y otra escrita, que suele ser artificial, porque está mal traducida del pensamiento.

De todo lo cual se deduce que la metafísica de los ignorantes puede ser más acertada que la metafísica de los sabios.

Richelieu y Cisneros han solido obrar por medio de una metafísica instintiva con tanto acierto como el asno que, viendo un portillo abierto, se mete á pacer en el cercado ajeno.

Yo sé de un general que decía: "No quiero cabos que sepan escribir.", Este militar creía, sin duda, como Rousseau, "que el hombre poco instruido es un animal depravado."

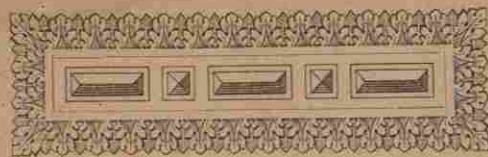
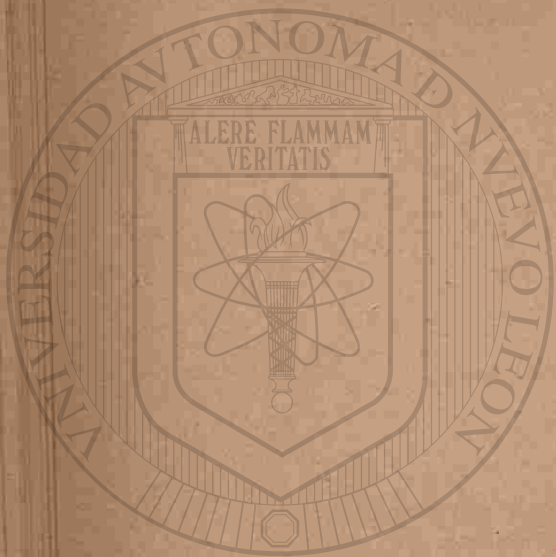
Recordándole á un alcalde del Maestrazgo que cuidase mucho de la instrucción primaria, contestó: "¡Pero, señor jefe, si en el pueblo no hay más hombres de bien que los que nunca han ido á la escuela!., Aquel alcalde presentía tam-

bién que la instrucción incompleta, en vez de aclarar el entendimiento, lo perturba.

¿Quién duda de que el raciocinio, aceptando premisas falsas, suele equivocarse, y que el instinto se equivoca pocas veces?

Y dejando el asunto de la inutilidad de la metafísica, vamos á la cuestión de la inutilidad de la poesía, si es que puedo hallar medio de apoderarme de los argumentos del señor Valera, pues en su alfarería literaria no hay por dónde coger los objetos que fabrica, porque todos los hace lisos, redondos y sin asa.





II

La poesía.

POR qué lloras?, le preguntaban á un niño afligido; y el niño contestó:—“Porque cuando cierro los ojos, no veo nada..”

Lo mismo le pasa al señor Valera en esta polémica; se enfada conmigo porque cierra los ojos y no ve nada.

Pero sigamos:

Algunos socios del Ateneo, presididos por el señor Valera, han dado muerte verbalmente á la poesía, como la guillo-

tina puso fin materialmente á los pensamientos de Andrés Chénier.

Comprendo la guerra á los metafísicos y á los poetas por los que no tienen ni sentimientos ni ideas. Hacen bien en pedir que desaparezca la forma poética todos los que (con perdón sea dicho) no pueden ser admitidos en la sociedad de las musas, ni siquiera en clase de lacayos distinguidos. Pero el señor Valera, que es poeta siempre, y buen metafísico á ratos perdidos, es demasiado generoso al cubrir á sus apadrinados con su manto real de escritor incomparable, diciendo: "No se revuelva usted contra mí, porque yo disto mucho de contarme entre los que vaticinan con acento ominoso la próxima muerte de la poesía, por lo menos *en metro*. Yo he proclamado sólo en són de elogio su *inutilidad* sublime, así como la mayor *inutilidad de la metafísica*."

¡Qué falta de franqueza, mi querido Valera! Declárese usted vencido, y decídase á confesar que la metafísica es el alma de las obras literarias, y la forma poética su traje de los días de fiesta.

El que escribe bien en prosa no hace más que lo que debe; pero escribir bien en verso es realizar una maravilla.

El verso es un arte, y la prosa un oficio.

Los versos se agarran á la memoria de las gentes como los recuerdos de las personas queridas, y, sean aquéllos tristes ó alegres, son siempre inolvidables, como los sonidos de las campanas de nuestra aldea.

Horacio, que era un poeta más genial que grande, con su infinita gracia ha colgado las chucherías escépticas de sus pensamientos de las orejas de la humanidad, y siempre que escucho á algún prosista recitar sus sentencias rimadas, me parece que oigo decir al poeta latino: "Este es un prosista que por vanidad poética se pone aretes, como los salvajes del desierto."

Dice el señor Valera "que tiene más aficionados la prosa que el verso." Naturalmente; como que para apreciar lo segundo es menester entendimiento, y para lo primero basta con tener entenderas. La prosa se habla con la facili-

dad con que se hace uso del aire que se respira.

Pero pregunto al señor Valera: ¿Qué hay, no diré de común, pero ni siquiera de semejante, entre el arte de escribir versos y la función fisiológica de hablar en prosa?

En el artículo anterior habíamos quedado: primero, en que la prosa no es arte, pues es una operación material, como el canto del mirlo; segundo, en que el lenguaje sólo en el verso es un mecanismo perfecto.

En verso se suele escribir con perfección absoluta. En prosa sólo se puede escribir bien relativamente, sobre todo en un idioma como el español, en el cual la libertad de sintaxis raya en la anarquía. Decía Enrique Heine "que la poesía, traducida en prosa, es como un rayo de luz envuelto en paja."

La prosa es inmejorable cuando llega á ser, por lo menos, soportable. En la prosa nadie sabe del todo bien lo que dice, y á veces ni lo que se supone que se quiere decir. En los mejores prosistas la colocación de las palabras se hace por ca-

pricho, más bien que ajustándolas al orden lógico de los conceptos.

La prosa, que, además de carecer de conexión lógica, no tiene, como es muy común, ni ideas ni imágenes, queda reducida á un simple ruido con honores de gruñido.

La prosa es la cuesta abajo del arte; hoy los que pretenden hacer desaparecer la forma poética han condenado el ritmo; mañana suprimirán del todo la retórica; otro día la gramática, y acabarán por convertir la prosa en el léxico de la burra de Balaán.

Y llevando hasta el insulto el desprecio de la poesía, añade el señor Valera:

—“Pero, ¿no puede ser también que tal poeta lo sea porque no vale para lo útil ni para lo práctico, porque finge menospreciarlo no pudiendo alcanzarlo, como la zorra cuando deja las uvas que no están maduras? En este caso, el poeta es un infeliz, un ser lastimoso, que no vale para *sastre*, ni para *cavador*, ni para *peón de albañil*, ni para otro oficio, y se ha echado á poeta por no poder ser otra cosa.”

Dudo mucho que Virgilio, Horacio, Shakspeare y Calderón hayan sido poetas por no tener aptitud para ser unos destripaterrones. Pero, en último resultado, que se consuelen sus admiradores sabiendo, como yo sé, que los peores versos valen más que la mejor de las prosas, y que algún prosista acérrimo suele ser un poeta avergonzado de no haber podido servir ni para echar un par de herraduras al caballo Pegaso.

Habiendo asegurado yo que desde la muerte de Quevedo hasta la llegada del romanticismo no se ha escrito un solo verso de poeta, replica el Sr. Valera: —“Presumo que este aserto es chiste, paradoja ó humorada sin rima, y no me canso, ni canso á los lectores, citando, en contraposición á los versos que usted cita, versos tan buenos ó mejores de Quintana, de Cienfuegos, de Meléndez, de Jovellanos, de Gallego y de bastantes otros que han florecido después de Quevedo.”

¿Conque no me cita verso de poeta por no cansarse y no cansar á los lectores? Veo que no se puede luchar con el señor

Valera, porque, á falta de armas con que herir, apela á la estratagema *de la fuga*, y nunca puede ser herido. Vaya en paz en su retirada, y casi me alegro que haya renunciado á hacer la prueba, por ser muy peligrosa para nosotros dos, pues podría resultar que él, ó yo, como les sucede á la mayor parte de los críticos, no sabemos lo que es un buen verso. Ya indicó Horacio que es frecuente que califique versos quien no acertaría á decir en qué se diferencian los buenos de los malos, ni tal vez el verso de la prosa. Conque dejemos la cuestión sin resolver, por miedo á que el señor Valera y yo, y todos esos críticos que no saben ver la prosa en la poesía ni la poesía en la prosa, nos veamos precisados á repetir aquel diálogo tan conocido: “Usted y yo somos condiscípulos.—Pues ¿en qué universidad ha estudiado usted? ¿Yo? En ninguna.” El señor Valera, empujado por su ángel bueno, que es un ángel casi más complaciente que el mío, corre á escape por esa senda de flores que siguen todos los que empiezan por jóvenes de lenguas, y en su vertiginosa carrera no se ha detenido

un solo instante á asomarse á esos abismos de dolores de la literatura moderna, y cree que todas las obras poéticas deben ser églogas de Dafnis y Cloe.

Juzgando al duque de Rivas, dice el señor Valera: "*La vuelta deseada* y *El sombrero* se parecen á ciertas leyendas extranjeras, como *Evangelina*, de Longfellow, y *Hernán y Dorotea*, de Goethe, y á esto que ahora llaman *Pequeños poemas*, si los pequeños poemas tuviesen más acción y menos tiquis-miquis filosóficos y archisentimentales."

Este ataque personal que me dirige el señor Valera lo entrego, en justa venganza, al juicio del público, para que éste vea que el señor Valera no se ha enterado todavía de lo que son *pequeños poemas*, pues los confunde lastimosamente con los *poemas pequeños*.

Todo pequeño poema ha de responder afirmativamente á estas tres preguntas: ¿Tiene naturalidad? ¿Tiene argumento? ¿Tiene objeto? Los poemas pequeños que cita el señor Valera, ¿tienen naturalidad? Supongo que sí. ¿Tienen argumento? Sí. ¿Tienen objeto? Creo que no.

Desengáñese el señor Valera: por más que se burle de mis pretensiones, de llevar la filosofía á la poesía, ya Lessing demostró que la obra del arte consiste en *elegir lo individual á la categoría de lo general*.

No son las formas momentáneas, sino las formas absolutas, las que aseguran la inmortalidad de las obras literarias.

En el arte se debe manifestar lo infinito por medio de lo finito, lo absoluto por medio de lo relativo, lo espiritual por medio de lo material, la forma-arquetipo ó inteligible por medio de la forma exterior y sensible; y no insisto en citar al señor Valera más opiniones de otros autores célebres en defensa del agravio que me ha inferido, porque no crea que yo me puedo ofender con él; pues además de quererle y admirarle mucho, ya le he dicho en otra ocasión que yo no presumo de poeta y que me contento con ser un humilde cosechero de esparto.

Por lo mismo que el género trascendental es difícil de comprender, hace mal el señor Valera en declararse partidario de Fernando VII, que condenaba á todos

los que tenían "la fatal manía de pensar."
 Considero que el género trascendental es el enemigo natural de los tontos, pues éstos, satisfechos con la expresión material y exterior del lenguaje, no llegan a comprender nada del sentido íntimo y figurado. Estos benditos de Dios no tienen bastante malicia para presentir que lo que se calla suele ser más importante que lo que se dice. La buena fe de estos míopes literarios no se hace cargo de las frases subrayadas por el pensamiento, ni de los rodeos estratégicos que el autor hace para decir lo indecible, ni de los cambios de postura que inventa para llamar su atención. Los partidarios de la lelez literaria, ni saben leer entre líneas, ni entienden nada de lo sobrentendido, ni conocen jamás cuándo la procesión va por dentro.

Y después de probar la utilidad incontestable de la metafísica y de la poesía, en el artículo venidero llegaremos a saber, ó mejor dicho á ignorar, lo que es la ciencia moderna, que pretende *reemplazar* á la metafísica con una *ciencia más clara* y á la poesía con un *lenguaje más*

llano, contando, como cuenta, para esto, con muchos de los grandes sabiondos de la banca, de la literatura y de la política, que, según dice el señor Valera, pueden servir para *sastres, cavadores, albañiles*, y otros oficios, y que motejan á los poetas de *copleros*, pareciéndose en este calificativo á los niños de aldea, necios y mal educados, que llaman al señor Obispo "el tío que confirma."

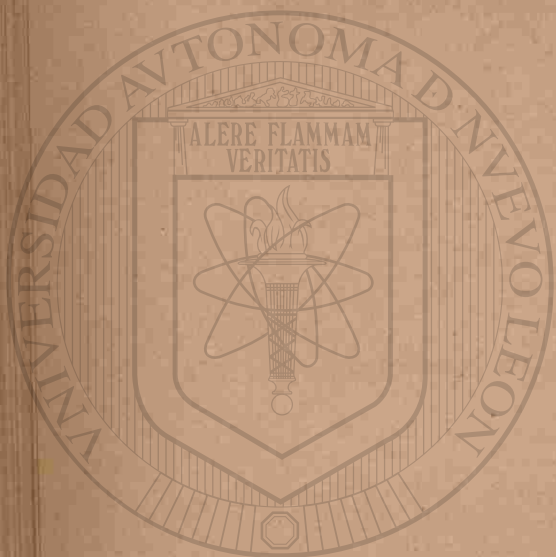
JUAN L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFUNSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

La ciencia moderna.

SAYA un ejemplo de lo que es la buena prosa! Desafío al más agudo de mis lectores á que me ponga en claro lo que quiere decir el señor Valera en el siguiente párrafo:

"Convengo en que el momento es pavoroso y lúgubre. Se piensa que nos hemos quedado sin religión y sin metafísica. No hay más que empirismo, ciencia; pero los científicos andan buscando la ciencia, esto es, que, renegando de la metafísica, la buscan para colocarla en

el trono como reina, ya que la ciencia que buscan, y que enlaza y funda las ciencias, ó es metafísica ó no es nada.,,

No lo entiendo.

Supongo que esto querrá decir que los empíricos, *renegando* de la metafísica, andan buscando la *ciencia* para colocarla en el trono como reina. Esta ciencia que se busca será la *positiva*, la *natural*, la *moderna*, la que parte de los hechos.

Pero es inútil empeño, porque los hechos, hasta como punto de partida de la filosofía, se parecen á las aguas del Jarama, de las cuales se dice "que embrutecen y hacen pobres.,,

El sistema aristotélico de Santo Tomás de sacar lo inteligible de lo sensible, es á la vez materialista y panteísta. Si lo sensible es igual á lo inteligible, el espíritu es materia; y si lo inteligible es igual á lo sensible, todo es uno y lo mismo. En esta parte son iguales en materialismo Aristóteles, Santo Tomás, Locke, Kant, Valera y sus partidarios del Ateneo, que dan por inútiles la metafísica y el arte.

Hace pocos días que el señor Salme-

rón vió á nuestro amigo el señor Verdes Montenegro jugar por la mañana al billar. Al día siguiente volvió á verle jugar por la tarde, y le dijo:—"¿Es que se pasa usted la vida jugando al billar?," El ilustre filósofo quiso sacar de dos hechos singulares una regla general, y se equivocó, por no haber tenido presente aquel principio, tan repetido en esta polémica, de que "*los particulares no hacen ciencia.*,"

Se puede jugar dos días seguidos y á diferentes horas, sin que sea racional suponer que se está jugando toda la vida.

La metafísica es filosofar en abstracto. Querer suplantar la metafísica con el conocimiento de los hechos, es querer sustituir el resplandor del sol con la luz de los candiles.

Ni los hechos mismos se pueden ver con los ojos de la cara, si al mismo tiempo no se tienen puestos en las ideas los ojos del alma.

Y entremos en materia:

¿Qué es la ciencia positiva moderna? Lo mismo que la antigua: una pesadilla de sueños groseros. Lo que será en el

porvenir al disolverse este globo terráqueo, donde tantos disparates se escriben cuando se quiere hacer ciencia sin metafísica, ó se pretende apreciar las cosas sólo por las aprensiones gratuitas de los sentidos corporales.

La grande invención de la ciencia moderna es una reproducción de la antigua *alma material* del mundo que anima á todos los seres de la creación, y que hoy, más avisada que ayer, tomando esto y repugnando aquéllo, va escogiendo lo mejor, matando á los padres viejos en honor de los hijos venideros, y en millones de millones de años—que sólo las matemáticas de los profesores del Ateneo, Calderón, Vilanova y Pérez Arcas pueden calcular—llega de grado en grado y de selección en selección, á crear, según la doctrina darwiniana, unos seres humanos que por boca del señor Valera aseguran que sólo la ciencia positiva es útil, racional y conveniente, y que la metafísica y la poesía, la idea madre y la hija creadora, son dos cosas completamente *inútiles*.

La escuela darwiniana ha tomado sin

duda de la Academia Española el lema "limpia, fija y da esplendor," pues *limpia*, por selección *inconsciente*, *fija*, por la herencia de lo más selecto, y da *esplendor* á los seres pasándolos de cloaca en cloaca, hasta cumplir la ley de la perfectibilidad.

Y al hablar del lema de la Academia Española, aplicado á esa ley que, ensartando cosa con cosa, va haciendo un rosario de cuentas atadas caprichosamente, me acuerdo de don Antonio de Valbuena, que ha emprendido una campaña de desconsideración contra los académicos, porque dice que hacemos definiciones malas.

¿A que él no es capaz de hacer una sola buena? Y con esto no trato de ofenderle, pues ya decía nuestro amigo, el señor Escosura, que si los hombres hiciésemos una buena definición, no le quedaba nada que hacer al que todo lo sabe.

¿Por qué no sigue fustigando el señor Valbuena á esos prehistóricos impíos que, en odio á la tradición mosaica, hozan en la costra de la tierra para buscar fosilificaciones antiadálicas?

¿O cree más provechoso para sus creencias religiosas defender á la gramática de nuestras irregularidades, siendo así que nadie nos defiende á nosotros de las irregularidades de la gramática?

El señor Valbuena debía insistir en dar su opinión sobre esa ciencia moderna que niega la *inmortalidad del alma*, la *vida futura*, la *libertad del hombre* y la *personalidad divina*; y algunos de esos adjetivos que usa contra nosotros, y que ya son risibles de puro vulgares, aplicárselos á algunos clérigos que no se espantan del darwinismo, y que hacen gestos de desagrado cuando leen alguna dolora en que se pide para las mujeres la supresión de las penas eternas, como si yo no fuese dueño de creer que ni las mujeres deben ir al infierno, ni los tontos al cielo.

Esas *historias de la creación*, calcadas sobre la del llamado *divino* Hæckel, de quien sólo por ironía se puede decir que es un hombre divino, son los objetivos adonde debían dirigir sus ataques los críticos religiosos como el señor Valbuena, y dejarse de satirizar á una corpora-

ción, la cual, á excepción de Zorrilla y yo, que somos los dos más grandes holgazanes de la tierra, se compone de ilustres hombres de Estado, de sabios, de eruditos y poetas, que con su laboriosidad y su inteligencia sostienen la antigua dignidad de este idioma español, que, como decía el gran Carlos V, es la lengua más propia para hablar con Dios.

Y volviendo á la ciencia de temporada, más bien que contemporánea, sigo diciendo que, después de desterrar del Ateneo la lira de los poetas, quedando en él como única bandera el mandil de los naturalistas, abundarán allí las discusiones sobre los organismos informes que por una fuerza evolutiva, propia de la creación, hacen que de grado en grado lleguen las cosas desde la mónera hasta el hombre. ¿Y qué es la mónera? me preguntará el lector. Mónera es una especie de ostra que parece mascada, y escupida después por su mal sabor, y formada, según Hæckel, por simples *compuestos inorgánicos*, como son el oxígeno, el hidrógeno, el carbono y el ázoe. ¿Y qué son estos *compuestos simples*? me vuelve-

rá á preguntar el lector. Yo lo ignoro completamente; pero ya nos lo dirá en las discusiones del Ateneo mi ilustrado amigo el señor don Laureano Calderón; porque, si cuando estudiábamos juntos química aplicada á las ciencias médicas, bajo la dirección de nuestro inolvidable maestro el señor don Manuel Ríoz, no lo sabía, hoy, iluminado por las presencias naturalistas, que le han enseñado á hacer ese inmenso embutido científico que comprende desde el principio hasta el fin de la vida, lo sabrá seguramente, aunque lo dudo mucho.

Pero al llegar aquí se me ocurre preguntar: ¿no es verdad que parece que los evolucionistas dicen en broma las cosas que yo voy refiriendo con toda formalidad?

La ciencia actual sigue los derroteros que le ha trazado la antigua canalización de la tontería humana. Ya Demócrito resucitó la vieja teoría de que los átomos corporales son el principio único de cuanto existe, sin más causa eficiente que el movimiento de que están dotados.

Los emanatistas y los panteístas afir-

man que Dios hizo nacer de sí mismo la materia y la forma del mundo.

En todos estos sistemas sobresale lo ontológico ó metafísico, considerando al ser en abstracto como una cosa ideal. Pero en la nueva ciencia lo ontológico se convierte en fisiológico, y el ente metafísico es un *ser físico*, que, por una fuerza espontánea y material que le es propia, en la *Historia general humana*, con los pies manchados de toda clase de pringues, va subiendo de peldaño en peldaño toda la escala zoológica, desde la mónera, que es una creación menos ideal y menos limpia que los átomos dotados de fuerza cósmica de Epicuro y de Demócrito, y siguiendo por las anchoas y la babosa ó caracol sin concha, hasta llegar al tiburón, que creo que es el undécimo abuelo del hombre, mete, por último, en este embutido carne de sapo, de cucaracha, de rata y de abejorro, y hace así esa inmensa longaniza, que empieza en una destilación membranosa y acaba en el orangután, padre del hombre. Según cuentan los periódicos, esas hipótesis, que dan asco, las aplauden á rabiar

todos los que se frotan las manos de gusto al oír decir que la forma poética *está llamada á desaparecer*.

Y por supuesto que los hombres de la ciencia positiva hasta para fabricar esa larga salchicha de la genealogía del hombre, imitan los procedimientos de la metafísica, inventando paralelamente á la *ley de la evolución*, unas leyes auxiliares tan arbitrarias como éstas: ley del *medio ambiente*, ley de la *selección sexual*, ley de la *herencia*, ley de la *correlación del crecimiento*, etc.

¿Y qué es la ley del *medio ambiente*?

Pues debe ser una ley por la cual el que respira un elemento que le es propio, vive; y el que no, se muere. Es decir, que, hasta ahora, nadie sabía que el ave no puede vivir en el agua, ni el pez en el aire.

La ley de la *selección* es una especie de tonto discreto, alma ciega de la naturaleza, que así como nosotros los agricultores, á fuerza de exagerar el cultivo, convertimos una clavellina del campo en un clavel reventón valenciano, esa alma *inconsciente* sigue por las entrañas

de la tierra separando *conscientemente* lo imperfecto para asimilarse sólo lo perfecto, hasta llegar á los animales, á los cuales se les cae la cola por obra de la selección.

Esta ley es completamente falsa, porque, con la selección, á todos los objetos perfeccionados les sucede lo que á las rosas demasiado grandes y bellas, que, con el esmero en el cultivo, los órganos sexuales abortan y se convierten en pétalos, muy hermosos, eso sí, pero infecundos. Y la prueba de la ineficacia de la *selección sexual* está en los pueblos en que se autoriza la poligamia y donde se escogen para los harenes las mujeres más hermosas del mundo. Allí, ¿qué sucede? Que los mahometanos resultan más enclenques y más feos que nosotros, y lo mismo en la paz que en la guerra, viven sometidos á los hijos legítimos de los matrimonios cristianos, que, según la frase de Shakspeare, "son engendrados en el lecho conyugal entre un bostezo y un sueño".

La ley de la *herencia* dicen que es una facultad que tienen los seres de transmi-

tir sus cualidades y *perfecciones*. ¡Mentira parece!

Los hijos de los ingleses dejan de ser rubios cuando nacen en la India, y los melones de Foyos, trasplantados a Galicia, se convierten en calabazas a la segunda generación.

Los verdaderos factores que constituyen la ley de la herencia son estos tres progenitores: el padre, la madre y el clima.

La ley de la *correlación de las formas* ya es más complicada, y si no fuera porque al gran Cuvier se le escurrieron por los subterráneos del globo ciertas formas intermediarias, no ofrecería duda alguna el proceso natural de esta ley de las cosas, desde el salivazo albuminóideo, llamado *protoplasma*, siguiendo por ciertos bichos informes que ya tienen *ano* y *boca*, y concluyendo por esos animales, padres del hombre, cuyos corvejones se van convirtiendo poco a poco en rótulas ó choquezuelas. Y es lástima que se le hayan perdido a Cuvier las pruebas intermediarias de esta ley, pues por ella podríamos saber por qué Alejandro Magno

fue algo jorobado y lord Byron un poquito cojo.

La ley de la *evolución*, escogida como base de la filosofía de Spencer, es la más filosófica de todas, pues así como la larva se convierte en gusano, y el gusano en mariposa, los naturalistas se han lanzado al campo de la especulación, imitando a los metafísicos, y de un fenómeno restricto y vulgar han querido deducir, ó, mejor dicho, inducir una ley universal. ¡Pretensiones metafísicas de físicos ilusos! Una síntesis suprema, como la pretendida ley de la evolución, no puede hacerse con hechos, porque los hechos no son ideas, sino cabos de ideas.

En el orden de los fenómenos, cada cosa lleva en sí su finalidad especial, y es inútil querer enchufar unos objetos con otros para obligarlos a tener una finalidad sintética común.

Pero al leer esto dirá el lector: si se habían de traer a discusión en el Ateneo, para suplantar a la metafísica y al arte, estos *sueños de la materia* de Hæckel, estas intuiciones de ateneístas partidarios de Cuvier, estos *presentimientos* de

muchos darwinianos, estas *fantasías*, en fin, escritas y habladas en tan mala prosa, ¿por qué motivo se ha expulsado del Ateneo á los pobres poetas? Sueños por sueños, ¿no son preferibles los raptos líricos de los hijos de Apolo á las invenciones de los Haeckel, divinizadas por ciertos manipulantes extranjeros, y de los cuales ya decía el marqués de Valdegamas "que tienen muy buenas manos para hacer chanfaina,¿?"

Y hecha la prueba positiva de lo arbitrario de esta ciencia, vamos á hacer la prueba negativa; si es que estas cosas no les levantan el estómago á mis pacientes lectores. Después de desdoblado el árbol genealógico del hombre por medio de la evolución, en sus veintidós grados, desde la mónera, pasando por la lombriz y llegando hasta el divino Haeckel, volvámoslo á doblar por un procedimiento inverso de desevolución, y así se verá el origen deshonrrible de esta especie simia llamada hombre, que Dios sacó de la nada hace tres ó cuatro días, según Moisés, y hace millones de años según los naturalistas del Ateneo.

Con motivo de la discusión de que la forma poética está llamada á *desaparecer*, cierto ateneísta de inspiración naturalista ha llegado á pensar que, suprimidas la metafísica y la poesía, ó sea el ritmo y las ideas, se podría efectuar ese fenómeno de atavismo que el vulgo llama *salto atrás*, y empezaría una *contra-ley*, ó *retroceso sociológico*; y que así como antes esa fuerza autogénica de cada cosa que, según la expresión del panteísta Schelling, *duerme* en el mineral, *sueña* en el vegetal, *siente* en el animal, *piensa* en el hombre; este hombre, retrocediendo, comenzaría á hablar en una prosa sin música y sin arte, que sería igual al graznido, é involuntariamente se inclinaria hasta ponerse en cuatro pies para igualarse á sus congéneres, y después, avergonzado de pensar y de sentir, y con la savia que recibiera de la humedad del suelo, se convertiría en un mono, con rabo ó sin rabo, como el padre del hombre darwiniano; éste se arrastraría y volvería á ser *lagartija*, que parece que es el décimo abuelo de los que piensan que la poesía debe desaparecer, y, después de

obstruidos de nuevo la *boca* y el *ano*, seres informes engendrando á seres más informes todavía, macerados de pantano en pantano, volverían á formar el primitivo *protoplasma*, ese escupitajo, digno del garguero de un demonio burlón que ni piensa, ni siente, ni padece.

Casi estoy por confesar que este retroceso orgánico sería menos ignominioso, y me parecería más limpio que la ascensión de la *cucaracha* á miembro de literatura del Ateneo, donde, bajo la dirección del señor Valera, como el chocolate sin cacao, se pretende hacer literatura sin poesía y ciencia sin metafísica.

Y antes de concluir, debo confesar que no sé si habrá sido completamente exacto al diseñar los rasgos de la fisonomía de la ciencia moderna, marcando bien sus saltos de trampolín; porque yo, como todos los ignorantes, no suelo tomar nota de las cosas que leo; pero me consuela la idea de que en el curso de esta polémica ya me rectificarán, por conducto del señor Valera, los sapientísimos señores Calderón, Vilanova y Pérez Arcas, amigos míos más viejos de lo que ellos y

yo quisiéramos, y, en último resultado, como decía el insigne Lorenzana: "¿Para qué sirve un amigo si no sirve para que se le pueda calumniar?,"

Tengo que hacer, además, otra confesión, y es que, al condenar esta síntesis, que cree suprema la ciencia moderna, no es que yo me niegue á reconocer los adelantos científicos de los buenos, de los Edisons actuales, que á fuerza de tanteos sobre los hechos dan golpes de fortuna y adquieren éxitos colosales é inesperados. Lo que creo es que cierta clase de inventores, que suelen morir sin calzones, si alguna vez soplan en la flauta que suena por casualidad, son tan sabios como los albañiles que, al derribar los tabiques de las casas, encuentran tesoros que han dejado allí escondidos los compañeros del rico avaro del soneto de Argensola.

Y ¡adiós, divina metafísica y santa poesía, delicia de mi juventud y consuelo de mi vejez! Estáis llamadas á desaparecer de entre los vivos por las cacatúas de la prosa y por los descendientes del mono de Darwin. ¡Dormid en paz, arrulladas

por el gori-gori del sacerdote Valera, y si os dignáis esperar unas cuantas horas más, yo también moriré fielmente á vuestro lado, y os acompañaré al sepulcro, donde podré ocultar la vergüenza que me está causando el haber sido hombre!

C.



ÚLTIMA RÉPLICA Á CAMPOAMOR

Mi querido amigo: Ahora sí que voy á replicar á usted por última vez, y á terminar esta polémica, sin que valga para continuarla pretexto alguno. El tema es fecundísimo: casi inagotable. En tono de broma pudiéramos ambos decir cosas muy serias é importantes en el fondo; pero yo recelo que nos tiente y solevante el diablillo de la vanidad; que vaya la broma al fondo, y que lo serio venga á la superficie, y no sea filosofía ni literatura, sino desabrimiento y enojo. Entonces tendría razón *Clarín* para afir-

por el gori-gori del sacerdote Valera, y si os dignáis esperar unas cuantas horas más, yo también moriré fielmente á vuestro lado, y os acompañaré al sepulcro, donde podré ocultar la vergüenza que me está causando el haber sido hombre!

C.



ÚLTIMA RÉPLICA Á CAMPOAMOR

Mi querido amigo: Ahora sí que voy á replicar á usted por última vez, y á terminar esta polémica, sin que valga para continuarla pretexto alguno. El tema es fecundísimo: casi inagotable. En tono de broma pudiéramos ambos decir cosas muy serias é importantes en el fondo; pero yo recelo que nos tiente y solevante el diablillo de la vanidad; que vaya la broma al fondo, y que lo serio venga á la superficie, y no sea filosofía ni literatura, sino desabrimiento y enojo. Entonces tendría razón *Clarín* para afir-

mar que nos hacíamos los tontos, ó que lo éramos.

Yo afirmo la inutilidad de la poesía y de la metafísica, y usted su utilidad. Por esto disputamos. Tal vez, si nos hubiésemos puesto de acuerdo sobre la significación de la palabra *útil*, no hubiera habido disputa. Pero con no haberla, nada hubiéramos ganado. Antes bien, hubiéramos perdido el placer de escribir algo que nos parece bien, pues lo publicamos, y nos hubiéramos expuesto, por falta de asunto inocente, si no noble y hasta sublime, á emplear nuestro tiempo muy mal, murmurando del prójimo, ó quién sabe cómo.

Lejos de lamentar, celebro, pues, nuestra disputa, aunque, tanto por el recelo ya expuesto, como porque no quisiera yo cansar á los lectores, voy, como he dicho, á terminarla en esta carta, la cual me parece que va á salir larguísima, porque tengo aún mucho que decir.

Empezaré declarando, aunque sea repetir lo que ya declaré mil veces, que jamás he sostenido yo que la metafísica y la poesía han muerto ó van á morir

pronto; que, lejos de cantarles el *gori-gori*, las he reverenciado y amado siempre como inmortales y divinas; y que, por consiguiente, no soy reo ni cómplice en esa muerte desesperada de usted, que usted nos anuncia, afirmando que morirá fielmente al lado de la poesía y de la metafísica, y las acompañará al sepulcro, donde podrá ocultar la vergüenza que le está causando el haber sido hombre.

Como la poesía y la metafísica no morirán, no llegará el caso de que usted tenga que sacrificarse para morir con ellas; y no veo tampoco la necesidad de que ande usted tan avergonzado de descender de un mono. Hace tantos siglos que, según sostienen esos naturalistas que exasperan á usted, ocurrió el extraño cambio del mono en hombre, que bien podemos aún ponerle en duda. Démosle, sin embargo, por cierto, y aún no habrá motivo razonable para que nos desesperemos y avergoncemos. Vergüenza de caso tan remoto en lo pasado se parece á la de aquella pudorosa beata que la tenía grandísima de otro caso futuro, por haber entendido que, en el día del juicio

final, en el valle de Josafat, hemos de personarnos todos en cueros. Y, si bien se mira, la vergüenza de la beata estaba mejor fundada que la de usted. Ella misma, según su creencia, era quien tenía que acudir y exhibirse en el valle de Josafat tan sin ropa; pero usted, ¿qué tiene que ver con las macacadas é indecorosas travesuras del mono selecto que acabó por convertirse en hombre? ¿Qué más da descender del barro, pasando por una serie de formas, ó descender del barro inmediatamente? Bien pudo Dios hacer al hombre del barro, como un alfarero hace una olla, ó imprimir en la materia un prurito infalible de perfección, por cuya virtud, al través de larga serie de siglos, viniese á producir un organismo tan hermoso y excelente, que fuese ya capaz de ser morada del espíritu. En lo que importa creer es en la dignidad y preeminencia del hombre. Debe tenernos sin cuidado si su cuerpo salió del barro desde luego, ó salió del barro pasando por mil formas sucesivas, con tal de que en el hombre reconozcamos que hay conciencia, y li-

bre albedrío, y otras prendas morales é intelectuales que radicalmente le diferencian de los demás seres vivos de nuestro planeta, por donde presumimos que en el hombre hay un principio, una energía, una cosa que no sabemos á punto fijo lo que es, como tampoco comprendemos lo que es la materia, y que esa misteriosa potencia que está en nosotros, y que llamamos alma, fué hecha á imagen y semejanza de Dios. Afirmemos esto, y no nos apesadumbremos por descender del mono, supuesto que del mono descendamos.

Pero lo mejor es volver á nuestro tema, que poco tiene que ver con el abo-lengo.

La verdad es que, en vez de sostener yo una paradoja por el prurito de mostrarme ingenioso, mi afirmación, bien entendida, peca de perogrullada.

La poesía y la metafísica son inútiles; como son inútiles las bellas artes, la virtud en grado superior, y la santidad.

Veamos en qué sentido afirmo yo esto. Empiece usted por concederme, pues no puede menos de hacerlo, que todo el que

se proponga ser santo, ser modelo de virtud ó ser gran artista ó poeta, para sacar de ello provecho, para hacerse rico ó para ganar nombradía, poder ó influjo, bastardea y ayillana su inspiración ó su vocación, y aun puede llegar á esterilizarlas ó á destruirlas.

Piénselo usted bien: el propósito de utilizar tan altas facultades acaba con ellas. Mientras más alta es la facultad, más se opone á que se la emplee en fin provechoso para el que la posee y la ejerce. Un santo lo es, ó se propone serlo, por amor de la misma santidad, ó por amor de Dios, que es la santidad en persona. Todo fin que esté fuera de la santidad, la rebaja, si no la aniquila. Alcanzar la vida eterna es fin ultramundano y elevadísimo: la calificación de útil humilla tal fin: y con todo, tal fin, aunque no invalide la santidad, bien puede asegurarse, sin temor de caer en herejía, que la amengua bastante. El que es santo por tal fin, es menos santo que el que dice á Dios:

«Aunque no hubiera cielo, yo te amara;
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.»

Y, por otra parte, el afán de la propia salvación puede torcerse y convertirse en el egoísmo más monstruoso, como le sucede al *Condenado por desconfiado*, de Tirso.

Con la sabiduría especulativa sucede lo propio. El sabio no se propone sacar de ella provecho. Si se lo propone, estoy por afirmar que deja de ser sabio. Cuando Dios dió á elegir á Salomón entre la sabiduría y la riqueza, y Salomón optó por la sabiduría, hemos de suponer que lo hizo candorosamente. Si lo hubiera hecho calculando que Dios, á más de hacerle sabio, iba á hacerle rico, se hubiera fingido desinteresado, no siéndolo, y hubiera tratado de engañar á Dios. Cristo nos enseñó, en el Sermón de la Montaña, que debemos pedirle el reino de los cielos, sin preocuparnos de lo demás, que se nos dará por añadidura; pero, francamente, si le pedimos dicho reino, disimulando nuestro deseo de la añadidura y contando por lo pronto con ella, seremos unos galopines y trataremos de engañar á Cristo.

Los Fúcares y los Rothschild no sé yo

si fueron ó son sabios especulativos muy profundos; pero sé que no ganaron por serlo los dineros que tuvieron ó que tienen. Lo más que yo puedo conceder es que la ciencia especulativa ni quita ni pone á tales provechos ó utilidades. Posible es que, siendo opulento banquero, sea alguien maravilloso sabio como Kant, que vivía pobremente de sus lecciones, ó como Espinoza, que pulfa vidrios. Pero si me dijese que alguien era gran sabio especulativo y gran banquero á la vez, y que aplicaba su sabiduría especulativa á los negocios de la banca y de la Bolsa, ni como aficionado á la sabiduría daría yo crédito á su enseñanza, ni, si por dicha inverosímil tuviese yo fondos que colocar, se los confiaría á él, pues perdería para mí todo su crédito como banquero.

En la poesía aún es más evidente la inutilidad para el poeta. Una vez acudió á mí, pidiéndome socorro, cierto joven que hace versos y no tiene con qué vivir. "Serán malos mis versos, me dijo humildemente, y por eso no me los pagan." Y yo, no por confortarle, sino porque así

lo entiendo, le contesté: "No, amigo mío; aunque sus versos de usted fuesen tan hermosos como los de Píndaro, aquejaría á usted la misma necesidad. Acaso ésta subiría de punto en razón directa de la mayor excelencia de los versos, que, mientras más valieran, serían menos entendidos y estimados del vulgo. Yo no creo á usted mal poeta porque no le pagan sus versos. Sólo le creeré mal poeta si los escribe con el propósito de que se los paguen."

Esto le dije yo, aunque, por no entristecerle ó enojarle, me callé otra cosa que pensaba; es á saber: que el mero propósito de ganar la vida con la poesía no es sólo delito de lesa poesía, sino indicio de que no está en su cabal juicio quien le forma. Tal vez en algún rarísimo momento histórico, en algún caso muy excepcional, hubo un pueblo de gusto exquisito, y que se valía de esclavos para todos los menesteres mecánicos, en quien se hubo de despertar y de educar el recto sentir de la hermosura hasta el inaudito extremo de aplaudir en los juegos olímpicos á Píndaro y á Corina. Tal vez,

y muy de tarde en tarde, ha habido algún príncipe ó tirano elegante, como Mecenas, el duque de Weimar, Pericles ó Mahamud de Gasna, que han favorecido y encumbrado á los buenos poetas. Pero en nada de esto debemos fiarnos ni poner la menor esperanza. Esto casi nunca ocurre, y además está sujeto á multitud de percances y quiebras. De aquí que Alfieri, en el precioso libro que compuso, titulado *Del Príncipe y de las letras*, amoneste al poeta y al filósofo para que poeticen y filosofen, á fin de hallar la verdad ó de crear ó dar forma sensible á la belleza, induciéndolos, para que vivan más ó menos holgadamente, si no tienen beneficio ó rentas, á tomar oficio.

¿Qué poeta en el día, y sobre todo en nuestra patria, querrá tratar seriamente de hacerse pagar porque le oigan, cuando por el deleite de ser oído será él capaz de pagar, si tiene con qué? Y esto, sobre poco más ó menos, acontece en todas partes. Leopardi nos ha dejado escrito un muy donoso discurso-proyecto, fundando una asociación de oyentes, y, en mi sentir, demostrando que esta asocia-

ción, bien organizada, ganaría gruesas cantidades con sólo prestarse á escuchar con atenta benevolencia á los que quisiesen recitarle sus composiciones.

En la poesía, confiéselo usted, señor don Ramón, no hay lucro para el poeta, salvo en extraordinarios y poquísimos casos.

Ni se me diga que el poeta halla su recompensa en la gloria. La gloria, si acude, acude por casualidad, ó tarde.

Becquer, por ejemplo, no murió sólo poco menos que en la miseria, sino en la oscuridad también. Hasta después de su muerte la fama no ha llevado y ensalzado su nombre por el mundo, y esto gracias á su tocayo de usted, Correa. Sin Correa, pocos sabrían hoy quién fué Becquer.

La fama póstuma, además, es muy insegura, vana y disputada. Es insegura, porque el mal gusto ó la indiferencia de una nación para la buena poesía puede durar, y aun ser mayor que en vida, después de la muerte del poeta. En este caso, no tendrá fama póstuma. Es vana, porque el que no fué entendido ni apreciado por el vulgo cuando vivió, menos lo será en otra edad, en otro medio am-

biente, y cuando para penetrar en su espíritu se requieren esfuerzos de segunda vista retrospectiva, y comprender la época, el estado social y la gente en que y para quien el poeta cantaba. Resulta, por lo tanto, que hasta el más glorioso poeta, v. gr., Virgilio, limite su gloria á que suene su nombre en muchos labios, porque le aprenda la gente de oírle á los críticos y eruditos; pero casi nadie lee las *Geórgicas*, y el que se atreve á emprender su lectura se aburre á escape, y toma una novela de Zola ó de Daudet.

La fama póstuma es, por último, muy disputada. Con frecuencia depende de la moda ó del capricho de los críticos. Shakespeare era un bárbaro, en opinión de Moratín. Para Emerson ó para Víctor Hugo es el más prodigioso de los genios; un ser muy superior al resto de los otros seres humanos.

Usted mismo demuestra como nadie lo indeciso, lo disputado de la gloria póstuma de los poetas. Desde Quevedo hasta la aparición del romanticismo, afirma usted que no ha habido poetas en España, ni se ha escrito un solo verso bueno.

Prescindo de la contradicción y hasta de la aparente blasfemia en que usted incurre, al sostener, creyendo muy útil la poesía, que Dios es tan cruel con esta nación, grande, aunque decaída, que la priva de poetas por espacio de doscientos años. De lo que no prescindo es del feroz desenfado con que arroja usted ignominiosamente del Parnaso español á Meléndez, á Fr. Diego González, á Arriaza, á Lista, á Mora, á Gallego, á Vargas Ponce, á los dos Moratines, á Maury, á D. Ramón de la Cruz, á Quintana y á tantos otros.

Por lo que dejo expuesto queda demostrado cuán inútil es la poesía para los poetas mismos. A los citados, poco ó nada les valió en vida; y hasta el título de poetas se les niega en muerte, y no por un profano ignorante, sino por un cofrade ilustre.

Harto sé que se me podrá objetar con aquello de Zorrilla:

«El poeta, en su misión
Sobre la tierra que habita,
Es una planta maldita
Con frutos de bendición.»

Esto es: para el poeta no será útil la poesía, pero es utilísima para los hombres en general.

Aseguro á usted, y con dolor lo digo, que yo miro en torno, y apenas veo hombre ni mujer á quien la poesía importe un bledo, ni la recuerde para nada. ¿Cómo han de ser sus frutos frutos de bendición, cuando pocas personas saben cuáles son y dónde están esos frutos sazonados? Desde Quevedo hasta los románticos, según usted, no hubo cosecha. Luego los hombres, ó no los echaron de menos, ó se contentaron con frutos falsos y contrahechos. España, como si tal cosa, se pasó dos siglos sin poesía.

Eso que usted cuenta de que Clarín ha dicho que usted y yo parecemos tontos ó lo somos, debe de consistir en nuestro empeño de poner á la poesía dentro del predicamento de la utilidad, estimándola en más ó en menos según es más ó menos útil. No sólo la poesía, sino otras mil cosas que no valen tanto, están también por cima de toda utilidad, y por la utilidad ni se miden ni se evalúan. ¿Qué utilidad tuvo la hermosa Elena? Lejos

de ser útil, fué muy dañina, porque causó la guerra de Troya, la muerte de miles de héroes y la destrucción é incendio de la ciudad de Priamo. Y, sin embargo, ¿cómo negar que Elena era hermosa, y que es soberano dón la hermosura? Con la hermosura sucede lo mismo que con la poesía: se deslustra en el instante en que tratamos de utilizarla. Figúrese usted una dama hermosa, que, á fin de no inutilizar esa alta prenda, la emplease en proporcionarse, aunque fuese un ogro, un marido rico, ó traficase con ella por estilo menos sacramental y correcto: ¿daría así esta dama mayor valor á su hermosura?

Nuestra polémica es como si versase sobre la utilidad de los garbanzos, comparada con la de las perlas. Claro está que una perla mediana vale más que muchísimas fanegas de garbanzos; pero la perla no sirve para nada, y los garbanzos se echan en el puchero ó se guisan en potaje, que alimenta muy bien. Los garbanzos, además, no pueden falsificarse, y las perlas sí. Usted afirma que durante dos siglos vivieron los españoles

de poesía falsa, y muchos de los lectores de usted le creerán. Pero dígales usted que vivieron de garbanzos falsos, y no le creerá nadie. A los no inteligentes, y son los más, el mismo efecto les produce cualquier pelotilla de cera y vidrio que la perla más luciente de Ceylán. Fácil, muy fácil es engañarlos; pero, ¿á quién, por tonto que sea, le engañará usted en punto á garbanzos? Ni los loros se dejarán engañar. Todos los garbanzos que comemos ahora, son verdaderos garbanzos, y no habrá crítico, por áspero que sea, que en las edades futuras se atreva á negarlo; pero sí podrá negar que sean verdaderas perlas las de todos los collares que se lucen en el Teatro Real y en los bailes de Madrid; y aun puede que se atreva á negar que sea verdadera poesía toda la poesía de que hoy hacemos gala.

¿Comprende usted ya en qué sentido sostengo yo que la verdadera poesía es inútil? Es inútil, porque está por fuera y por cima de toda utilidad; porque se levanta, independiente de provechos, lucros y ventajas, á una esfera donde

rara vez llega el vulgo de los mortales.

Quiero que conste aquí, para ser consecuente conmigo mismo, que disto infinito de ser pesimista como Leopardi, y que, á fin de sostener mi tesis, no voy hasta el extremo que va él en su tratado sobre la gloria. El público se engaña menos de lo que pudiera creerse, dada su ceguedad, y á veces dispensa la gloria con justicia. En España se nota esto desde la época del romanticismo, y no por el romanticismo, sino porque su aparición coincidió con el renacimiento de la libertad y con el despertar, en nuestra nación, de más altas energías intelectuales. En esto he de confesar á usted que, desde que empezó el segundo tercio de este siglo, llevamos ventaja al período histórico que va desde la muerte de Quevedo hasta el año de 1834. Hasta Quintana y Gallego son más estimados, se hacen más populares y gloriosos, después de 1834, que cuando escribían la admirable Elegía del Dos de Mayo, y la magnífica oda al levantamiento de España contra los franceses. Entonces eran

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

10 de 1625 MONTERREY, MEXICO

más populares y mejor comprendidos por la generalidad Gerardo Lobo, Montoro y el cura de Fruime. En balde exclama Quintana:

«Desenterrad la lira de Tirteo»;

sus versos no valieron, como los del lírico de Grecia, para excitar en la pelea á los guerreros patriotas. Más valieron coplas pedestres y ramplonas y cancioncillas vulgares, que aún he oído yo recitar y cantar á ciertas tías mías, ya viejas hace cuarenta años, que nunca supieron un solo verso de Quintana, y que hasta ignoraban que tal sujeto hubiera florecido.

Lo dicho — bueno es apuntarlo aquí, aunque sea entre paréntesis — corrobora mi opinión sobre la inutilidad de la buena poesía. Es evidente que la de Quintana, cual mágico y sobrenatural conjuro, logró que el Tajo se desbocase desde Aranjuez, y

«Precipitase al mar sus rubias ondas,
Diciendo: ya acabaron los tiranos;»

y logró hacer surgir evocados á los héroes muertos:

«Su divina frente

Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir al Cid su centellante espada;
Y allá sobre los altos Pirineos
Del hijo de Jimena
Animarse los miembros gigantes;»

pero más evidente es aún que todo este raudal de entusiasmo no influyó lo más mínimo en las huestes vivas que peleaban por la independencia, las cuales no oyeron el canto del poeta, ó le oyeron como quien oye llover.

El poeta no fué inspirador de aquel entusiasmo, sino inspirado por él. Le tomó como asunto y como esencia de su canto, y creó una inmortal obra de arte, en que le transmitió á las edades futuras.

Yo, aunque no sea poeta, soy aficionadísimo á la poesía, y no tiro á denigrarla: quiero hacer su elogio; pero no debo, para hacerle, apartarme un ápice de la verdad. Los buenos versos me encantan. Bien sabe usted que los de usted son de

los que más gusto yo entre todos los que ahora se componen. Los he celebrado con sinceridad y con calor, como he podido, y usted no ha quedado descontento de mí, ya que en la edición de París de sus obras poéticas mi crítica va como prólogo. He extrañado, y he sentido por consiguiente, que califique usted nada menos que de ataque personal el que dijese yo de refilón, ó por incidencia, que en los *Pequeños poemas* abundan los *ti-quismiquis filosóficos* y *archisentimentales*. ¿Qué ofensa hay en esto contra el ingenio poético de usted? A mí los discreteos, las sutilezas, la graciosa y alegre melancolía de usted, su humorismo, sus dudas y sus creencias, todo me parece delicioso, y no lo censuro. Y como usted lo sabe, considero lo del ataque personal una broma de usted.

Lo que no es broma es mi repugnancia á creer, á pesar de todo mi amor á los versos, en la virtud docente de los versos, y en que por ellos se abran ni se hayan abierto *nuevos senderos á la errante humanidad*. Tal vez esto pudo ser y fué en las primeras edades del mundo,

cuando como recurso mnemotécnico se apelaba al ritmo, por ser raros los libros, y porque pocos hombres sabían escribir y leer; pero en el día, y desde hace siglos, están muy mudadas las cosas. Es cierto que las sibilas y las pitonisas dictaban en verso sus oráculos; pero estos versos solían ser detestables, y lo que en ellos se enseñaba nada valía tampoco.

Siempre que se ha enseñado algo de muy importante á todo el linaje humano, se ha enseñado en prosa. Moisés todo lo dijo en prosa. Sakiamuni y Mahoma no versificaron. Y cuanto tenemos que pedir á Dios y cuanto de El debemos esperar, nos lo declaró Cristo en prosa en el Sermón de la Montaña. ¿Cómo he de censurar yo que un valiente poeta ponga en verso el Padrenuestro y las Bienaventuranzas, y hasta toda la Biblia? Pero con el artificio y el primor del metro y de la rima perderán autoridad aquellos divinos documentos: serán, si se quiere, la más linda y hechicera obra de arte; pero no una de las bases en que se sostiene y una de las doctrinas que informan la civilización europea.

Claro se ve, pues, que el valor estético de la poesía no se tasa por su utilidad, aun mirada la utilidad en el más alto sentido de la moralidad y de la enseñanza. Si tomásemos por lo serio la poesía docente y moralizadora, sería menester seguir á Platón y expulsar de nuestra república á los poetas. Los poetas, más que guía de los hombres, son en sus versos el trasunto exagerado de las pasiones, de los extravíos y de las preocupaciones de la edad en que viven. Los griegos y los latinos y casi todos los mahometanos, persas y árabes, cantan amores nefandos. Hasta el delicadísimo Virgilio cae en esta abominación en su Égloga II. Los anacreónticos y báquicos, muy á la moda en todas las edades, recomiendan la holganza, y no cesan de aconsejar que se pase la vida con mujeres y en borracheras. Buena estaría la sociedad si siguiésemos tales consejos! La mayoría de nuestros más severos y católicos poetas del siglo XVII pecan por los más opuestos extremos en punto á matrimonio. Para Calderón, por ejemplo, es el modelo de la hidalguía el marido que mata

á su mujer cuando sospecha que le engaña. Para limpiarse la mancha de sufrido, debe, según Calderón, echarse encima la de asesino alevoso. Leyendo á Calderón, nos pasmaríamos de la tremenda severidad de las costumbres de aquel siglo y del recato de las damas y de lo vidrioso de los galanes en puntos de honra, si Quevedo no nos dijese á cada paso que Diego Moreno, que nunca dijo ni malo ni bueno, era un Tetrarca comparado á la mayoría de los maridos de su tiempo, los cuales

«Toman mujeres ya por granjería,
Como toman agujas y alfileres:»

las venden sin tasa, y se burlan de quien
les pone los cuernos,

«Con tal de que les ponga casa y mesa,
Y en la mesa capones y perdices.»

Shakspeare no aplaude á Otelo, pero Calderón ensalza á los maridos parricidas, mientras que nos dice Quevedo de otro que

«fizo un milagro, y fué no ser cornudo.»

¿Qué concepto histórico hemos de formar, ni qué doctrina moral hemos de inferir de todo ello?

Calderón, á veces, dice frases bellísimas. ¿Y cómo no, si era gran poeta? Por ejemplo, hablando de la Cruz:

«El madero soberano,
Iris de paz, que Dios puso
Entre las iras del cielo
Y los pecados del mundo.»

Así nos inspira santa confianza en el signo de nuestra redención y en la infinita misericordia del Altísimo. Pero justo es confesar que algo malea y pervierte esta confianza la enorme cantidad de crímenes, de horrores y de vicios con que, en nuestro antiguo teatro, se manchan los personajes, que por devoción á la Cruz ó por rezar fervorosamente el Rosario, se van al cielo, como suele decirse, calzados y vestidos.

El fanatismo y la intolerancia religiosa sería fácil probar que están encomiados y sobrecitados en nuestro antiguo teatro.

Bellísimo es aquello de

«Al Rey la hacienda y la vida
Se han de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios.»

Maravillosa y enérgicamente afirma aquí el poeta nuestro deber respecto á la patria, á la sociedad ó al Estado, representados por el Rey, á par que deja aparte, no sometidos, exentos de toda ley, libres é independientes, los que, en la moderna fraseología, llamaríamos derechos individuales. Pero, ¿qué idea tan absurda no forman á veces nuestros dramáticos de esos derechos individuales y de ese honor en que se cifran? Sirva de ejemplo Sancho Ortiz de las Roelas, que, si bien cara á cara y en buena lid, mata á su mejor amigo, al hermano de la mujer querida, sólo porque al Rey se le antoja decirle:

«A quien muerte habéis de dar
Es, Sancho, á Bustos Tavera.»

Convengamos en que esto es convertir al caballero en bravo ó matón abomi-

nable. Desde su punto de vista, alguna razón tenía Moratín para decir de los héroes de nuestro antiguo teatro,

«Todos jaques, ninguno caballero
Como mi patria los miró algún día;
No es más que un mentecato pendenciero
El gran Cortés.»

Y digo que Moratín tenía alguna razón desde su punto de vista, aunque no la tiene desde el mío, porque Moratín, como usted, creía que el teatro había de ser *útil*, y cada drama una *lección moral*. Yo, que no creo tal cosa, gusto mucho del drama de Sancho Ortiz, y disculpo y aun aplaudo al poeta. Basta que pinte con arte y con inspiración los lances y catástrofes que ocurren ó pueden ocurrir, en determinada época, y los conflictos que surgen de determinadas ideas y creencias. Suponiendo que Sancho Ortiz creía que el Rey es señor absoluto de todo, y que se le debe obedecer como á Dios, Sancho Ortiz hizo muy bien en matar á su futuro cuñado, por mucho que esto le afligiese. Lo único que para mí queda en duda es la posibilidad de que

desde hace quinientos ó seiscientos años, haya podido haber una sola persona honrada, decente y en su cabal juicio, que se crea obligada á matar á alguien, si no hay guerra, sólo porque el Rey se lo ordene.

En suma, sería cuento de nunca acabar ir citando poesías para demostrar que la belleza estética, fuerza es confesarlo, no depende de lo útil, ni de lo moral, ni de lo honesto. Casi todos los clásicos, griegos y latinos, están cuajados de horribles impurezas. El cristiano poeta Ludovico Ariosto, como le llamaba Cervantes, llega al colmo de lo inmoral y desvergonzado en el *Jocondo* y en *El Perro precioso*. Tal vez no derrame más gracia, más sal, ni más riqueza de imaginación Voltaire, en todos sus demás versos, que las que adornan el infame poema en que cubre de cieno á la virgen heroína, gloria de su patria. Lafontaine es tan poeta ó más poeta que en las fábulas, en sus obscenos cuentecillos.

En la edad presente, los poetas, lejos de enmendarse, han pecado más aún. En nuestra Península, los mejores han sido

los más escandalosos. Extraña moralidad, pongo por caso, la de los versos de Espronceda á Jarifa. Garret, en *Folhas caídas*, nos pinta con vivos colores todas las lascivias, deleites, tormentos y misterios eróticos de sus relaciones criminales.

En Francia, la verdura de Beranger es para aturdir al más despreocupado.

Todo esto, no obstante, es saludable y varonil, físicamente al menos. Cuando nos volvemos á los poetas algo metafísicos, entonces sí que es necesario hacerse cruces y taparse los oídos ó cerrar los ojos. ¿Qué delirio, qué blasfemia, qué impiedad no han cantado? ¿Cómo negar que hay algo del enfermizo, y del demente, y del energúmeno en cada uno de los poetas novísimos, sobre todo si son *satánicos, ó decadentes, ó neuróticos*, según ellos mismos se apellidan? Leopardi reniega de Dios, y le niega, ó le insulta, ó le desprecia, llamándole *feo poder que impera oculto para común daño*; Carducci entona epinicios á Satanás; Baudelaire escribe letanias al demonio; Rollinat aparece más loco y más endiablado

aún; y ahora, fresquito, acaba de surgir otro poeta, llamado Maeterlink, que echa la zancadilla á todos, porque cada uno de sus versos es una pesadilla de fiebre infecta, suscitada por las Furias.

Yo, señor don Ramón, tengo la manga ancha; soy entusiasta de la poesía, y hago la vista gorda, de ordinario. Si hoy, por extraordinario, me muestro severo, es porque usted me obliga á buscar lo útil de la poesía, y á poner en la utilidad su excelencia.

Pero si desistimos de este conato simple de ponderar la poesía y de esta manera estrecha y miope de mirarla, todo se justifica, todo nos parece bien, y, aunque seamos unos Catones cristianos, lo ponemos en salvo todo.

Dios, sin duda, ha creado el Universo, y ha compuesto así el más asombroso poema que podemos imaginar. Hace miles de años que nosotros, los hombres, le leemos, le contemplamos y le estudiamos, admirándole sin comprenderle. No acertamos á juzgarle con fundamento, porque no sabemos cómo empieza ni cómo acaba; ni entendemos su principio,

ni columbramos su término, desenlace y propósito.

Por un lado figuramos en el poema y contribuimos á la acción, como personajes de mayor ó de menor importancia, que éste no es punto para dilucidado aquí de paso; y por otro lado, somos el público, ó parte del público (suponiendo que hay otras inteligencias en otros astros) que lee y deletrea el poema, y procura entenderle y apreciarle. Hay, pues, dos funciones principales en nuestra vida: la práctica, cuando personajes del poema tomamos parte, aunque sea mínima, en su acción, y la teórica, cuando somos público que le contemplamos.

Y esta contemplación no es vana ni estéril. No es vana, porque no se concibe que el grande Autor compusiese obra tan estupenda si no contase con criaturas inteligentes que, según sus grados y fuerzas, la estudiasen y admirasen. Y no es estéril, porque cada una de esas criaturas que contemplan la obra tiene, en pequeño, semejanza con el entendimiento del Autor, y se siente irresistiblemente impulsada á imitarle. De aquí que de

las impresiones que cada cual recibe, forma cada cual un concepto adecuado á su capacidad, y luego lo ordena todo, y así crea á su vez, remedando al Soberano Artífice, un Universo ideal. Y cuando le reviste de forma sensible por medio de la palabra, más briosa, sonante y bella con el ritmo, tenemos lo que se llama la poesía.

Explicada la poesía por medio de esta hipótesis, no se presenta á nuestra mente ni como útil ni como inútil, sino como inevitable y perpetua, mientras el mundo sea mundo, y mientras haya entendimiento que en parte ó en todo le refleje y le conciba. Esta imagen, proyectada fuera de sí por el entendimiento, será la poesía, y el entendimiento será el poeta en su más alta significación.

Siempre hubo, pues, y hay y habrá poesía. La mejor será la que refleje con verdad y exactitud lo que se ve con los ojos del cuerpo y con los ojos del alma, y la que halle en el alma de quien la crée, bastante calor amoroso para encender, iluminar y llenar de vida inmortal ese reflejo. El hombre que logre esto por estilo

eminente, será, como dice Enrique Heine, poeta por la gracia de Dios; soberano irresponsable y absoluto. No hay que pedirle cuenta de nada. A un Dios no se le pide cuenta. El público podrá matarle, pero no juzgarle.

Ya ve usted que yo me exalto y me dejo arrebatado, y sigo á Heine, cuando se trata de los grandes genios; pero ¿cómo he de negar yo que hay muchos poetas amenos, agradables, chistosos, elegantes ó inspirados, sin ser esos genios de primera magnitud? ¿Cómo he de adoptar yo la extraordinaria opinión de usted, considerando útil la poesía y suponiendo en seguida que cada mil años, á lo más, hay un verdadero poeta?

No, señor; siempre hay poetas en abundancia, y nunca faltan algunos que merecen calificarse de buenos. Y en nuestra edad los líricos son en mayor número y mejores que en otras edades. Nos podemos permitir mayor lujo. Vivimos con más desahogo. No tenemos que afanarnos tanto en la vida práctica. Y nos quedan más vagar y holganza para la contemplación.

Cuando yo muchacho, allá en Nápoles, venía á cortarme el pelo y á peinarme un peluquero y barbero muy divertido y dicharachero, que me hacía reír con sus chistes y buenas ocurrencias. Vió un día sobre un velador de mi cuarto *La Divina Comedia*; la hojeó, enarcó las cejas pasmado de tanto verso, y exclamó con sencillez, refiriéndose al Dante: *Questo signore non aveva niente da fare!* Para él la ociosidad no era sólo madre de los vicios, sino también madre de la poesía.

Respecto á la poesía, hasta donde lo permiten mis cortos alcances, me parece que dejo dilucidada la cuestión. Ahora diré algo, para terminar, de lo tocante á la metafísica.

Usted está muy enojado contra los materialistas y positivistas del Ateneo (no Revista, sino sociedad), y aprovecha la ocasión para fulminar contra ellos sus anatemas. Pero ninguno de esos anatemas puede caer sobre mí; ni, perdóneme usted que se lo diga, da fuerza á la tesis que en nuestra controversia usted defiende. Defiende usted en general, lo útil, lo provechoso de la metafísica; y se ex-

trema impugnando y fustigando una singular metafísica, la de Haeckel, no ya como inútil, sino como nociva. Pues que, ¿impugna usted en Haeckel hechos, observaciones, experiencias, datos reunidos por él, para el progreso de la biología ó de otras ciencias naturales? Nada de eso: lo que usted impugna es el sistema, la teoría total, el concepto que él forma del Universo entero, del ser, de la vida, de su desarrollo, de sus causas y de su término. Va usted, pues, si no contra toda la metafísica, contra cierta metafísica determinada. Y como además se infiere que usted no acepta como doctrina sana sino la que afirma y enseña la inmortalidad del alma, la libertad del hombre y la personalidad de Dios, resulta que para usted es doctrina insana, en vez de ser útil, la de aquellos que niegan implícita ó explícitamente todo esto. En esta cuenta entran, si no me equivoco, Espinoza, Schelling, Fichte, Hegel, Schopenhauer, en una palabra, todos los panteístas, materialistas, ateístas, etc., etc. Luego, defendiendo usted la utilidad de la metafísica y de los metafísicos, ape-

nas deja títere con cabeza ni metafísico con vida, ni metafísica que no sea insana, salvo una singular metafísica, ortodoxa, digámoslo así, ó que usted preconiza de ortodoxa, porque no es esta la cuestión, ni yo tengo necesidad de declararme aquí en favor de una metafísica y en contra de otra. Básteme dejar ver á las claras que usted no considera sana, ni útil, ni buena toda metafísica, sino una sola metafísica, en contra de otras muchas metafísicas que hay ó que puede haber, y que son para usted, más apasionado y vehemente que yo, insanas, insufribles y perversas, en vez de ser útiles.

Liberal, partidario del libre examen y aficionado á las discusiones, de seguro que usted, aunque pudiera, no imitaría al despótico emperador Justiniano, arrojando de su imperio á los filósofos; pero, salvo aquellos que creyesen, como usted, en un Dios personal, en la otra vida, etc., etc., á todos los tendría usted, ó los tiene, por perniciosos y vitandolos.

No azuza usted á la policía ni á los es-

birros, pero anima y estimula á don Antonio Valbuena para que salga á campaña contra ellos, en vez de escribir rípios aristocráticos y rípios académicos.

Estas contradicciones en que usted incurre nacen del error que tiene usted sobre la poesía, y que sobre la metafísica se repite; es á saber: de ver ó de buscar en ella una utilidad social, política y casera, ya que para usted hasta en el planchado de las camisas, en el arte de cocinar, y sobre todo en el arte de medrar, de obtener buenos empleos y de asistir á banquetes principescos, interviene la metafísica.

Claro está que, entendidas las cosas de cierto modo, nada hay en que la metafísica no intervenga.

Seamos ortodoxos. Creamos que hay un Dios personal, providente y sabio, que lo llena y penetra todo; para quien lo presente, lo pasado y lo por venir no se suceden, porque vive en la eternidad, y para quien las causas y los efectos se enlazan, no por mero capricho, sino con sujeción á leyes inalterables y á prescritos mandatos, dictados desde la eterni-

dad. Evidente es que, con esta hipótesis, lo mismo la aparición de mil nuevos soles en el espacio ingente, que la destrucción de un imperio poderoso en nuestro planeta, que el desprenderse de la higuera que crece en nuestro corral una breva madura, que la caída de un cabello de la cabeza del último pordiosero, todo está previsto, todo está ordenado, todo está sujeto á la voluntad de Dios, la cual no puede menos de hallarse en perfecto acuerdo con su sabiduría. Si á esto llamamos metafísica, no seré yo quien niegue que hasta lo bien almidonado de una pechera y un almuerzo exquisito en casa de nuestro amigo Cánovas, y todas las cesantías y todos los turriones, estén en relación con la metafísica y dependan de ella.

Pero yo digo y sostengo que hay una legítima é inextinguible aspiración en el hombre á penetrar el secreto de Dios, á participar de su ciencia, y, no sólo á forjarse la imagen ó representación de la totalidad de las cosas, sino á probar que tal imagen es fiel, que lo real coincide con ella, y que todo fenómeno se transfor-

ma, por virtud del pensamiento, en idea clara, donde lo que aparece es lo que es, y donde todo cuanto es aparece, y donde lo que aparece y es no aparece ni está incoherente y aislado, sino en armónica relación con los demás y como suspendido á una cadena de causas, razones y motivos, que suben hasta la causa primera, primer motor y suprema razón de todo. Si llamo á esta aspiración filosofía, en su más puro sentido pitagórico, ó si se quiere metafísica humana, la declaro inútil para honrarla más y no para agraviarla. ¿No sería ridículo y necio aspirar á tanto, pueda ó no humanamente conseguirse, para almorzar mejor, salir muy peripuesto por esas calles, tratarse con magnates, ser uno de ellos, y guardar muchos dineros en la gaveta?

Se cae de su peso, pues, que un metafísico de verdad y no de mentirijilla pone la mira más alta que todos los bienes materiales, honras, provechos y deleites de este mundillo ruin. Cervantes estaba en lo cierto cuando decía:

«Metafísico estás.—Es que no como.»

El hombre que aspira nada menos que á comprender todo lo existente y todo lo posible, con sus causas y sus fines, y á que su sistema ó construcción ideal sea al propio tiempo realísima, lo cual es asemejarse á Dios en cuanto cabe, no puede andar muy preocupado sobre lo que comerá y lo que vestirá y sobre cómo tendrá dineros. El buen metafísico, á semejanza del buen cristiano, será pobre de espíritu para alcanzar su bienaventuranza ó su reino de los cielos. Si todos esos regalos, bajos y vulgares, los posee, y le han sido dados como por añadidura, los poseerá como si no los poseyese; si no los posee, no se le importará de ello un comino; y, sobre todo, no caerá en la tontería de que va á conseguirlos por medio de su metafísica.

Si mi propósito se reduce, por ejemplo, á tener agua del Lozoya para beber ó para lavarme, no soy tan majadero que me encame en busca de ella á los cerros donde nace el río, cuando la tengo en casa y muy á la mano. No menos majadero será quien, á fin de lograr buenos almuerzos, vestir camisas bien plancha-

das y tratarse con señorones, se afane en el estudio de la metafísica. Lo probable es que él se crea más señorón que nadie, aunque no tenga para mandar rezar á un ciego. Diógenes se tenía en más que Alejandro.

Las miras del verdadero metafísico son tan encumbradas, que se quedan muy por bajo todas las comodidades y utilidades, y todo bienestar y desahogo, y hasta las grandezas, resplandores y poder que las demás ciencias y artes proporcionan á veces. De aquí que el verdadero metafísico pueda responder á quien le impugne, como el místico ó el asceta moralista cristiano:

«¿Piensas acaso tú que fué criado
El varón para rayo de la guerra,
Para surcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!
Esta nuestra porción, alta y divina,
Á mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina.»

En persecución, pues, de esos nobles objetos, inflamado en el amor de ellos, el

verdadero filósofo no busca lo demás ni lo desea, y, si no lo tiene, no se apura; y si lo tiene, no se aquieta por su posesión, porque persevera desdeñándolo todo y teniéndolo en menos; por lo cual dije yo del alma de este filósofo, una vez que la quise echar de poeta:

«¿Cómo podrá saciar en el mezquino
Mundo la sed de amor que la devora,
Si en la esfera ideal do su amor vive
La inmensidad del Universo inscribir
Y aunque atrevida el alma consiguiera,
En progreso infinito dilatada,
Sentir en sí la humanidad entera
Y el espacio abarcar de una mirada,
En su alcázar ingente conociera,
Emperatriz y diosa abandonada,
Que aún carecía de su digno empleo,
Que era mayor que todo su deseo.»

Vaya usted, por consiguiente, á convencer á un alma tan soberbia de que el término de sus aspiraciones y estudios será regalar el cuerpecillo en que está envainada, dándole suculentos manjares y revistiéndole de ropajes vistosos.

¿No se desprende de cuanto va expuesto la inutilidad de la metafísica, en el

sentido del párrafo de Aristóteles que ya cité á usted, y del cual todo esto es mero comentario? ¿Injurio yo ni pretendo matar á la metafísica cuando proclamo su inutilidad sublime?

Si los positivistas pretenden matar á la metafísica, ó más bien nuestra inclinación á la metafísica, es á la manera de alguien que, desdeñado y enamorado de una princesa ó reina maravillosa, cuyos favores no esperase lograr, y á quien considerase inasequible, se castrara corporalmente. Pero en el espíritu, cuando es plenamente varonil y entero, no hay instrumento ni recurso que valga para hacer la cómoda y desesperada amputación que los positivistas pretenden.

La aspiración á la metafísica no acaba en nuestros corazones; y ella, la metafísica, es princesa ó reina inmortal que, á semejanza de Circe, favorece de tarde en tarde á algún Ulises; pero con la mayoría de sus amadores hace lo que la Hija del Sol hizo con los compañeros del rey de Itaca, lo cual por sabido se calla.

De aquí que se hayan dicho y se digan tantos disparates filosofando, y que la

filosofía fundamental ó metafísica haya tenido tantos acérrimos enemigos y perseguidores. Cuando apareció en Roma por vez primera con Carneades, que vino de embajador, Catón el Antiguo se enojó mucho de oír filosofar á este embajador tan insólito, y dijo á gritos que Roma perdería el dominio del mundo en cuanto aceptase y honrase la filosofía. No fué el grande Almanzor más propicio á los filósofos, y los arrojó con cajas destempladas de toda la extensión del califato cordobés. Otros príncipes ó gobiernos han favorecido á los filósofos, pero ha sido cuando los filósofos han escrito filosofías á gusto de ellos, ó bien tan hábilmente nebulosas que ellos no han llegado á entenderlas bien. Nuestro rey don Felipe II fué de estos favorecedores de los filósofos; pero ya se guardaron todos de decir á las claras nada que en lo más mínimo se opusiese á las creencias de S. M. Su Majestad los hubiera quemado vivos y se hubiera quedado tan fresco. Y en ello no se hubiera extremado el Rey Prudente por la crueldad ni por la intolerancia, ni hubiera hecho más du-

ro castigo que los que se hicieron en Tolosa de Francia con Vanini, en Ginebra con Servet, y en Roma con Giordano Bruno.

Tales atrocidades, no lo dude usted, nacieron del mismo erróneo y algo pueril concepto, que yo combato, de atribuir á la filosofía especulativa una utilidad práctica é inmediata. Nada más relativo, nada más fluctuante ni más dependiente de la opinión y de los intereses de cada edad y de cada estado social, que lo útil. ¿Cómo valerse de ello para tasar y medir una ciencia que es, ó que aspira á ser, la ciencia de lo absoluto, de lo que no cambia, de la concordancia, ya que no de la identidad del sujeto y del objeto, alzándose así por cima de todo?

Dejemos, pues, que los espíritus se encumbren en su vuelo metafísico, ya desatinen, ya atinen. Y en vez de condenar la filosofía, como hizo Catón Censorino, digamos como el Dios benigno de Goethe, en el *Prólogo en el cielo* del *Fausto*:

«El hombre yerra mientras aspira»

y, en gracia de la aspiración, aplaudamos hasta los yerros, cuando están hábilmente entrelazados y formando juntos una construcción pasmosa y un monumento gigante, donde caben y entran cielo y tierra. Así, por ejemplo, el de Aristóteles en la antigüedad y el de Hegel en nuestros días.

Para llegar á ser un gran metafísico, es menester amar la metafísica con pleno desinterés y por ella sólo; como para ser un gran poeta es menester amar la poesía, y la pura santidad para ser santo. Bellaco, no santo, sería quien aspirase á la santidad por el aliciente de salir haciendo milagros. Con sobrada razón censuraba el famoso Francisco Sánchez á los sabios ó aspirantes á sabios por el provecho: *Omnes, dice, aut ad laudem, aut dignitates, aut divitias: vix unus scientiam amplectitur propter seipsam: sicque tantum quisque laborat solum, quantum sufficiat ad acquirendum finem, non scientiae, sed ambitionis suae.*

La ambición mundana, aplicada á la metafísica, implica además demencia;

porque, aun suponiendo que el hombre puede llegar con el tiempo á adquirir la ciencia fundamental, de suerte que le valga para dominarlo y poseerlo todo, después de haberlo comprendido y como creado otra vez en su mente, esto será dentro de miles de años; se pierde en oscuro y remotísimo porvenir.

Por ahora—y este *por ahora* será muy largo,—la metafísica, que no morirá nunca, por grande que sea el desarrollo de las ciencias experimentales, más atormenta que aprovecha.

Yo, á pesar de las críticas *kantianas*, no he dudado nunca de que la realidad responda al concepto que yo formo de ella por los sentidos; de que lo que conozco es como lo conozco; pero conozco poco, y lo poco que conozco, lo conozco muy someramente, y no sólo fuera de mi conocimiento hay ó debe haber muchísimo, sino que hasta lo que está dentro de mi conocimiento, no está penetrado sustancialmente por mí, sino entendido sólo por algunos accidentes y cualidades superficiales. De aquí que toda metafísica fundada sobre la experiencia, como

hoy la quieren Alfredo Fouillée y otros, me parece ensueño mezquino. Podrá ser maseseología, corona y remate de la enciclopedia, clasificación y unificación sistemática de todo lo humano y sensiblemente conocido; pero lo esencial de la naturaleza y de cuanto hay de inmanente y de trascendente, se quedará fuera de esta ruín y apocada metafísica.

Tampoco soy yo escéptico idealista, sino que doy por firme que mi entendimiento, si bien se diferencia cuantitativamente, no se diferencia cualitativa y esencialmente de cualquier otro entendimiento, aunque sea el increado, á cuya semejanza se formó el de todo hombre. Considero, pues, que en él hay potencia para crear una metafísica, no fundada en lo experimentado, sino superior y anterior á la experiencia, para la cual nos ilustra y capacita.

Y, sin embargo, si yo creo posible esta metafísica, disto infinito de creerla actuada ó escrita. Sólo existen, acaso en borrador y en desorden y sin coordinación dialéctica, más aceptados por fe que por demostraciones, sus primeros y más

rudimentales capítulos, y, como si dijéramos, el proemio.

Si este proemio, que se lee y se estudia mejor en los catecismos de diversas religiones que en los tratados filosóficos, es lo que usted llama metafísica, convengo en su utilidad y aun en su necesidad. En él se fundan las leyes, el orden social, la moralidad, los deberes y los derechos; pero convengamos también en que dicho proemio más se impone por fe que por discurso, más tiene de revelación que de reflexión, y es más espontáneo que razonado. Será metafísica, pero es metafísica precientífica. En cambio, la metafísica de que tratamos aquí, y cuya utilidad niego, es la deseada y no lograda, ó, mejor dicho, la aspiración á lograrla, que es la más noble y divina aspiración que tiene el hombre.

Es más: á mi se me figura que si (como caso portentoso y excepcional) llegase alguién en nuestros días á poseer la metafísica científica y completa, tendría que guardarla para sí y no transmitirla, porque la humanidad aún no está bastante educada, y no lo entendería nadie.

Sería doctrina esotérica, inefable y oculta, que haría poseedor al sabio que la tuviese de todos los misterios, fuerzas y principios de naturaleza, y le habilitaría para mudar de formas, para desprender su espíritu de la prisión corpórea é irse con rapidez más que eléctrica de un extremo del mundo á otro extremo, al través de los espacios intersiderales, y para obrar otros mil, en concepto del vulgo, sobrenaturales prodigios, aunque fuesen actos naturales en él.

Lo que no podría hacer el sabio taumaturgo sería enseñar y divulgar su ciencia. Imitando á San Pablo, tendría que decir á sus adeptos que los alimentaba con leche, y no con manjares sólidos, por ser ellos muy pequeñitos aún y como niños de teta.

Tal vez, en el estado actual de la civilización, ni siquiera haya lenguaje humano en que esta ciencia quepa y se formule y exprese.

La metafísica, lejos de morir decrepita, está en flor. Por eso digo que no es útil. La flor trae deleite subidísimo. La utilidad, muy subida también,

vendrá más tarde, cuando de la flor,

Que nos da en esperanza el fruto cierto,

salga el fruto, y grane y madure, dentro
 acaso de sólo Dios sabe cuántos siglos.
 Por lo pronto, no habiendo metafísica
 granada, ¿cómo quiere usted que sea
 útil?

Proclamándola yo inútil, la reverencio,
 la adoro y hago de ella mayor alabanza
 y defensa que la que hizo el célebre car-
 denal Sadoletto y celebraron Bembo y la
 bella y discreta duquesa de Urbino.

¡Quiera el cielo que el público, que será
 nuestro Bembo y nuestra bella Duquesa,
 nos celebre también, y á mí no me tilde
 de pesador! A fin de evitarlo en lo posi-
 ble, termino aquí esta difusa epístola, y
 con ella nuestra polémica.

NOTAS

..... φανερόν ἐστι διὰ τὸ εἰδέναι τὸ ἐπιτασθαι
 εἰδικόν καὶ οὐ γρησείως τινος ἕνεκεν.

(ARIST.: *Met.*, lib. I., cap. II.)

V.
 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vendrá más tarde, cuando de la flor,

Que nos da en esperanza el fruto cierto,

salga el fruto, y grane y madure, dentro
 acaso de sólo Dios sabe cuántos siglos.
 Por lo pronto, no habiendo metafísica
 granada, ¿cómo quiere usted que sea
 útil?

Proclamándola yo inútil, la reverencio,
 la adoro y hago de ella mayor alabanza
 y defensa que la que hizo el célebre car-
 denal Sadoletto y celebraron Bembo y la
 bella y discreta duquesa de Urbino.

¡Quiera el cielo que el público, que será
 nuestro Bembo y nuestra bella Duquesa,
 nos celebre también, y á mí no me tilde
 de pesador! A fin de evitarlo en lo posi-
 ble, termino aquí esta difusa epístola, y
 con ella nuestra polémica.

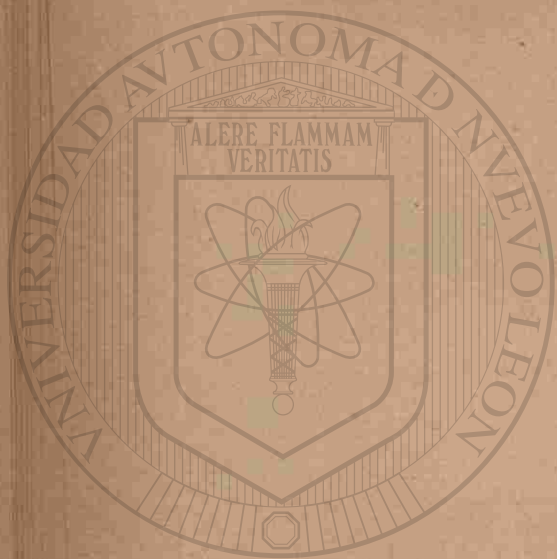
NOTAS

..... φανερόν ἐστι διὰ τὸ εἶδέναι τὸ ἐπιτασθαι
 εἰδικόν καὶ οὐ γρησείως τινος ἕνεκεν.

(ARIST.: *Met.*, lib. I., cap. II.)

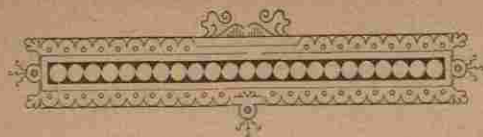
V.
 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

...Y hasta á fundar la metafísica en la experiencia. (Pág. 24.,

Uno de los libros á que aquí se alude es el que se titula *El porvenir de la metafísica fundada sobre la experiencia*. Su autor, Alfredo Fouillée.

Nadie más admirador que yo del saber y del ingenio de los franceses. Paris es una gran fábrica de ideas, donde se inventan muchas; donde otras, de origen extranjero, se pulen, acican y hermocean, de suerte que con más facilidad pueden luego difundirse por el mundo.

Conviene por lo mismo, si bien con el debido respeto, estar prevenidos y no aceptar ideas porque se hayan inventado ó estén de moda en Paris.

En estos últimos años nos han impuesto la *novela experimental*. Yo temo que nos impongan también la

metafísica experimental, que se me antoja más extravagante impostura.

Es indudable que, si llegásemos á conocer por experiencia cuanto hay que conocer en cada cosa, y no quedase cosa que no conociésemos así, y conociésemos además la trabazón, encadenamiento y orden en que están todas ellas en la sucesión del tiempo y en la extensión, entendiéndonos además lo que esta extensión y lo que este tiempo son en sí, si en sí son algo, sin duda lo sabríamos todo. ¿Qué mejor metafísica entonces? Pero sería necesario demostrar experimentalmente que este conocimiento era total, y que era del único modo que puede ser, y no sospechar siquiera que otros seres inteligentes lo entendieran de distinto modo, y no dudar de si había ó no algo *incognoscible* fuera de nuestro conocimiento, ó no afirmar que lo había.

Como conocerlo todo y demostrarlo experimentalmente es imposible, la metafísica experimental cierta es imposible. Pero, ¿será posible una metafísica experimental hipotética?

Imaginemos una hipótesis que nos lo explique todo: que por todas las experiencias y observaciones que vayamos haciendo se verifique y se confirme. Esta hipótesis se debe presumir que es la verdad, y tal puede ser el número de experiencias que hagamos para su comprobación, que los indicios de que es la verdad rayen en certidumbre.

Esto no tiene más que un inconveniente, pero no es flojo. Consiste en un trueque de papeles. Una hipótesis ó una tesis puramente metafísica no se somete, á mi ver, á ser comprobada por la experiencia. La experiencia es la que se somete á la tesis ó á la hipótesis, y la hipótesis ó la tesis metafísica la invalida ó la revalida.

Las matemáticas no son metafísica; pero están entre ella y las ciencias de observación y experimentales. Nada experimental es prueba de la verdad matemática. La verdad matemática es la que prueba lo experimental.

Tomemos, por ejemplo, algo sencillo y de los rudimentos: que $8 + 5 + 7 = 20$. Hay tres personas obligadas á poner en una alcancía, una ocho, otra cinco, y otra siete monedas. Las ponen, se rompe la alcancía y nos encontramos con 19 monedas. Vuelven á hacer en otra alcancía la misma operación. La rompemos y sacamos 21 monedas. Sin duda la primera vez una de las tres personas se guardó una de las monedas. Acaso la segunda vez esa misma persona tuvo remordimientos y echó en la hucha una moneda más de las que debía echar. En fin, el caso se podrá explicar de mil modos; pero nadie, como no esté loco de remate, negará que $8 + 5 + 7 = 20$.

Acudamos á un ejemplo de tesis ó de hipótesis puramente metafísica, y ocurrirá lo mismo. Hay Dios que gobierna y mantiene el Universo, y es absurdo creer que por capricho irracional y sin motivo bastante, trastorna las leyes que á este Universo ha dado. En París mismo, centro de la civilización, sale un hombre haciendo un milagro colosal. Para que Ernesto Renan quede complacido, se reúne un Congreso de químicos y físicos y se les manda que examinen el milagro. Yo sostengo la posibilidad de que todos estos químicos y físicos se devanen en balde los sesos y no atinen á explicar el modo natural con que el milagro se ha hecho. ¿Hemos de afirmar por eso que fué sobrenatural y verdadero milagro el milagro? ¿Acaso los sabios de París han fijado ya los límites entre lo que es natural y lo

que no lo es? Luego, aunque nadie nos explique cómo naturalmente el milagro se hizo, podremos seguir creyendo, fundados en la antedicha tesis metafísica, que no hubo milagro alguno. La experiencia fué, pues, impertinente y casi inútil, á no ser que los químicos y los físicos repitan el milagro ó expliquen cómo se hizo, con lo cual nada añadirán ni quitarán á la tesis metafísica. Lo más que obtendrán será dar una desazón á los devotos y desenmascarar al astuto milagrero, y desautorizarle á los ojos del ignorante vulgo.

Sostiene el Sr. Fouillée que las ciencias experimentales, por eliminación al menos, influyen en la metafísica, destruyendo los sistemas que las contradicen. Pero aquí, en mi sentir, padece una equivocación el Sr. Fouillée. La experiencia podrá desacreditar un versículo de la Biblia, ó, mejor dicho la interpretación sobrado literal que se le daba; pero no desacredita ni corrobora una verdad puramente metafísica. La experiencia, la observación, el estudio de la naturaleza, podrá llevarnos á probar, por ejemplo, que Dios no creó en tal día al hombre, sacándole de la tierra inmediatamente y luego sacando del hombre á la mujer, etcétera, etc. Pero todo esto, con los pormenores poéticos de expresión, no es metafísica ni es dogma religioso ó artículo de fe. En cambio, la ciencia experimental no probará nunca que Dios no creó al hombre y no le dotó de un principio superior al de los otros animales.

Asegura el Sr. Fouillée que la ciencia experimental elimina de la religión, de la teodicea ó de la metafísica, las creencias antropomórficas, como los celos, la cólera, la venganza eterna de Dios. No veo en qué se funda el Sr. Fouillée para sostener tal cosa. ¿Con qué experiencia ó con qué observación se ha venido á probar

que Dios no se enoja y que Dios no castiga? Y en lo antropomórfico, aún es más chistoso el poder eliminador de las ciencias experimentales. El que Dios sea personal ó no lo sea es tesis puramente metafísica y no física ni química. Y si Dios es persona, ¿cómo nos le hemos de representar sino antropomórficamente? ¿Conocemos acaso á más personas que á las humanas? Tan antropomórfica es la idea de un bárbaro, para quien la venganza es virtud, más sublime mientras más feroz, que se representa á Dios castigando á quien le ofende con horribles y eternas penas, como la idea del más refinado y culto filántropo, que castiga sólo para bien y educación del delincuente, que no piensa sino en indultos y amnistias, y para quien Dios no tiene infierno, sino todo lo más purgatorio, estabecimiento penitenciario ó cárcel-modelo, de donde hasta los demonios han de salir al fin purificados y limpios como el oro. Ambos conceptos de Dios son antropomórficos. Desde el momento en que metafísicamente se afirma un Dios personal, todo concepto de Dios tiene que serlo, aunque elevando á una potencia infinita ó á la perfección cuanto en el hombre nos parece bien, y propendiendo á esa perfección y plenitud que nos falta y á que aspiramos.

Es evidente que en el concepto humano de Dios cabe progreso. Dios, no en realidad, pero sí en nuestra idea, adelanta, gana, está en un perpetuo llegar á ser. Pero ¿se debe acaso esta ganancia, esta mejora del concepto, á las ciencias experimentales?

Rotundamente no se puede negar algún influjo en la filosofía al conocimiento experimental del mundo visible. Parece de sentido común que mientras más cosas conozcamos, y las conozcamos mejor, con más tino

filosofaremos. De sentido común es también que un sordomudo y ciego de nacimiento jamás filosofará. Pero, por otra parte, si examinamos la historia, vemos que el progreso de la filosofía primera ó metafísica, rara vez va de acuerdo con el de las ciencias experimentales. Pocas y harto equivocadas noticias del Universo visible tenían, por ejemplo, los sabios de la Escuela de Elea. Cualquiera chicuelo de ocho ó diez años se burlaría hoy de la manera infantil con que ellos se figuraban los fenómenos. Y, sin embargo, ellos planteaban diestra y profundamente los más áridos problemas metafísicos. Los filósofos del día no se burlan de ellos; no los recuerdan como los primeros atisbos y tanteos de la ciencia, sino que los admiran, los comentan, y tal vez en algo los imitan ó siguen.

En el siglo XVIII Francia está á la cabeza de la civilización. Las ciencias experimentales han adelantado muchísimo. Galileo, Copérnico, Keplero, Newton, han vivido ya y han escrito. Los enciclopedistas conquistan casi el mundo. No hay quien no los admire. Voltaire, sobre todo, es un encanto por su chiste, por su gracia, por lo natural y elegante del estilo. Pero ¿la metafísica francesa de entonces podía ser más ramp'ona, más superficial ni más enteca? ¿No carece de brío y de ingenio hasta para negarse á sí misma? ¿Vale toda ella lo que vale la de San Anselmo, concebida y escrita en medio de la barbarie tenebrosa del siglo XI? Como yo no he de convertir en disertación ó en libro una nota, no aduzco aquí otras mil razones en contra de la metafísica fundada en la experiencia. Basta lo dicho para presumir que todo *monismo experimental*, ó es una pamema, ó apenas se funda en experiencia, sino en meditación dialécticamente anterior y superior, ó se

reduce á una clasificación sistemática, más ó menos acertada, de las ciencias experimentales.

No es esto negar que el sistema de las *ideas-fuerzas*, por ejemplo, obra del Sr. Fouillée, que se anuncia y no sé si se ha publicado á estas horas, sea un ingenioso y divertido cuento fantástico. No falta hoy en España quien los componga por el estío, y de no corto mérito. Así, v. gr., yo confieso que me ha entretenido é interesado mucho la *Filosofía de lo maravilloso positivo*, de D. Estanislao Sánchez Calvo. En cifra y en resumen, saco yo en c'aro de la tal filosofía que la idea que nos formamos del mundo puede ser por *sugestión universal*. ¿Y quién se divierte en sugerirnos dicha idea? El Inconciente. ¿Y quién es el Inconciente? Un Señor á quien no conocemos, pero que no por eso está probado que él no se conozca. Si este Señor es Dios, á mí me asalta un escrúpulo. ¿Es digno y propio de la majestad divina el embromarnos y tomarnos el pelo, como vulgarmente se dice, con sus interminables fantasmagorías?

Según decía Rubí,

«En esta tierra de España
Hay para todo salida.»

y mi escrúpulo la tiene.

Nuestro *sugestionador universal* no es Dios; es un hombre ó un ser inteligente, ó son varios hombres ó seres inteligentes de otros astros, donde están mil veces más adelantados que en esta pelotilla de cieno en que vivimos, al cual ser ó á los cuales seres servimos de juguete, sometiéndonos á sus sugestiones.

Pero nuestro sugestionador no se crea ni se suges-

tiona él mismo. Hay, pues, otro ser superior que le sugestiona. Y así, de ser en ser, de sugestión en sugestión, y de sugestionador en sugestionador, vendremos á parar en lo que llama el Sr. Sánchez Calvo la última hipótesis: Dios. Pero esta última hipótesis, ¿no podrá ser también sugestionada? Triste sería, por librarnos del materialismo, caer en un idealismo tan absurdo: dudar del mundo y hasta negarle para afirmar á Dios, y quedarnos sin Dios y sin mundo. Triste sería que las conquistas de las ciencias experimentales, por el empeño de que se transformasen en metafísica, sirviesen de base al ateísmo y al acosmismo, y en último resultado, á la declaración de que nada se sabe de seguro ni es posible que se sepa.

A la misma señora Blavastki la han iniciado un poquito, y nada más. (Página 25.)

Es evidente que la señora Blavastki no sabe ni la décima parte de lo que sabe el reverendo Mahatma Koot-Hoomi, á quien dedica Sinnett su obra titulada *El mundo oculto*.

Confieso que no he leído aún el libro de la señora Blavastki, titulado *Isis sin velo*; pero he leído el libro

de su discípulo Sinnett, *El budismo esotérico*, y me parece que ellos no saben lo que sabe cualquier mahatma, y que, aun de lo que saben, se callan mucho y nos dejan á media miel. Si no fuese así, si todo lo divulgasen, la iniciación sería inútil.

Las sociedades teosóficas, que, por influjo en gran parte de la señora Blavastki y de su discípulo el coronel americano Olcott, se han fundado por todo el mundo y pasan en el día de 200, no son para meterse en ellas y salir sabio de mogollón y á escape, sino para trabajar mucho, prepararse, mortificarse, purificarse y lograr al cabo el primer grado de iniciación, ó cosa así.

De todos modos, se hace activa propaganda de esta teosofía, y ya en España, uno que modestamente firma Nemo, ha publicado dos folletos sobre ella. Fuera de España, se publican varias Revistas para difundir dicha doctrina. Las más importantes son: en París, *El loto azul*; en Londres, *Lucifer*, dirigido por la señora Blavastki; y en Madras (India), *El Teosofista*, dirigido por Olcott.

De los libros de esta ciencia, ó lo que sea, importada de Asia en América y en Europa, se puede ya formar larga lista. Los que más atraen la atención son: *La doctrina secreta*, *La luz en el sendero*, *El idilio del loto blanco*, *La llave de la teosofía* y *Por las puertas de oro*.

En Inglaterra, un egregio poeta, Edwin Arnold, y un aristocrático novelista, lord Lytton, se han dejado influir por esta doctrina y han escrito: el primero, *La luz de Asia*, poema, y el segundo, *Zanoni*, *La raza futura*, y otras novelas.

Aun tomando todo esto muy por lo serio, hemos de confesar que, más que metafísica racional, es un cona-

to de nueva religión, ó de oculto misticismo, donde el éxtasis, la teurgia y la magia blanca obran más que el discurso.

El *credo* de los teósofos es, á lo que yo entiendo, muy vago hasta ahora. Todo, por lo visto, cabe dentro de la tal teosofía. Nemo, en el folleto que lleva por título el nombre de dicha ciencia (folleto que no parece ser más que la traducción de ciertos artículos publicados en Bombay por un señor Tukaram Fatya, que por el nombre presumo sea un indio), afirma en un lugar que es indudable la existencia del Paramatma; y en otro lugar, afirma que la teosofía es «la plataforma sobre la cual los profesores de todos los sistemas, ya sean ortodoxos, ya heterodoxos, materialistas ó ateos, pueden permanecer con igualdad, sin que entre ellos se susciten conflictos.» Ancha base tiene, pues, la tal plataforma ó teosofía, donde caben hasta los que niegan á Dios. No obstante, algo de afirmativo, y en que todos ó los más convengan, ha de haber en la teosofía; pero, ¿saben este algo afirmativo las personas no iniciadas? ¿Pueden las iniciadas revelar al vulgo un poquito de ese algo?

Un poquito, sí; pero nada más que un poquito: una chispa sólo, con relación á la inmensidad de la ciencia.

Buda, Zoroastro, Orfeo, Pitágoras, Confucio, Sócrates y Ammonio Saccas, fueron iniciados; pero se callaron los misterios que sólo se revelan después de la más elevada iniciación ó *diksha*. El que conoce estos misterios, dice el sabio pandit Swami Dayanund Saraswati, conoce el espíritu del Universo y las propiedades ocultas de las cosas, y se apodera de la llave de los milagros, y ve y oye lo que quiere, y se va volando adonde se le antoja.

Como quiera que sea, yo ni en cifra puedo poner aquí la doctrina de los *mahatmas* divulgada hasta ahora por Sinnett. Diré algo, sólo para excitar la curiosidad.

En el hombre hay que considerar siete prendas, que no todos poseen, sino los perfectos. Son estas siete prendas: *rupa*, cuerpo terrenal; *prana*, principio de vida; *linga sharira*, forma astral; *kama rupa*, alma animal; *manas*, alma humana; *buddhi*, alma espiritual; y *atma*, espíritu.

Todos los hombres tienen *rupa*, *prana*, *linga sharira* y *kama rupa*; pero *manas* tienen pocos; *buddhi*, poquisimos, y *atma*, casi ninguno. El progreso consiste en que se vaya generalizando entre los hombres el poseer las siete prendas. *Manas*, ó el alma racional, es donde está la memoria, la voluntad y el entendimiento. Cuando *manas* se educa y se va mejorando, llega primero á sujetar, refrenar y dirigir á *kama rupa*, que es donde están los apetitos bestiales, y, ya más educada, gobierna también á *linga sharira*, ó forma astral, que es el espectro, el cuerpo etéreo, el fantasma de nuestro ser, al cual enviamos adonde queremos, apareciéndonos y haciendo creer en nuestra ubicuidad, como hacían Apolonio de Tiana y otros.

Más adelante, y educándose más *manas*, y llegando á más alto grado de iniciación, adquirimos el sexto principio ó *buddhi*. Entonces ya somos sabios y disponemos de la naturaleza, cuyas leyes misteriosas conocemos. Nos metemos, si se nos ocurre, en el hueco de una cáscara de avellana; nos filtramos, á través de las más espesas y sólidas murallas; oímos sin teléfono á mil leguas de distancia; vemos lo que queremos ver, y trasponemos por esos espacios intersidérales á visi-

tar los astros más remotos, como hicieron Swedenborg y otros varios.

Por último, *buddhi* va subiendo, y enriqueciéndose de sabiduría, logra desechar de sí todo dolor, todo deseo, todo vulgar y egoísta propósito, y adquiere el *atma*. Pero como el *atma* es la raíz, el ápice de la mente, el abismo en que toda se unimisma, al tener *atma* llegamos al *nirvana*.

¿Qué es el *nirvana*? Los teósofos, el ocultismo, la doctrina esotérica, quizá lo expliquen de otro modo, dando a Dios personalidad. Según el Catecismo budista, publicado en inglés por Olcott y aprobado y recomendado por Sumangala, Gran Sacerdote de Sripada y Rector del Colegio de Widyodaya, esto es, según la doctrina budista ortodoxa y popular, Dios personal no existe: «Es, dice el extraño Catecismo, una sombra gigantesca lanzada en el vacío por la imaginación de los ignorantes.»

Desconsolador es tener que decirlo, pero viene a cuento para dar a Campoamor nueva prueba de la inutilidad de la metafísica, de la inutilidad de los esfuerzos de la razón humana, por sí sola, para descubrir la verdad trascendente. Aun suponiendo que en nuestro planeta hay en el día 1.500 millones de almas, como 500 millones son budistas, tendremos que la tercera parte del género humano es atea.

Esto no impide el milagro, pero entre los budistas nada hay sobrenatural. El milagro es natural, aunque raro. Pocos son los hombres que le hacen. Pero el que llega a tener *buddhi* hace el milagro naturalmente, como nosotros nos paseamos ó componemos unas coplas: sin el menor esfuerzo.

La potencia de hacer milagros se nombra *iddhi* y *iddhi*.

nana, y es de dos modos: una más vulgar, *lanhika*, que se vale de medios externos; y otra superior, *lokothra*, que se adquiere por el interior desenvolvimiento de nuestro ser.

El que tiene *lokothra*, según el Catecismo á que me refiero, muda á su placer de forma y de lugar, sabe lo posible y lo imposible, descubre las causas del mérito y del demérito, lee los pensamientos de todos los seres, disipa las ilusiones de los sentidos, suprime los deseos, distingue los nacimientos y renacimientos de los individuos, y conoce mil cosas más que no pongo aquí por no ser prolijo.

Esto y más hizo Sakiamuni, que llegó á ser *Budha*; esto es, hombre perfectísimo, pero no más que hombre. Nada hubo de sobrenatural en él, ni nada hay de sobrenatural en nadie. Todo es natural. No hay revelación ni inspiración que venga de fuera. La sabiduría, los milagros, las Escrituras Sagradas de los budistas, todo es resultado natural del interno desenvolvimiento de la persona que las obra y que las escribe.

Para que haya un *Budha* es menester circunstancias extraordinarias, que sólo se dan de miles á miles de años; pero siempre hay *mahatma* ó *arahates*, esto es, sabios que hacen todos los referidos prodigios y llegan por fin al *nirvana*.

La ley del progreso, la marcha total del mundo, es la evolución, de la cual han entrevisto algo en Europa Darwin y Haeckel. El *nirvana* es el término de la evolución, así en cada individuo como en todas las cosas. La filosofía de Schopenhauer es un atisbo y remedo de la de *Budha*. El fin del progreso, la última perfección, el *nirvana*, es la nada: cesación de cambios y mudanzas; reposo absoluto; ausencia de deseo, de ilusión y de

tristeza; olvido de todo, y seguridad de que no se volverá á nacer, porque se extingue la voluntad, el necio prurito de vida.

Suponiendo á todos los seres humanos, que viven en los mundos todos que forman el Universo, llegados al *nirvana*, el Universo se aniquilaría: se disiparía como una pesadilla horrible.

Esto es lo que se saca en claro del Catecismo de Olcott, aprobado por el gran sacerdote Sumangala.

El budismo esotérico debiera darnos, pero no nos da, más esperanza, por donde induce á creer que la meta de la carrera del linaje humano y de todo ser inteligente, es el *totalicidio*.

Aun antes de llegar á la muerte final y ya sin renacimiento, tenemos que caminar mucho. Cada uno de nosotros, como no logre el *nirvana*, ha de tener por lo menos 343 vidas ó encarnaciones, ó sea la tercera potencia ó el cubo de siete. Entre vida y vida pasan á veces miles de años, durante los cuales el individuo, la persona, ó lo que permanece de nosotros, harto confusamente explicado, vive en *derachan*, cosa difícil de explicar también, aunque Sinnett se esfuerza por explicarla.

En suma, todo en la naturaleza está divinamente ordenado y camina á un fin de justicia y de perfección. Y sin embargo, el budismo, exotérico y esotérico, no ve, no reconoce ordenador, guía, legislador ó juez. El hombre mismo, como último término de su ascensión, no hacia el bien, sino hacia la supresión del mal, llega á ser como Dios; pero Dios no hay para los budistas, y el hombre llega á ser como nada. El Universo, dicen, no tiene límites ni fin, y es necedad del pensamiento suponer algo fuera ó más allá; esto es, que no esté dentro de lo ilimitado y de lo infinito.

Sobre si los budistas creen ó no en Dios, y sobre la verdadera significación del *nirvana*, se ha discutido bastante. Con los libros que en Europa se han escrito sobre el budismo, se puede llenar un estante. Los autores más considerados son: Spence Hardy, Lassen, Burnouf, Barthélemy Saint-Hilaire, Koeppen, Wassiliew, Westgaard, etc., sin contar los autores que tratan extensamente del budismo en obras de asunto más general, como Bunsen, Max Müller y Freeman Clarke.

Consultados estos autores, bien podemos afirmar, sin ser tildados de calumniadores, que el budismo es ateo. No cree en Dios ni en bien positivo. Cree solo y espera en un bien negativo: en la supresión del mal; en la muerte. En el budismo esotérico de Sinnett he buscado en balde otra menos desconsoladora creencia. Y lo peor es que este pesimismo espantoso, esta adoración de la muerte como supremo ideal y último término de nuestras aspiraciones, se va difundiendo por Europa y reflejándose en la poesía. Lecomte de Lisle da prueba de ello en Francia; y entre los portugueses, el elegantísimo poeta Antero de Quental.

La cruel doctrina tiene además la contra de que mata el amor. Los hombres, ruines, miserables y desdichados, infundirán piedad ó compasión; pero amor no infunden. No habiendo Dios, soberanamente amable, el amor no tiene fin ni objeto soberano, y el amor muere. Ni amamos á Dios, porque no le hay, ni al prójimo, porque su amabilidad, su dignidad y su hermosura, se fundan en Dios y en el amor de Dios. La caridad, la filantropía, se convierten en un instinto ciego que llaman *altruismo*. La muerte y el amor resultan hermanos, como en los versos de Leopardi y en la *Thanatologia* de Feuerbach.

A todo lo expuesto, responderán acaso los teósofos lo que Fausto á Margarita: «¿Quién se atreve á nombrarle y á decir creo en Él? ¿Quién se atreve á negarle y se aventura á afirmar que en Él no cree?»

En tal disposición de ánimo deben de estar todas esas Sociedades teosóficas que se han establecido por el mundo, y que Nemo, en su folleto, quiere establecer en España. Hasta hoy, ni con budismo esotérico, ni sin él, han hallado á Dios; pero le andan buscando por la ciencia.

El propósito es excelente, y nos da una prueba más de que la metafísica está por hacer, y de que es una aspiración inmortal, que podrá lograrse, pero que aún no se ha logrado.

Entretanto, lo que no nos da el raciocinio y la ciencia, nos lo da la fe y la creencia, y hasta nos lo da la ciencia de dos modos indirectos: 1.º Probando lo absurdo de toda doctrina que implique la negación de Dios. Y 2.º, probando, por medio de otra nueva ciencia, que llaman *Ciencia de las religiones* ó *Teología comparativa*, que el cristianismo es la religión perfecta, la religión definitiva de la humanidad.

Brillantes apologías del cristianismo se han escrito en estos últimos años. En la misma España, á pesar de la decadencia de que por dicha vamos levantándonos, han escrito Balmes, el padre Mir, el reverendo Lasagabaster, y otros; pero nada de ellos citaremos. Citaremos, en corroboración de lo que hemos dicho, las elocuentes frases con que el angloamericano Freeman Clarke pone término á su magnífica obra de *Teología comparativa*, donde estudia y examina y juzga todas las religiones:

«La reconciliación, dice, de verdades antagonistas y de opuestas tendencias que la filosofía ha procurado

siempre en balde, teóricamente, el Cristianismo la ha logrado en la práctica. El Cristianismo crea de continuo, por la profundidad de su vida, la fe práctica en Dios, como ley al par que amor; en el hombre, como ser libre al par que providencialmente guiado. Nos presenta á Dios como unidad y variedad, dando sustancia y forma al mundo. Reconoce la realidad del mal y produce, no obstante, fe tan poderosa en el bien, que vence al mal y le domina. En la vida social reconcilia la autoridad de la ley humana con la libertad de la acción individual y del pensamiento. En los buenos Gobiernos cristianos se halla todo el orden que puede garantizar el despotismo con toda la libertad á que puede aspirar una democracia. La civilización cristiana es un *pleroma*: plenitud de concordia, armonía de muchas partes. La armonía dista mucho aún de ser completa, porque el milenio no ha llegado. Los rasgos más marcados del cristianismo son ya, cantidad, poder, variedad y abundancia, pero no son aún cooperación, paz, unión y armonía. Las potencias se han desenvuelto, pero no se han armonizado aún. La espada no se transformó aún en arado; la paz universal y perpetua no se proclamó aún; pero á ella nos guía y nos impele la inevitable inclinación de las cosas. Al compás que la ciencia se difunde, que se aumenta la riqueza y que la fuerza moral del mundo crece y se extiende, la ley se sobrepone más á la violencia. Los hombres ya no llevan espadas al cinto para defenderse. Los defiende la policía. Las ciudades no están ya cercadas de altos muros ni ocupadas por guerreros dispuestos á resistir cualquier ataque. Todas reposan en los brazos pacíficos de la ley que la nación se impone. Aún luchan los pueblos unos contra otros; pero se acercan los tiempos

en que el derecho internacional, el parlamento del mundo, la confederación de la Humanidad, reemplazarán los ejércitos permanentes y las naves revestidas de acero. La interna guerra social debe también acabar, más pronto ó más tarde. El pauperismo y el crimen serán tratados según el método cristiano. Los criminales serán reformados. El castigo se impondrá con este piadoso propósito. La cooperación en la industria y en el comercio sucederá á la competencia. Conocidos son los principios por cuya virtud han de obtenerse tales resultados: la dificultad que aún queda que vencer sólo en la aplicación estriba. Cayó la esclavitud y se allanó un gran obstáculo para el progreso. Los otros males de la sociedad serán pronto combatidos, y uno en pos de otro se irán también destruyendo. El Cristianismo se hace más práctico cada día, y su aplicación al vivir de las gentes crece en vigor y en tino. Ley de la vida humana es que el desarrollo de las diferencias preceda á la reconciliación. La variedad está antes de la armonía; el análisis prepara la síntesis; á la unión se anticipa la oposición. El Cristianismo, cual poderoso estímulo, aplicado á la mente del hombre, desenvuelve, primero, todas las energías é inclinaciones del alma; pero después su suave influjo en los corazones las reconcilia todas. Cristo es el Príncipe de la Paz. Cristo vino á poner paz entre el hombre y Dios; entre hombre y hombre; entre la ley y el amor; entre la razón y la fe; entre la libertad y el orden; entre la conservación y el progreso; y aunque nos trajo al principio la espada, nos envió después el ramo de oliva. La unidad universal es el objeto y el fin del Cristianismo.»

Si hemos de compartir las hermosas esperanzas del Sr. Freeman Clarke, se ve que, no por obra de los

mahatmas, ni por utilizar la metafísica de nadie, sino por virtud de una religión, llegará pronto la humanidad, tal vez dentro de poco más de un siglo, que será el milenio, á una situación brillante, pacífica y dichosa. Mas no por eso ha de extinguirse en los hombres el deseo de explicárselo todo racionalmente y por sus causas. Entonces, pues, con más reposo y holgura los hombres tal vez se dediquen á la metafísica, acierten al fin, y ya con buena, sana y verdadera metafísica, la utilicen, y sean aún más felices y más dignos.

III

¿Quién soy yo? ¿Quién es Dios? ¿Cómo Dios y yo seremos una misma cosa? (Página 27.)

Son palabras de San Buenaventura, que pueden y deben entenderse en varios sentidos; pero que, según todos ellos, nos ofrecen sólo una aspiración á la metafísica-ciencia, y no su realidad.

Para responder á las tres preguntas, para cumplir los tres puntos y subir los tres grados, no basta el natural discurso. Según todos los místicos cristianos, se necesitan la fe y las obras. *¿Quién soy yo?* no significa sólo el conocimiento de sí mismo, una psicología sutil

en que el derecho internacional, el parlamento del mundo, la confederación de la Humanidad, reemplazarán los ejércitos permanentes y las naves revestidas de acero. La interna guerra social debe también acabar, más pronto ó más tarde. El pauperismo y el crimen serán tratados según el método cristiano. Los criminales serán reformados. El castigo se impondrá con este piadoso propósito. La cooperación en la industria y en el comercio sucederá á la competencia. Conocidos son los principios por cuya virtud han de obtenerse tales resultados: la dificultad que aún queda que vencer sólo en la aplicación estriba. Cayó la esclavitud y se allanó un gran obstáculo para el progreso. Los otros males de la sociedad serán pronto combatidos, y uno en pos de otro se irán también destruyendo. El Cristianismo se hace más práctico cada día, y su aplicación al vivir de las gentes crece en vigor y en tino. Ley de la vida humana es que el desarrollo de las diferencias preceda á la reconciliación. La variedad está antes de la armonía; el análisis prepara la síntesis; á la unión se anticipa la oposición. El Cristianismo, cual poderoso estímulo, aplicado á la mente del hombre, desenvuelve, primero, todas las energías é inclinaciones del alma; pero después su suave influjo en los corazones las reconcilia todas. Cristo es el Príncipe de la Paz. Cristo vino á poner paz entre el hombre y Dios; entre hombre y hombre; entre la ley y el amor; entre la razón y la fe; entre la libertad y el orden; entre la conservación y el progreso; y aunque nos trajo al principio la espada, nos envió después el ramo de oliva. La unidad universal es el objeto y el fin del Cristianismo.»

Si hemos de compartir las hermosas esperanzas del Sr. Freeman Clarke, se ve que, no por obra de los

mahatmas, ni por utilizar la metafísica de nadie, sino por virtud de una religión, llegará pronto la humanidad, tal vez dentro de poco más de un siglo, que será el milenio, á una situación brillante, pacífica y dichosa. Mas no por eso ha de extinguirse en los hombres el deseo de explicárselo todo racionalmente y por sus causas. Entonces, pues, con más reposo y holgura los hombres tal vez se dediquen á la metafísica, acierten al fin, y ya con buena, sana y verdadera metafísica, la utilicen, y sean aún más felices y más dignos.

III

¿Quién soy yo? ¿Quién es Dios? ¿Cómo Dios y yo seremos una misma cosa?
(Página 27.)

Son palabras de San Buenaventura, que pueden y deben entenderse en varios sentidos; pero que, según todos ellos, nos ofrecen sólo una aspiración á la metafísica-ciencia, y no su realidad.

Para responder á las tres preguntas, para cumplir los tres puntos y subir los tres grados, no basta el natural discurso. Según todos los místicos cristianos, se necesitan la fe y las obras. *¿Quién soy yo?* no significa sólo el conocimiento de sí mismo, una psicología sutil

y honda, sino el empleo y ejercicio de la voluntad para limpiar el alma y crear en ella la pureza. ¿Quién es Dios? significa la luz, que el alma, ya purificada, columbra allá en su íntimo centro, y que se le aparece como sumo bien, atrayéndola á sí, y encendiendo en ella el amor. Y *¿cómo Dios y yo seremos una misma cosa?* significa la obra de ese amor, cuyo último y supremo término es la unión de Dios y del alma.

Esta unión se realiza en el centro íntimo de que ya hemos hablado, el cual, según los místicos, es más alto que la inmensidad de los cielos, más hondo que el abismo, y más ancho que el Universo todo. Cuantos son los seres de la creación no bastan á llenar su capacidad. Sólo Dios la llena, que es la esencia de su esencia, de quien el alma está como pendiente. Otros místicos dicen que este centro va á parar á cierto abismo, que se llama *reino de Dios* y cielo del espíritu, porque el reino de Dios está dentro de nosotros, como dice el Evangelio: *Regnum Dei intra vos est*. Y el reino de Dios no es otra cosa sino el mismo Dios con todas sus riquezas, dones y gracias. Cuando el alma llega hasta allí, se une á su principio, que es Dios, y se sume en el mar profundísimo del ser, y se levanta sobre las potencias racionales, y se pone fuera de todo lugar y de todo tiempo.

Hay que distinguir aquí esta doctrina de la de los panteístas, que ven en el ser humano dos inclinaciones: una egoísta, por la cual procuramos conservar nuestra individualidad limitada y mezquina; y otra altruista, generosa, amante, que nos impulsa á dar hasta la vida para unificarnos con el amado, por donde son hermanos el amor y la muerte, y Dios y yo, al unificarnos, nos perdemos en el seno de lo inconciente.

Desde esta doctrina, donde el amor persiste aun, si bien sin objeto real, sino ideal sólo, los filósofos han venido á caer, con más perversa degradación, en el pesimismo suicida: en la doctrina del *nirvana*, de los budistas y de Schopenhauer, donde, no ya por amor al bien, sino por horror al mal, y para librarnos de él, ciframos la esperanza en la nada.

Como se ve, la mística de los panteístas y la de los budistas y pesimistas están en el extremo opuesto de la ortodoxa: las unas son muerte; colmo y plenitud de vida la otra. En ella y por ella entra el alma en unión intelectual con Dios, y se baña en un océano de luz increada y toda la sustancia de nuestro espíritu se diluye en su propia fuente, que es Dios, por donde parece que el alma se desnuda de su ser y se viste del ser sustancial de Dios; pero aunque el alma se infunde en Dios, el alma persiste y vive con más clara y distinta vida que nunca. Para explicar este misterio, acuden los místicos á varios símiles tan bellos como candorosos. El alma unida á Dios es como gota de agua echada en vino, que se diría que deja de ser agua y se transforma en vino; ó como aire que el sol dora; ó como hierro cuando el fuego le penetra y le pone candente y luminoso.

Todo esto, sin embargo, parece que no es obra de la razón sola, sin auxilio de la fe. No es la metafísica que buscamos, si bien en algo semejante han ido en todas las edades á terminar sus meditaciones muchos metafísicos, incurriendo casi siempre en la nota de panteístas, y poniendo, con lúgubre delirio, *el modo más alto de ser en el no ser*, como dice Janet, aludiendo al misticismo de Maine de Biran, en los últimos años de su vida.

Siendo la filosofía primera conocimiento racional de

las cosas eternas, según San Agustín la define, el misticismo católico sería sin duda la mejor, la más sana y la más completa filosofía, si la razón sola bastase, ayudada humanamente del amor; pero la razón y el amor no bastan sin la fe y sin la gracia, que son dones sobrenaturales.

Desde que Kant, al hacer la crítica de la razón, imprimió al pensamiento humano poderoso impulso en dos direcciones opuestas: en la una poniendo límites al discurso y creando una metafísica negativa y escéptica, y en la otra prestando ser al más audaz y pasmoso dogmatismo, fuerza es confesar que nadie, con el razonamiento sólo y puesto en la corriente impetuosa que Kant había creado, le ha impugnado con más tino y energía que Krause. Su doctrina es la que más se asemeja al aristotelismo escolástico hoy tan en moda, y la que más briosa y sutilmente sostiene la objetividad del conocimiento. Dios, al fin de la Analítica, no se demuestra, pero se muestra. Su manifestación, su visión real, se parece a la que conciben los místicos cristianos, y se aparta por un abismo de la creación del Yo absoluto, de la Idea, del Ser idéntico y todo de Fichte, de Schelling y de Hegel. Krause no es panteísta, sino panenteísta. Y su panenteísmo se asemeja al que expresa sencillamente en su *Doctrina cristiana* el padre Ripalda: Dios está en todo lugar, por esencia, presencia y potencia. Cuando el escolasticismo no había renacido aún en España, Sanz del Río trajo el krausismo de Alemania, le aclimató entre nosotros y creó una escuela de la que salieron brillantes personalidades. Pocas siguen aún siendo fieles a la doctrina del maestro. Lo digo con dolor.

A vuelta de algunas burlas á que daba ocasión el se-

vero tecnicismo de los krausistas españoles, haciéndoles incurrir en ciertas extravagancias y rarezas de lenguaje, yo defendí, años ha, el krausismo de los injustos ataques de los católicos tradicionalistas. Hoy me complace en recordar aquellas defensas mías en el periódico *El Contemporáneo*, al ver que los más doctos y profundos tomistas de ahora me dan la razón. Monseñor van Waddingen dice que el panenteísmo de Krause no difiere, sino por algunos lamentables excesos de lenguaje, de la tesis teística de la omnipresencia y del concurso de la causa primera en los agentes cósmicos. Y luego añade: «Es un espectáculo instructivo ver al adversario más sagaz del criticismo acercarse á las enseñanzas de la más positiva de las filosofías de las edades pasadas, predestinada á todos los rejuvenecimientos y á todos los perfeccionamientos de la ciencia moderna.»

Monseñor van Waddingen entiende, por último, que el porvenir de la filosofía está en ponerle por base el principio generador del conocimiento, como le han señalado los más firmes pensadores, desde Aristóteles y los grandes escolásticos hasta Krause, á fin de llegar á la completa distinción entre los elementos subjetivos y objetivos del conocimiento, y entre el fatalismo de los agentes materiales y la autonomía interna del espíritu, y á fin de reconocer la realidad de la causa primera é infinita y de su presencia incesantemente activa en los seres del Universo y en el alma del hombre.

IV

Lo que es por el discurso, tarde ó nunca llegaremos á una metafísica en que el espíritu se aquiete. (Pág. 28.)

Guyau ha escrito un libro, *La irreligión del porvenir*, donde quiere probar que, de aquí en adelante, no será posible religión alguna, al menos para las personas ilustradas. Como primera consecuencia de esto, se infiere la necesidad de ser ó de parecer irreligiosos, á fin de no ser tenidos por *microcéfalos* ignorantes. Y como segunda consecuencia, se infiere la necesidad de componer metafísicas racionales para reemplazar los dogmas desechados. Pues bien: nada más deplorable que la colección de sistemas que Guyau va pasando en revista en sustitución de las religiones. Todos son ateos y casi todos pesimistas y desesperados; pero muchos procuran explicar racionalmente, y hasta hacer, allá á su manera, la apología de la religión que tratan de reemplazar. El más interesante de estos sistemas es el de Felipe Mainlaender. Se titula *Filosofía de la redención*, y es, según el autor, archicristiano: una nueva *Imitación de Cristo*. El autor, inspirado por Schopenhauer, compuso su libro, le imprimió con primor, corrigió la pruebas con esmero, recibió el primer

V

... ἀμύτων δ' οὐδέουα (Pág. 117.)

A fin de que las personas extrañas á los estudios filosóficos no se den á imaginar que yo invento paradojas para entretener á los lectores, y que afirmo que la metafísica es inútil sutilizando y alambicando, voy á trasladar aquí todo el párrafo de la *Metafísica* de Aristóteles, que termina con las palabras que van en el texto, y se verá que mis razonamientos son comentario fiel de dicho párrafo, el cual es como sigue:

«Por la admiración ahora y siempre empiezan los hombres á filosofar. En el comienzo se pasmaban de la inexplicable que cerca tenían; pero poco á poco quisieron comprender más elevados objetos; las mudanzas de la luna, del sol y de las estrellas, y hasta el origen de todo. Y como la ignorancia era causa de admiración, los primeros que allá á su modo filosofaban, se complacían con fábulas, pues la fábula (*mythos*) conviene á lo

maravilloso. Ello es que el filosofar fué para huir de la ignorancia. Es evidente que nadie filosofó sino para saber, y no por utilidad. Los hechos dan testimonio de que fué así; nadie se dedicó á esta ciencia hasta que hubo lo que importa á las necesidades de la vida y á la comodidad y al deleite. No se buscó esta ciencia para fin alguno que en ella no estuviese; de suerte que, así como se llama libre al hombre que no es de otro sino de sí mismo, así esta ciencia es la única libre entre todas, porque ella sola es por e'la. Y como la naturaleza del hombre es esclava, con razón puede afirmarse que no es humana la posesión de esta ciencia. Según Simónides, sólo Dios la posee, y el hombre ni de aspirar á ella es digno. Dicen los poetas que Dios es celoso; sobre todo en este punto; por lo cual castiga á los audaces que se atreven á filosofar; pero los poetas son embusteros, si no engaña el refrán. Dios ni nos envidia ni nos castiga. No hay ciencia más honrada que la filosofía. Es divinísima y honradísima, ya porque es Dios quien la entiende, ya porque es de Dios de quien ella entiende; la entiende sólo Dios por completo; y entiende ella, ó trata principalmente de Dios, porque Dios es causa y principio de todo, y ella de causas y de principios trata. Por eso son más útiles las otras todas, pero ninguna es más sublime.»

VI

¿Qué concepto histórico hemos de formar ni qué doctrina moral hemos de inferir de todo ello? (Pág. 198.)

La elasticidad del tema sobre el que aquí discurrimos es tan grande que, si fuésemos á dilucidar los puntos que se tocan por incidencia, sería nuestro trabajo interminable, y este libro sería el libro de todas las cosas y de otras muchas más.

Para demostrar que nadie va á leer ó á oír comedias de Calderón ó de Tirso á fin de moralizarse, sino á fin de divertirse ó de gozar de cierta emoción estética, no es menester meterse en honduras. Rara es la comedia de nuestro antiguo teatro que pueda presentarse como una *lección moral*. No creo tampoco que pueda presentarse como espejo fiel de las costumbres de entonces. En casi todas ellas hay algo de arbitrario, convencional ó exagerado.

Ha escrito el Sr. D. Vicente Barrantes una discretísima disertación, á par que interesante narración, con el título de *El veinticuatro de Córdoba*. El efecto que su lectura produce es el de disculpar, y hasta el de respetar, al noble y terrible Fernán Alfonso, que mata á su mujer y á la confidenta de su mujer y á los amantes

de ambas, á quienes sorprende en el mismo delito que le deshonorra. No poco se excede Fernán Alfonso en matar además todo bicho viviente que había en su casa, como fueron perros, gatos, monos y papagayos, que ninguna culpa tenían de cuanto había ocurrido. Pero, en fin, hasta esta falta, ó, mejor dicho, hasta esta sobra de castigo, se disimula.

Comparada luego la verdad histórica del caso de Fernán Alfonso con las ficciones poéticas análogas de Calderón, fuerza es confesarlo, quedan las últimas harto malparadas. Aquellos maridos apenas tienen celos de amor, sino de honor; matan por orgullo y no por otra pasión más simpática; y no se castigan ellos mismos luego, como se castigó Otelo, sino que se quedan fresquitos, y aun se casan con otra buena señora.

Tan exagerada, fría y razonada ferocidad, tiene mucho de falso y de declamatorio. No se funda en el profundo sentimiento de la santidad del lazo conyugal, roto por el adulterio, sino en pasiones, no humanas, sino casi exclusivas de los hidalgos.

Tiene mucho chiste (y le reimos) aquello tan sabido de Lope:

«No estaba pobre la feroz Lucrecia,
Que á darle don Tarquino mil reales
Ella fuera más blanda y menos necia.»

Pero, considerándolo bien, nos inclinamos á creer que no habría poeta en nuestros días que tuviese mujer ó hijas y que se acordase de su madre, que se atreviese á decir tan desvergonzada burla; que sometiese la virtud de toda mujer, hasta la de aquella que sirve de

tipo de la fidelidad conyugal, á la condición de no ser pobre y de no tener quien le dé mil reales.

Todo, pues, nos persuade de que los poetas españoles de los siglos XVI y XVII no se preocupaban de la moral, ni se ajustaban tampoco demasiado á la realidad de las cosas. Comedias y novelas eran entonces menos naturalistas, y también menos didácticas que ahora; no enseñaban lo que debía ser, ni enseñaban lo que era, sino exagerándolo, para que hiciese más efecto en el juego libérrimo á que la imaginación se entregaba.

Pasma que, al lado de los adustos y tremendos maridos de Calderón, y al lado de su Príncipe constante, aparezcan hidalgos y caballeros de fuste haciendo *travesuras*, evidentemente tenidas por tales en la mente del poeta, y que no hacen que el *traveso* se infame y merezca harto más dura calificación en el concepto del mundo de entonces. El héroe de *La villana de Vallecas*, por ejemplo, se prevale del trueque casual de las maletas para guardarse dinero, joyas y letras de cambio del indiano, y para tomar el nombre de éste y tratar de quitarle también la novia. Si no lo consigue, no es por falta de voluntad.

En las novelas, aún suele ser más extraordinaria la relajación de las costumbres. Doña María de Zayas y Sotomayor nos da de esto la muestra más curiosa en *El prevenido engañado*. La moral de la historia es que toda mujer engaña, y que es mejor, ó menos malo, casarse con una discreta que con una tonta, porque la discreta lo hace con disimulo, y el engañado suele no enterarse, mientras que la tonta procede tan sin tino, que el pobre engañado tiene al punto conocimiento del engaño. En la serie de aventuras de mujeres discretas con que la suerte va previniendo al que es engañado

al fin por la tonta, hay algunas aventuras que se sobrepone á cuanto Zola ha podido imaginar en nuestros días. Una señorita de Granada pare y echa el niño á un corral para que los cerdos se le coman; una noble viuda, que pasa en Sevilla por santa, tiene secretos y horribles amores con un negro, mozo de la caballeriza, á quien la lascivia de ella mata: etc., etc. Todo esto está contado con frescura y sin aspavientos. Y, sin embargo, el reverendo padre maestro fray José de Valdivielso pone á las novelas de doña María de Zayas la siguiente aprobación: «En este honesto y entretenido libro no hallo cosa que se oponga á la verdad católica ni á la moral cristiana. Y aunque por ilustre emulación de las Corinas, Safos y Aspacias, no se le debiera dar la licencia que pide, por dama é hija de Madrid me parece que no se le puede negar.»

Entiéndase que hablamos aquí de la inmoralidad casi inconsciente y espontánea de los poetas. Si entrásemos en la inmoralidad de los poetas premeditada y promovida por la vil adulación, ya al singular tirano que los protege ó mantiene, ya al vulgo, en la Edad Moderna, sería cuento de nunca acabar é interminable capítulo de culpas. Baste citar, para muestra, á Marcial, que pone á Domiciano por las nubes, y á Villegas, que llama Grande al pobre y desdichado rey Felipe IV, «cuyo nombre no da al viento

Porque no es capaz de él tanto elemento.»

El Ariosto, que se reía de todo, aconseja á los príncipes que protejan á los poetas, para que les den fama de buenos, aunque sean malos, y para que, si se enojan por falta de protección, no los pongan como chupa de dómine ó como hoja de perejil.

Con el ejemplo corroboró Ariosto su precepto y con

sejo de adulación, hasta el punto de afirmar que Lucrecia Borgia eclipsaba por su honestidad á su tocaya la mujer de Colatino. En el templo de la gloria de las mujeres, la primera inscripción que pone Ariosto es aquella que

*Con lungo onor Lucrezia Borgia noma,
La cui bellezza ed onestá preporre
Debbe al antica la sua patria Roma,*

Al cardenal Hipólito de Este, tremendo facineroso, protector del gran poeta, le adula éste hasta el punto de disculpar sus crímenes. Lucrecia Borgia trajo consigo á Ferrara á una prima muy linda y desenfadada, llamada doña Angela. El Cardenal, y Julio su hermano, la pretendían á la vez, y un día, acaso por dar celos ó por hacer rabiarse al Cardenal, Angela Borgia ponderó de hermosos los ojos de Julio. El Cardenal, para vengarse, mandó á unos sicarios que, al volver de una cacería, sorprendiesen al hermano y le sacasen aquellos ojos que tanto gustaban á doña Angela. La operación no se hizo, por dicha, bastante bien, aunque el cardenal la presencié, y los médicos pudieron salvar á Julio uno de los ojos. El Cardenal no acertó á dejarle ciego, sino sólo tuerto.

El Ariosto trata en una égloga de disculpar á su Mecenas. Puede verse á Gregorovius en la vida de Lucrecia Borgia.

Ello es que el estilo hiperbólico de la poesía se presta más que la prosa, á la adulación, y puede convertir la adulación en la más inmoral infamia, ó hasta en la más brutal blasfemia. Citaré para muestra los versos

de Antón Montoro en alabanza de doña Isabel la Católica:

«Alta Reina soberana,
Si antes naciéradés vos
Que la hija de Santa Ana,
En vos el Hijo de Dios
Recibiera carne humana.»

Y no se diga que esto era en tiempos antiguos. Ahora, recientemente, y no para encomiar á la esclarecida princesa que da á España unidad y al mundo antiguo un nuevo mundo, sino para lisonjear al Sr. Sagasta, se ha compuesto esta copla, á mi ver más blasfema que la de Antón Montoro:

«La Virgen del Pilar dice
Que si se llega á casar,
Ha de hacerlo con el Jefe
Del partido liberal.»

VII

El público podrá matarle, pero no juzgarle. (Pág. 206.)

Todo el pensamiento de Heine sobre la poesía, está expresado con grande hermosura en los romances que

compuso en elogio de nuestro compatriota Jehuda ben Leví de Toledo, que fué un genio.

*Solchen Dichter von der Gnade
Gottes nennen wir Genie:
Unverantwortlicher König
Des Gedankenreiches ist er.
Nur dem Gotte steht er Rede,
Nicht dem Volke. In der Kunst,
Wie im Leben, kann das Volk
Töden uns, doch niemals richten.*

Harto bien se infiere de esta sublime irresponsabilidad del poeta su carencia de utilidad práctica.

La poesía, en un poeta como nuestro judío toledano, que era un genio, ó digase un ser sobrenatural, es un caso divino; una gran revelación; el eco dulcísimo del beso que Dios dió á su alma, complacido al verla tan hermosa cuando la creó.

De tal poesía como la de Jehuda Levita, según Heine la ensalza, no negaremos la utilidad, si la utilidad puede tomarse en altísimo sentido; si no rebajásemos la poesía llamándola útil, como se rebaja lo divino: la revelación, por ejemplo, ó sin ser por ejemplo, ya que Heine llama á la poesía revelación y grande.

De todos modos, podrán deducirse dos cosas, aceptado lo dicho, que importan á nuestra controversia.

I. Que estos poetas genios son raros, son milagrosos, aunque no tan milagrosos y raros como los diamantes de á libra, si los hubiera, y con quien Campoamor los compara; pero que hay además multitud de poetas que no reciben esa inspiración divina, en sentido real, sino sólo por exageración elegante.

Y II. Que aun suponiendo en todo poeta, que merezca nombre de tal, esa divina inspiración, no podemos figurárnosle como puro instrumento pasivo de dicha inspiración, ni creer que no añade y pone además algo suyo, aunque no sea más que para adornar la expresión y forma de que reviste lo que divinamente le fué inspirado.

Ahora bien; yo recelo que, con esta añadidura, hasta el más egregio poeta puede echar á perder su inspiración divina y convertirla en diabólica, corrompiéndola. No hay peor corrupción que la de lo óptimo. ¿Dónde queda, pues, en la práctica, la utilidad de la poesía? Sólo persistiría la utilidad, presuponiendo una crítica infalible que distinguiese y separase en toda poesía el elemento divino del elemento humano: lo revelado por Dios de lo infundido en nuestra mente por el diablo, por nuestra soberbia, por nuestra lujuria ó por otras malas pasiones.

Después de haber funcionado esta crítica expurgadora, bien se podría formar la poesía canónica, como hay libros canónicos que componen las Sagradas Escrituras, y hacer de dichas poesías canónicas un apéndice importantísimo, nosotros á la Biblia, y los mahometanos al Corán, y al Talmud los israelitas.

Con esto habría utilidad archicompleta en la poesía; pero, ¡adiós, dulcísima libertad de pensar, de disparatar y de escribir en verso! En España habría Inquisición cristiana para la poesía, y en Marruecos Inquisición musulímica. ¿No es, pues, mejor que cada cual dispare á su antojo, lo mismo en verso que en prosa, y que sea libre aunque no sea útil? Yo entiendo que sí. No me cabe duda: mi amigo Campoamor se priva con gusto de la profunda satisfacción que le produciría el

que se declarase *ex cathedra* que tal dolora suya era el eco de un beso que Dios dió á su alma, con tal de no exponerse á nueva declaración, *ex cathedra* también, asegurando que otra de sus doloras era el eco de un beso del propio mengue. Y, sobre todo, si la dolora anatematizada le parecía más bonita (lo cual es probable) que la dolora canonizada. Esta última podría ser *honnête mais embêtante*, y la primera con sobra de sal y pimienta, como aquellos versos, más *placerados* que *dolorados*, que dicen:

«Es imposible, Victoria,
Que haya un tormento
Que me haga olvidar la gloria
De este momento.»

VIII

La metafísica, lejos de morir decrepita, está en flor. (Pág 223.)

Kant, no sé yo lo que quiso, ni sé si él lo sabía; pero según algunos, quiso rematar la metafísica, casi muerta ya por los tremendos golpes de los filósofos del siglo XVIII, y de David Hume singularmente. Fuerza es confesar que, si Kant quiso esto, hizo sin querer

Y II. Que aun suponiendo en todo poeta, que merezca nombre de tal, esa divina inspiración, no podemos figurárnosle como puro instrumento pasivo de dicha inspiración, ni creer que no añade y pone además algo suyo, aunque no sea más que para adornar la expresión y forma de que reviste lo que divinamente le fué inspirado.

Ahora bien; yo recelo que, con esta añadidura, hasta el más egregio poeta puede echar á perder su inspiración divina y convertirla en diabólica, corrompiéndola. No hay peor corrupción que la de lo óptimo. ¿Dónde queda, pues, en la práctica, la utilidad de la poesía? Sólo persistiría la utilidad, presuponiendo una crítica infalible que distinguiese y separase en toda poesía el elemento divino del elemento humano: lo revelado por Dios de lo infundido en nuestra mente por el diablo, por nuestra soberbia, por nuestra lujuria ó por otras malas pasiones.

Después de haber funcionado esta crítica expurgadora, bien se podría formar la poesía canónica, como hay libros canónicos que componen las Sagradas Escrituras, y hacer de dichas poesías canónicas un apéndice importantísimo, nosotros á la Biblia, y los mahometanos al Corán, y al Talmud los israelitas.

Con esto habría utilidad archicompleta en la poesía; pero, ¡adiós, dulcísima libertad de pensar, de disparatar y de escribir en verso! En España habría Inquisición cristiana para la poesía, y en Marruecos Inquisición musulímica. ¿No es, pues, mejor que cada cual dispare á su antojo, lo mismo en verso que en prosa, y que sea libre aunque no sea útil? Yo entiendo que sí. No me cabe duda: mi amigo Campoamor se priva con gusto de la profunda satisfacción que le produciría el

que se declarase *ex cathedra* que tal dolora suya era el eco de un beso que Dios dió á su alma, con tal de no exponerse á nueva declaración, *ex cathedra* también, asegurando que otra de sus doloras era el eco de un beso del propio mengue. Y, sobre todo, si la dolora anatematizada le parecía más bonita (lo cual es probable) que la dolora canonizada. Esta última podría ser *honnête mais embêtante*, y la primera con sobra de sal y pimienta, como aquellos versos, más *placerados* que *dolorados*, que dicen:

«Es imposible, Victoria,
Que haya un tormento
Que me haga olvidar la gloria
De este momento.»

VIII

La metafísica, lejos de morir decrepita, está en flor. (Pág 223.)

Kant, no sé yo lo que quiso, ni sé si él lo sabía; pero según algunos, quiso rematar la metafísica, casi muerta ya por los tremendos golpes de los filósofos del siglo XVIII, y de David Hume singularmente. Fuerza es confesar que, si Kant quiso esto, hizo sin querer

lo contrario. Kant hizo que la metafísica se levantara con bríos tan poderosos y con vuelo tan alto, que era menester retroceder á los tiempos de Platón y de Aristóteles para contemplarla tan briosa y tan encumbra-da. El escrupuloso escepticismo de Kant se convirtió en el más confiado dogmatismo.

Imaginemos la mente humana antes de toda percepción: la de un niño recién nacido ó la de un sordo y ciego de nacimiento. La mente estará como tabla rasa, limpia de toda idea ó imagen.

Luego que la mente empieza á percibir cosas, ya de las exteriores por los sentidos corporales, ya de lo interior por el sentido íntimo, las ideas empiezan á nacer y se llena de ellas la mente. Pero estas ideas, ¿son retratos fieles de las cosas en sí, ó son formadas, con ocasión de las cosas en sí, por obra de ciertas formas y energías que la mente posee y que se despiertan en ella al recibir las impresiones? Según Kant, todas las ideas están vaciadas en esas formas de nuestra mente. La mente pone el lugar en que las vemos, el tiempo en que se muestran, el enlace de unas en otras como efectos y causas, el orden en que están, lo que tienen de distinto y las determina y divide, y lo que tienen de idéntico, y las va coleccionando en grupos más ó menos grandes, hasta terminar en uno que abarca la totalidad de ellas, eliminando las diferencias y reduciendo á unidad el todo.

Resulta de aquí que cuanto se nos figura que es no sabemos en realidad si es. Es puro fenómeno. La cosa en sí sabe Dios lo que será, si hay cosa en sí para saberla, y si hay Dios para que la sepa.

Por lo pronto, todo es fantasmagoría, ó como sombras chinas, y no se puede probar la realidad de

nada. El mundo, la humanidad y Dios mismo, serán acaso ilusión forjada por la mente. Todo es obra del sujeto y no del objeto, ya que todo objeto es creado por el sujeto, y creado á su modo, cuando el sujeto piensa en él. Y la que es más negra aún, es que el sujeto, que va pensando y creando, no está seguro de si él mismo existe y de si es una cosa en sí, ya que, cuando se piensa á sí propio, se pone como objeto, y sólo como tal se conoce; esto es, con aquellas formas y condiciones que él en él pone y que nadie sabe si estarán en él ó no estarán en él.

Después de llegar á este extremo de dudas, Fichte, Schelling y Hegel, se echaron sucesivamente á cavilar, y vinieron á parar, por sus pasos contados, y con pasmoso método dialéctico y esfuerzos mentales, en las más desaforadas afirmaciones.

Si el Yo, el sujeto que piensa, va poniendo sus propias formas y nociones en lo pensado, y presta el orden y la ley y la armonía que lo pensado no tiene ó no sabemos que tenga, el Yo es quien lo crea todo y quien todo lo fabrica y lo compone ó lo pone. Al ponerse á sí mismo, pone el mundo, pone á Dios, y no hay cosa que no ponga. El Yo es, pues, el Creador de todas las cosas: pero, en este punto de la meditación, debe sobrevenir la sospecha de que este Yo Creador, si por un lado es mi Yo, no es mi Yo por otro lado. Mi Yo no existía hace unos cuantos años, y dentro de poco es casi seguro que dejará de existir; mientras que las cosas todas que el Yo crea existían antes de que yo existiese y seguirán existiendo después. Luego no es mi Yo quien las crea: pero como las crea el Yo, vengo á afirmar y á negar á la vez lo mismo. No importa. Llamemos á esto una antinomia. Resolvámosla en una sin-

tesis. Afirmemos que el Yo Creador, absoluto, supremo, soy yo y no soy yo. Es el Yo que contiene, crea y produce todos los yoes y además cuanto á cada yo se contraponé, limitándole, á lo cual llamaremos *no yo*. A este Yo supremo, á este *sobre yo*, le daremos el nombre de Idea. Ella será todo y de ella nacerá todo. El sujeto y el objeto, la Idea y la Realidad, el pensamiento y lo pensado, serán idénticos. El proceso dialéctico del pensamiento, la evolución fecunda de la Idea, será la creación del Universo, la aparición de la conciencia, el desarrollo del espíritu, la simultánea coexistencia de los seres, la serie sucesiva de los casos, mudanzas, vidas y muertes.

No pretendo burlarme de la filosofía hegeliana ni aspiro tampoco á exponerla en cuatro frases. Sólo afirmo que, aun teniendo el sistema por monstruoso, es imposible no asombrarse de su magnificencia; porque, si el colosal monumento en que han trabajado sucesivamente, como un solo hombre, los cuatro grandes filósofos alemanes, puede haberse desbaratado y deshecho, de sus escombros, de la riqueza prodigiosa de pensamientos que entrelazados le formaban, salen, no sólo material, sino fuerza y vida para producir y animar nuevas doctrinas, y para prestar savia y poder á las ciencias de la naturaleza y del espíritu.

Entretanto, y después de cantar las alabanzas de Hegel, ¿cómo no negar su sistema? ¿Cómo declarar los hegelianos? A Hegel le ha sucedido lo que á Espinoza. Ambos quisieron construir la ciencia *a priori*, y, por prescindir de la experiencia, cayeron en el error. El método sintético con que ellos procedieron es excelente, pero es menester emplear antes el análisis para llegar á la síntesis. Luego que á la síntesis se llega, la

síntesis se desenvuelve y se aplica á la realidad, y cuantas son las cosas se comprenden y se explican, y tenemos la ciencia una y toda.

Nueva filosofía es ésta. Podemos presentar á Krause y á los neo-tomistas como á sus principales autores. En mi sentir, no cabe duda: si acertásemos á subir hasta la síntesis, por camino seguro y sin extravío, seríamos omniscios; bajaríamos desde la síntesis, con más luz de gloria que la que trajo Moisés de la cumbre del Sinal, y daríamos leyes á la naturaleza como si la creásemos, y construiríamos la historia del humano linaje como si todos los héroes, mártires, sabios, profetas y hierofantes, bulleran en nuestro íntimo ser y de nosotros brotaran.

Lo árduo de la cuestión es llegar á la síntesis por medio de la inducción, observándolo, experimentándolo y analizándolo todo. Poco, poquísimo es lo que sabemos por observación y experiencia, y aun esta experiencia y esta observación son imposibles sin cierta lógica formal y real, que viene á ser metafísica previa. Por donde buscando la metafísica al fin, tenemos que poner la metafísica al principio.

Prescindamos, no obstante, de tamaña dificultad. Demos por tan segura, como lo son las matemáticas, la metafísica previa que nos sirve para conocer y comprender las cosas al observarlas, y siempre serán tan pocas las ya conocidas de este inmenso Universo visible y de cuanto hay en la no menor inmensidad del espíritu, que casi debemos desesperrar de llegarlas á conocer jamás por completo, hasta subir, por ellas y por grados, al origen y causa de todas. Acaso, como en otro lugar indicamos, suba el espíritu á esa causa primera, no por inducción y discurso, sino por fe, y por

rapto de amor y por gracia sobrenatural y milagrosa. Lo que es racional y naturalmente dudamos de que suba. La filosofía de Krause, por lo tanto, y cuantas se le asemejan, deben de ser también vano ensueño.

Disipado éste, ¿qué nos quedará? Una ciencia experimental, ó, mejor dicho, varias ciencias experimentales, que dan á conocer algo de lo somero de las cosas, y un fundamento de metafísica, la cual, más ó menos á sabiendas, nos ha valido para crear las ciencias, y que, reflexivamente meditada y construida, forma también doctrina aparte, como corona de las ciencias todas. Pero esta corona es como si estuviese en el vacío. Entre ella y la cabeza, ó lo más sublime de las ciencias experimentales, queda un abismo de distancia que nunca acaso se pueda llenar. Este abismo, esta solución de continuidad, se llena por ahora con la fe religiosa y con la imaginación poética. Allí,

como en sombrío matorral los hongos,

germinan y florecen todos los dogmas teológicos, todos los mitos y todas las creaciones fantásticas ó inseguras: ángeles, demonios, silfides, ondinas, salamandras, gnomos, apariciones espiritistas, y cuanto puede engendrarse en el país de las quimeras, donde todo es posible y donde lo posible es verosímil.

Tales son los límites, así de mi credulidad como de mi escepticismo. Ni afirmo, ni niego cuanto en este abismo inexplorado conciba la imaginación ó descubra y vea la fe. Pero así en los rudimentos de metafísica que yo coloco por cima, como en los datos de las ciencias experimentales que están por bajo, ni se me ocurre poner duda como Kant la pone, ni noto tampoco

la necesidad de probar, contra Kant, la certidumbre de todo ello: su objetividad: que es real y no soñado que vivo, duermo, como, me paseo, discurro mal ó bien, hablo, etc., etc. Todo esto lo sé superficialmente, pero lo sé, y hasta donde lo sé, lo sé como es y como lo sabe todo entendimiento. La certidumbre es inmediata, evidente: no necesita pruebas.

Al llegar aquí, y hablando sin rebozo, ya que este escrito tiene mucho de confesiones, el sentido vulgar que hay en mí se me rebela, desecha la admiración respetuosa que la filosofía me infunde, y casi hace de mi mente algo semejante á la del barbero napolitano de que he hablado. Tanto de Kant, que, en obra tan voluminosa como *La crítica de la razón pura*, me quiere hacer dudar de que haya Dios, de que haya mundo y hasta de que haya yo que dude, cuanto de Tiberghien, por ejemplo, en su *Teoría del conocimiento*, y de monseñor van Weddingen, en su *Objetividad del conocimiento*, los cuales tiran á probar, en obras no menos extensas, que el mundo que vemos es mundo real y que nosotros somos cosas en sí y no fantasmas, me entran ganas de decir lo que el rapista decía del Dante: *Questi Signori non avvano niente da fare.*

Pronto, por dicha, viene la reacción, y vuelvo á sentir admiración y respeto por el ingenio, el saber y la fuerza de raciocinio, ora de Tiberghien y de Monseñor van Weddingen, porque prueban la legitimidad de nuestros medios de conocer, ora de Kant, porque, lejos de destruir la metafísica, la crea más pujante, y porque, contra la tendencia de las ciencias físicas, que, dislocando el centro del Universo, achican al hombre y e confinan en un rincón, vuelve á hacer del alma humana, queriendo ponerle límites, el centro y el foco

fecundo de todo. Si Copérnico, contemplando los astros, hizo *heliocéntrico* el mundo, Kant, profundizando en el espíritu, hizo *antropocéntrica* la Creación entera.

Y, sin embargo, á pesar de tanta admiración, no puedo ser kantiano, ni puedo creer en la utilidad, y menos aún, en la necesidad de que nadie me convenza de que vivo y de que soy *una cosa en mí*, y de que mis amigos y parientes, y los objetos que veo y toco, huelo ó gusto, son también *cosas en sí*, y de que hay mundo, y de que estoy en Madrid, capital de España, y de que escribo esto en el año 1890.

Por último, lo que más se me atraganta ó se me indigesta es la salida que tuvo Kant, después de dejarnos sin alma, sin mundo y sin Dios, y de compadecerse de su criado Lampe, á quien afligía la carencia de aquellas cosas en sí, de inventar otra razón, no pura, sino práctica, para devolvernos el alma y el Dios que nos había quitado, todo por obra y gracia del *imperativo categórico*. Por cierto que yo no niego la moral; pero hartó más categórica y más imperativa es la fuerza que me obliga á reconocer los axiomas y teoremas matemáticos, los primeros principios y hasta el testimonio de mis sentidos, y el consenso universal y otros criterios de verdad. Y si no basta todo esto para afirmar el mundo, y la humanidad, y mi propia persona y la causa primera, no comprendo por qué la ley moral ha de tener tal privilegio. Convertidos ya Dios, el mundo y todo en ilusión, en vanos ideales, la ley moral será vana creación ideal también, ella de por sí, y aun más vana por el objeto á que se aplique, ya que, no estando seguros de que haya mundo, ni prójimos, ni libertad, ni yo responsable, ni nada, lo mismo da robar, matar, adúlterar y maldecir, que bendecir, acariciar,

favorecer y estimar á las visiones ó fantasmas de nuestra mente ó de lo que sea, pues de nuestra mente tampoco estamos seguros.

Es de notar además que, al inferir Kant de la ley moral la inmortalidad del alma y la existencia de Dios, supone una ley moral para base ó premisa, la cual no está desde hace tantos siglos ni tan universalmente grabada en las almas todas como lo están no pocas verdades y principios, de los cuales no quiere Kant deducir la existencia de Dios ni la inmortalidad del alma.

Es cierto que la moral privada, en la conciencia individual, sobre todo en tan noble é ilustrado espíritu como el de Kant, era ya en su tiempo más bella y reluciente que el firmamento lleno de estrellas; pero de la moral del vulgo, y aun de la moral social y política, ¿qué no se podía censurar en tiempo de Kant y qué no se puede censurar ahora? El espectáculo del Universo, como quiera que se entienda, aun del modo más incompleto é infantil, nos muestra más claramente, desde hace miles de años, la existencia del Creador, que toda la moral, ya tan adelantada en tiempo de Kant. No en tiempo de Kant, sino ya desde el tiempo de los primeros reyes de Israel, y no sólo para Kepler ó Galileo, sino para el ignorante beduino, llevan á las almas mayor convencimiento estas palabras, *Los cielos narran la gloria de Dios*, que una ley moral tan confusa y aun tan mal observada por desgracia. No hablemos de la ley moral de los salvajes, que se comen unos á otros, sino de la ley moral que, si no autoriza, no se opone, en tiempo de Kant, aun entre las naciones más cultas y más nobles, á la esclavitud de millones de seres humanos y á la trata de su carne; á la mutilación de no pocos para velar por la honra de los maridos,

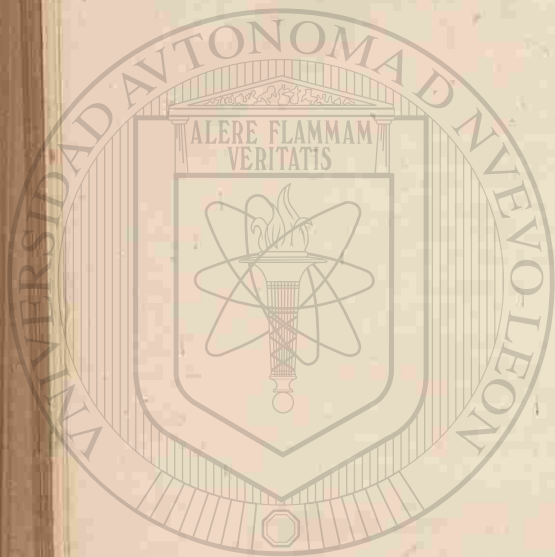
para hacer gorgoritos en los teatros ó para cantar como serafines en las iglesias; á que sean considerados los que naturaleza hizo libres como patrimonio de alguien que los trueca, los vende, los cede ó los lega por herencia cual manada de ovejas; á la tortura, para averiguar los delitos; al terror y á la guillotina en Francia, y á la sincrónica duración en España de la Inquisición y de los autos de fe; al perpetuo vejamen de las naciones débiles por las fuertes; y, como consecuencia de las guerras sangrientas y asoladoras, que al cabo pueden cohonestarse, cuando no hay otro medio de que prevalezca la justicia ó de que triunfen las buenas ideas, al saqueo, más ó menos pulcro y atildado, de los vencidos, para que paguen con usura lo que ha costado vencerlos.

Algo de esto se ha remediado ya, algo se remediará, y algo tal vez sea irremediable. Yo no lo cito para desacreditar y vilipendiar á la sociedad de que formo parte. Lo cito como prueba de que la contemplación del mundo moral, y aun la de la ley que debe gobernarle y que suele ser impotente, son menos á propósito que la contemplación del mundo físico, hasta atribuyéndole cuantas son las enfermedades, pestes, hambres y miserias, para demostrar el orden y la hermosura de todo y la infinita bondad y la omnipotente sabiduría de quien lo ha creado.

En suma: cualquiera que sea el camino que se siga, siempre venimos á parar en que se sabe poco, pero no en que nada se sabe; y en que, para el recto juicio, si nos asomamos al borde del oscuro abismo que media entre nuestros conocimientos especulativos y nuestra ciencia experimental, tan absurdas son las afirmaciones como las negaciones.

Tan falso y declamatorio me parece el quejumbroso y doliente poeta de Recanati cuando asegura que *todo es arcano menos nuestro dolor*, como cuando deplora que todo se sepa; que no haya sitio inexplorado donde poner bellas ficciones; que naturaleza no pueda ya hablar sin quitarse el velo como hablaba á los antiguos poetas; que la ciencia haya achicado el mundo en vez de agrandarle; que la observación y los descubrimientos no hayan dejado ni un escondrijo pequeño donde poner el Paraíso; y que el indigno misterio de las cosas esté descubierto.

A mi ver, debe entenderse lo contrario. Se saben muchísimas cosas, de las cuales, á nadie que no sea filósofo, se le ocurre dudar seriamente; pero, entre estas cosas que se saben, hay como una hendidura tenebrosa que las separa, y sobre la cual nadie atina á echar puente sólido; hay un abismo que quiere é ignora si podrá llenar la metafísica, y que, por lo pronto, se llena ó se encubre con las religiones, con la poesía, con las obras, no de una razón práctica distinta de la teórica, sino de la fe y del amor, y asimismo con divinas y consoladoras esperanzas. Entre ellas ha de contarse la de acabar de inventar una metafísica que llene dicho abismo, siendo tan hermosa que jamás nos haga echar de menos las fábulas, las leyendas y la floreciente poesía con que hasta hoy le tenemos tapado y disimulado.



ÍNDICE

	Págs
PRÓLOGO.....	7
La Metafísica y la Poesía.—I. ¿La forma poética está llamada a desaparecer?.....	31
II.—Sin desdeñar la poesía.....	51
La Poesía desdeñada por la Ciencia y por la prosa.....	69
Sobre lo inútil de la Metafísica y de la Poesía.....	93
La Metafísica y la Poesía ante la Ciencia mo- derna.—I. La Metafísica.....	133
II.—La Poesía.....	145
III.—La Ciencia moderna.....	157
Última réplica á Campoamor.....	175
NOTAS.....	225

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUEV

IOTEC